PERIODICO QUINCENAL ARAGONES
Director: ELOY FERNANDEZ CLEMENTE
Dr. Aznar Molina, 15 - 4.° F. ZARAGOZA
Editan: Eloy Fernández Clemente y Carlos Royo Villanova
Depósito legal, 558. Z. 1972
T. E. «El Noticiero». Coso, 71

andalán

n.os 14-15
1-15 de abril de 1973
EXTRA
Precio: 4 duros

extra: literatura aragonesa, siglo XX

coleccionable



AMBIGUO PERONISMO

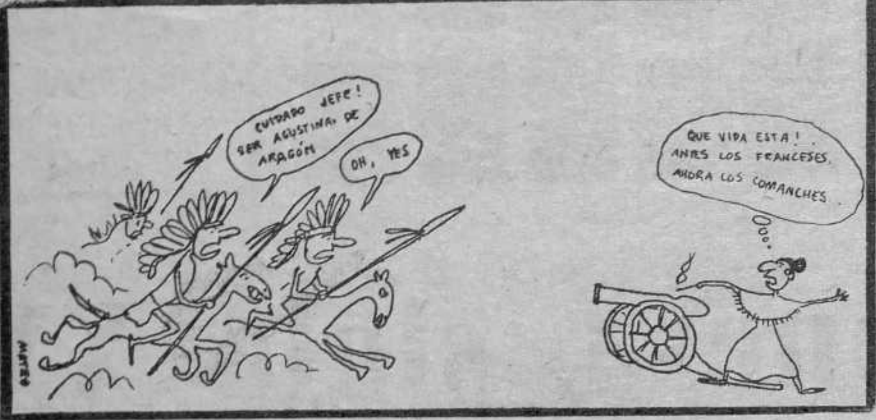
El peronismo, es sobre todo, ambiguo. Perón no es marxista, no puede ser fascista, y dice ser revolucionario. Eso, indudablemente, sobre ser una contradicción, es una ambigüedad. En el peronismo militan hoy nacionalistas e internacionalistas, católicos y anticatólicos, extremistas de izquierda y burgueses radicales. Pero no es un movimiento de integración: es sólo un lugar de coexistencia, un marco para la yuxtaposición, para la compañía en el viaje que —por ahora— es sólo un viaje contra, más que un viaje hacia o para. El peronismo histórico —el de hoy no sabemos cómo va a ser, ni Perón tampoco: ésa es otra de sus ambigüedades— tampoco fue unívoco. El peronismo de los años cuarenta fue distinto del de los años cincuenta: hubo variaciones —doctrinales, programáticas, psicológicas, coyunturales— que atestiguaron su flexibilidad y, a la vez, su incoherencia. El peronismo encontró su ola ascendente en la demanda de sus productos que provocó la II G. M. hasta 1949. Eso, en un sentido diacrónico, visto a través del sucederse las cosas y los años. Pero desde una perspectiva sincrónica tampoco el peronismo es transparente ni unidireccional, ni en medios ni en objetivos: fue militarista y antimilitar, fue moralizante y belicoso, justiciero y dictatorial, proletario y capitalista, católico y secularizador. El peronismo, evidentemente, no es una doctrina, ni una persona. Es un modo, una ocasión. Y en la misma medida en que es únicamente eso es un fascismo. Los «descamisados» del gran Buenos Aires acaso olvidaron que su mejora socioeconómica bajo el régimen de Juan Domingo y Eva Perón se hizo, en buena medida, no sólo a costa de la clase media sino, sobre todo, a costa del proletariado agrícola. Las mejoras de tipo médico y asistencial —siempre cabe esa duda— ¿eran un medio o una meta? La Fundación Eva Duarte, que realizó una espectacular gestión en la seguridad social, ¿era un objetivo o una plataforma más del culto a la personalidad? La coyuntura internacional, con la demanda disminuida desde 1949 y las redes frigoríficas inglesas controlando la carne argentina influyeron en el peronismo tanto como Perón.

Perón era un militar politizado, como tantos de su país. Ya en 1930 —tras haber conocido Italia— intervino en el derrocamiento de Yrigoyen. El Grupo de Oficiales Unidos que organizó en 1941 sirvió de base al golpe de Estado militar de 1943, justo en el momento en que todas las razones iban a aconsejar al régimen argentino —fascistizado por mímesis en tiempos de Castillo— comenzar una andadura hacia la neutralidad, avisado por la beligerancia de la Gran Bretaña hacia el Eje. Se tenía miedo del expansionismo brasileño; y de los partidos políticos desmoralizados, inmoralizados. Era una situación típica: la mezcla de los conceptos de «nación» y «revolución» podía resultar explosiva, deslumbradora, integradora de los grupos más heterogéneos, sólo coincidentes en el denominador común de la alarma ante la descomposición. Perón lo supo, o lo intuyó. Y fundó, inventó algo tan difícilmente definible y evaluable como un «movimiento», al estilo del de Primo de Rivera en los años veinte, con gobiernos de participación socialista presididos por un generalísimo que capitaneaba las tropas de Alhucemas. Las raíces fascistas y pro - Eje de muchos militares peronistas empezaron a verse seriamente carcomidas a partir de 1944. Hubo que abrirse hacia los denostados partidos del sistema liberal, que ahora escuchaban, halagados y un poco incrédulos, las alabanzas que se les dedicaban como símbolos de un sistema, de una manera de vivir.

Los comienzos del Perón gobernante —en la sombra, en segundo plano— alertaron a las clases altas: salía a la calle un estatuto del peón, una legislación favorable al proletariado urbano, populista en su inspiración. El autoritarismo militar, el populismo y la alianza con las fuerzas liberales tradicionales eran, evidentemente, una solución coyuntural.

No vamos a hacer historia: de ahí en adelante —tras la toma del poder por Perón en 1946— el peronismo será una sucesión de actitudes coyunturales. Camaleónico, con gran voluntad de supervivencia, siguió, inevitablemente, siendo ambiguo: el peronismo fue anti - USA, pero recurrió a los USA; fue católico, de manera positiva, y Perón acabó siendo excomulgado (1955); restableció la enseñanza religiosa, para suprimirla más tarde; su lenguaje era fuertemente revolucionario, retóricamente duro y brillante —sobre todo el de Eva Duarte—, pero

(Pasa a la pág. 2)



(Viene de la pág. 1)

la reforma de las estructuras de la propiedad no se llevó a cabo. Algo muy peligroso tiene el peronismo: que quiere ser la «tercera vía», ese camino tan buscado, tan ensayado, tan desconocido y tan justificatorio de tantas cosas, que nadie ha podido construir todavía, que se sepa. Algo así aprovechó el peronismo (¡otra vez hay que evocar a Primo de Rivera!): el auge proporcionado por la II G. M., auge que perduró hasta 1949. El proletariado industrial, en aumento, fue mimado por Perón. El ejército del que procedía y la Iglesia formaron sus otros dos pilares. Pero desde 1950 —fin del auge industrial por la II G. M.— el peronismo volvió a sus mímesis coyunturalistas: se conservaturizó. Y la falta progresiva de riqueza endureció el aparato represor y censorial; poco a poco, pero inexorablemente. Los USA comenzaron a intervenir abiertamente en la economía argentina. Una democracia cristiana recién fundada, alentada por el episcopado (temeroso de un divorcio reconocido ya y de la regulación de la prostitución y la enseñanza laica), contribuyó a alejar del peronismo a los clericales y —hasta cierto punto— a determinados elementos de un fascismo elemental —valga la redundancia—.

Y —claro— en 1955 la aventura se había acabado. Sólo la torpeza de lo que después vino ha transformado al recuerdo del peronismo (identificado, como en España ocurrió con la Dictadura, con su «fase dorada» y no con sus muchos aspectos censurables) en una esperanza. No obstante, colocado entre Lenin y Mussolini, Perón se parece mucho, muchísimo más a Don Benito. El vaticinio, hoy, es sencillo: el peronismo, como tal, no existe: Es un momento, no una idea. Al tiempo.

BINEFAR,
¿se queda sin Instituto?

Hay en Binéfar desde hace siete años, una Sección Delegada del Instituto de Huesca, que cuenta con unos 300 alumnos, repartidos entre los cursos tercero, cuarto, quinto y sexto de bachillerato, pertenecientes a la localidad y a pueblos vecinos como San Esteban de Litera, Esplús, Balcarca, Altorricón, etc. Se rumorea que será transformada en un Centro de Formación Profesional, cesando de funcionar como Instituto.

Los alumnos que actualmente cursan estudios en él, así como a los posibles futuros, se verían en la alternativa de desplazarse a otros centros o dejar de estudiar. A la vez, las familias se verían perjudicadas en el aspecto económico suprimiendo, en gran parte, las posibilidades de educación de un número considerable de jóvenes. Se atenta contra el derecho a la enseñanza y a la elección de su tipo, dificultando que los alumnos cursen estudios de grado superior, a la vez que se les aleja de la Universidad. Esto sería dar un paso atrás.

No se quiere decir que no deba existir en Binéfar un Centro de Formación Profesional, sino que abogamos para que no desaparezca el Instituto como tal.

Parece ser que se cumplen perfectamente en el caso de Binéfar los módulos exigidos por la Ley; pues actualmente cuenta con unos 300 alumnos en el Instituto y unos 800 en la E. G. B. de los pueblos vecinos. Considerando estos datos, no es arriesgado afirmar que el Instituto, se encuentre cumpliendo los requisitos mínimos en un corto plazo, e incluso los supere.

En suma, éste es el momento en que todos los interesados por el desarrollo de la zona, aúnen sus esfuerzos en vista a una solución favorable a la continuidad del proceso educativo actual, que de verse transformado afectaría notablemente a los alumnos y padres; partes principalmente interesadas.

A nivel local, no existe prácticamente información del problema, siendo éste lo suficientemente importante para que se le considere, y a su debido tiempo se solucione.

UNOS BINEFARENSES

EL ROLDE
COSTA, SIGUE SIENDO UN EJEMPLO

BREVE RESPUESTA A DON GREGORIO SIERRA

Considero sus precisiones sobre el entierro de Costa, muy útiles para todos. Son como la anécdota de la historia que siempre vale la pena recordar, aunque sólo sea como ilustración o como simple sintomatología de la historia de los hechos sociales. Su relato, en particular la actitud del pueblo zaragozano, coincide prácticamente con el que me hiciera mi padre, testigo también de aquellos acontecimientos.

Fue mi padre también quien me llevó, siendo niño, al mausoleo de Costa, situado, entonces, al final del cementerio, rodeado de campos de salitre, tomillo y carrascas. En mi recuerdo, aquella primera imagen lo representa limitado claramente por un tapial bajo y blanco. En su origen, uno y otro estuvieron separados, comunicándose por un postigo angosto, prólogo a las distintas aberturas que se le han hecho, respetando siempre parte del muro.

Me parece que todos los zaragozanos de antes de la guerra y muchos de después, sabemos que don Joaquín no fue enterrado en lo que se llama en tierra sagrada. A esto no le concedo ninguna importancia, que conste. Es un hecho sólo atribuible al rigor de los tiempos y a que este tipo de enterramientos esté fuertemente influido por concepciones religiosas, hasta separar a unos y otros en cementerios distintos.

La hija de uno de aquellos estudiantes republicanos me contó hace algunos años lo de las comisiones que visitaron al gobernador. Para mí esto sigue siendo también lo anecdótico de la historia. De lo que no me cabe duda —y en esto sí discrepo de usted— es que fue la acción popular la que impidió el traslado de los restos de Costa a Madrid. Don Joaquín fue un dirigente de masas, un verdadero líder de las clases medias, a las que se unieron muchas veces artesanos y obreros. El Gobierno accedió porque era un asunto banal, de pura emoción regionalista. En otro caso hubieran salido a relucir los caballos y los sables, el principio del orden como actitud fundamental: rostro auténtico de aquellos gobiernos de la oligarquía a los que Costa —no lo olvidemos— combatió firmemente toda su vida. Pero respetuosos, no obstante, de ciertas libertades políticas que permitieron actuar a hombres como él.

Joaquín Costa fue un fracasado en tanto que sus propuestas no cristalizaron en actitudes de gobierno. También, porque la vanguardia popular y cultural española —aquí hay que salvar a Ramos Oliveira, junto a algún otro— cayó en la trampa de sus ambigüedades no descubriendo el valor y justeza de sus soluciones al problema agrario, por ejemplo. Sus contradicciones escamotearon sus hallazgos legítimos.

Pienso que todo esto está cambiando. El amplio sector de españoles que piensa que nuestro país necesita transformaciones políticas y económicas capaces de construir una sociedad justa, libre, pacífica y culta, podrá apoyarse en las ciencias de la historia o en las experiencias de otros pueblos, pero es evidente que sus contenidos nacionales tendrá que buscarlos en nuestra tradición y ligarlos a los planes de gobierno de hombres que, como Costa, conocían a su pueblo y deseaban verlo libre de las cadenas de la explotación y de la ignorancia, convirtiéndolo en sociedad civil, constructora consciente de su propio futuro.

Para mí, se lo aseguro, ha sido una satisfacción mantener este diálogo con usted.

Afectuosamente,

JUAN-ANTONIO HORMIGON

ARAGON, MAYOR DE EDAD

Queridos amigos:

Esta es una carta más de felicitación y agradecimiento por ANDALAN. Soy de Zaragoza y estoy estudiando en Madrid, y casi el único contacto (el mejor, por lo menos) que tengo con Aragón es ANDALAN. Siento no poder aportar una suscripción más, porque estoy suscrito desde el primer número, y no logro convencer a los demás aragoneses que están en Colegio Mayor de que se suscriban, siendo que tienen mi ANDALAN para leer.

La verdad es que los aragoneses que estamos en Madrid, estamos un poco olvidados de Aragón; cuando llegué aquí hace cuatro años fui a la Casa de Aragón a ver qué pasaba por allí, y la impresión fue para no volver, aquello es una especie de casino donde juegan a las cartas o al dominó unos señores mayores, una Virgen del Pilar y nada más. Tal vez se pudiera hacer algo, no sé, un ciclo de conferencias, estudios económicos de la región, divulgación del Derecho foral aragonés, porque estoy seguro de que los aragoneses que viven aquí no conocen sus derechos, etc. Algo. Creo que es importante que en Madrid se conozca la situación de las regiones, y sus ansias de regionalización, porque aquí eso no se comprende, y si no se oye hablar nunca no lo comprenderán, nunca.

En ANDALAN, aparte de Aragón (que ya es mayor de edad), me gusta el que sea tan independiente de criterio, y casi libre, con comentarios sabrosos sobre política nacional e internacional; el que trabaje tanto sobre la cultura y por la cultura; el que se pueda descubrir libremente y el que se propongan soluciones, para que nadie acuse de crítica negativa. Pero debe acercarse más al pueblo si no quiere ser siempre elitista.

Mis mejores deseos para ANDALAN y para los que lo hacéis.

PEDRO RONCALÉS RABINAL









LA TIERRA BAJA, COMPARTIDA

Zaragoza, 16-3-1973
Sr. D. Eloy Fernández Clemente
Director de ANDALAN
Ciudad.

Mi querido amigo:

Reciba mi más cordial felicitación por las amplias exposiciones de diversa índole que se están publicando en ANDALAN a las comarcas naturales de Aragón, las últimas dedicadas a la Tierra Baja y con gran acierto, pero aquí llega mi pregunta y extrañeza: Siempre he estimado que no existe ninguna diferencia entre la zona incluida administrativamente en la provincia de Teruel —que es la mayor y más poblada— con la comprendida en la de Zaragoza que, en líneas generales, coincide con el partido de Caspe, siendo sus principales pueblos Maella, Fabara, Nonaspe, Escatrón, Fayón, Chiprana y, ya más dudosamente, Mequinenza. No creo que la raya convencional que divide las dos provincias sea motivo suficiente para haber prescindido de la segunda. Su régimen económico, su paisaje, historia, etc., es común, y hasta dentro del aspecto estudiado por D. Gonzalo Borrás, también las iglesias de Caspe, Fabara, Nonaspe, Chiprana y, sobre todo, el monasterio de Rueda, integran con las de la zona turolense una común manifestación del puro estilo gótico en Aragón.

Un afectuoso saludo de su buen amigo:

CRISTOBAL GUITART

DE ARRIBA A ABAJO

JACA, 14-III-73

Querido Eloy:

En febrero me ha tocado hacer varios viajes Jaca-Madrid por carretera, pensaba al atravesar nuestra región, de Norte a Sur, en una sección de ANDALAN que titulas «Ancho es Aragón». Ese título me recuerda ciertamente el que emplea otra región española y no tenemos necesidad de copiar a nadie. Aragón, Fuente de España, es original en todas las cosas que nuestra tierra conserva en toda su pureza.

Mira el mapa de España y sitúa geométricamente nuestra región: Va de arriba abajo; está de pie, no es ancho, sino largo, o más bien alto.

Todo esto iba pensando, a paso de utilitario, desde mi Jacetania a la «frontera» de Ariza, lo que supone un buen cacho.

¿No podrías cambiar el nombre a la sección? Sustituirlo por «Aragón es largo». Largo geográfico o geométricamente; largo en obras y en silencios, largo en pensamientos.

O bien, Aragón es alto, como nuestras montañas; está con un pie a cada lado del Ebro, soplando por su Moncayo para limpiar Zaragoza de contaminación, sosteniendo su parte de Pirineos desde Huesca.

Que Aragón sea alto o largo, es igual. Lo que todos queremos es que Aragón sea una región en pie, dispuesta a caminar hacia el futuro.

Un abrazo:

FALCON

MARRUECOS: LAS MILLAS Y LAS HECTAREAS


CESAR

El problema viene de lejos. Prescindiendo de otros antecedentes —concesiones de los sultanes en 1799 y 1861, convenio de cooperación económica de 1957—, desde la firma del convenio sobre pesca marítima de 1969. El 4 de enero de ese año se firmaron en Fez, entre Marruecos y España, el tratado sobre retrocesión de Ifni y el aludido convenio de pesca: no es casual que se negociaran a la vez, se firmaran el mismo día y fuera simultánea su ratificación.

Parte de la opinión pública marroquí —contraria a la política del trono— se manifestó siempre hostil a los convenios sobre pesca marítima, por entender que consagraban la invasión de los pesqueros extranjeros (no sólo españoles: los hay soviéticos, japoneses, franceses, cubanos... aunque, al parecer, los españoles sean los de más bajo nivel técnico) que despojan al país de los productos de «su» mar. Este planteamiento se insertaría en el más general de la defensa de las fuentes de riqueza del Tercer Mundo frente a la expoliación por parte de los países más desarrollados.

El hecho es que, desde el principio, el convenio de 1969 se reveló inútil, ante las muchas violaciones por parte marroquí, con multitud de incidentes, algunos de ellos cruentos, de que fueron víctimas los pescadores españoles. A pesar de haberse pactado su vigencia por diez años, en 1971 se acordó que caducara el 31 de diciembre de 1972. Al menos desde noviembre de este último año se esperaba la ampliación unilateral de sus aguas jurisdiccionales por Marruecos, ampliación que a fines del pasado enero parecía inminente. Hassan II esperó hasta el 3 de marzo para anunciarla en su discurso del trono con ocasión del decimosegundo aniversario de su reinado: en adelante la pesca marítima queda prohibida a los extranjeros en el límite de las doce millas, y así mismo entre las doce y las setenta millas de no mediar convenciones de Estado a Estado o acuerdos particulares.

En el mismo discurso del trono, tras negar toda nueva «apertura» en dirección a los partidos de la oposición y centrar los problemas internos del país en la «campaña absurda» de «mentiras» desencadenada en el exterior, y en la «lamentable desviación» de una minoría de jóvenes contrarios al trono, anunció decisiones «para el mayor provecho de los marroquíes»: la ya citada sobre aguas jurisdiccionales y derechos exclusivos de pesca; la «marroquización» de ciertos sectores económicos, reservando gran número de actividades exclusivamente a los marroquíes (para lo que se define qué sea una sociedad marroquí: 51 % del capital, y la mayoría de miembros del consejo de administración han de ser marroquíes); y, finalmente, la expropiación de los propietarios agrícolas no marroquíes: sólo éstos tendrán derecho a poseer tierras. Se calcula que esta última medida afecta a unas 180.000 ó 200.000 Ha. propiedad de ciudadanos franceses y a unas 40.000 ó 50.000 en la antigua zona de protectorado español. Se prevén delicadas negociaciones para determinar el procedimiento indemnizatorio.

Quizás en este contexto parezcan más comprensibles las motivaciones marroquíes. Por una parte, se trata de solucionar algunos problemas económicos: por lo que se refiere a la pesca, Marruecos trataría de modernizar su flota, diversificar sus productos y defender los intereses de su industria conservera para prepararla a afrontar las exigencias sobre entrada de productos pesqueros de la C. E. E.

Por otra, verosímilmente, aparecerían componentes demagógicos, de modo que, al tiempo que se satisfarían algunas reivindicaciones de la oposición, se utilizaría el resentimiento del pueblo, fruto de un pasado colonial, para encauzar hacia el extranjero unos sentimientos de frustración que de otro modo podrían dirigirse contra el trono.

Todo ello, es obvio, no es una justificación del *dahir* de las setenta millas. Aunque siempre podíamos preguntarnos qué tipo de justificación o de razón debe buscarse —el Derecho internacional no tiene norma precisa sobre el límite de las aguas jurisdiccionales; en un planteamiento general de las relaciones económicas entre el Tercer Mundo y los países desarrollados sería muy arriesgado aventurar un juicio—, lo que parece claro es que la decisión marroquí, con relación a España, es una maniobra de presión y un acto de fuerza producido en forma gravemente inamistosa.

Se afirma que la medida, que afecta directamente al 10 % de la tripulación pesquera española y al 7 % del valor bruto de la pesca en España, obliga a acelerar la reestructuración de las industrias pesquera y conservera españolas. Reestructuración que, naturalmente, interesará a unos más que a otros.

Obliga quizás a replantear nuestras relaciones con Marruecos, que en el terreno económico —recuérdese el contencioso hispano-mauritano-marroquí sobre el Sahara y la explotación de sus riquezas mineras—, e incluso por razón de competencia frente a la C. E. E. —primero los agrios, ahora las conservas de pescado— pueden ser tensas en el futuro.

En cualquier caso, una mera «reserva formal» por parte española parece insuficiente si no va acompañada de otras medidas más coherentes y enérgicas. Desplazar las negociaciones entre Estados para dar paso a posibles acuerdos entre los sectores privados interesados, supone colocarse en el terreno del *dahir* y darlo por bueno, aunque se le busquen las vueltas. Marruecos puede tener sus razones, pero no está probado que deban pesar más que las españolas: defender éstas y los correlativos intereses es función de los servicios diplomáticos del Estado.

FERNANDO VIÑES

ELECCIONES EN FRANCIA: LOS PULCROS MEANDROS DE LA RETORICA

Elecciones en Francia. Los datos son reveladores. El segundo turno arroja unos resultados concluyentes: los partidos de derecha y el bloque de izquierdas han obtenido poco más del 46 por ciento de sufragios con unas decenas de miles a favor de los primeros. Los centristas consiguieron el 6'5 por ciento.

Estas cifras indican un equilibrio del cuerpo electoral al pronunciarse. La representación parlamentaria de un país democrático daría dos o tres diputados más a la U. R. P. que a la Unión de la izquierda, convirtiendo a los sinuosos y vergonzantes centristas en los árbitros de la situación.

Las peculiaridades francesas hacen que a esa práctica igualdad de votos correpondan 275 escaños para la derecha y 176 para la izquierda. A la vista de estos datos debe pensarse en un fraude electoral.

El sistema proporcional —a tantos votos, tantos diputados—, primer escalón de una democracia real, fue barrido por De Gaulle de la escena política francesa. Las consecuencias de la constitución de la V República, a la que muchos calificaron de golpe de Estado legal, las está sufriendo el pueblo francés, ofreciendo una imagen penosa del presente político de un país de tan gloriosas tradiciones democráticas. El general, de sentimientos autoritarios, considerándose superior a los demás franceses que —¡al fin!— reconocían su paternal guía y gobierno, planeó una ley electoral a la medida de sus necesidades: retentar una mayoría aplastante que hiciera del parlamento un órgano consultivo, en hibernación, sin vida, dependiente de los designios de su gobierno y en definitiva de su persona. Bajo la V República, el parlamento ha perdido su raíz democrática legislativa para convertirse en una institución museográfica que la derecha francesa, amante de las tradiciones, quiere mantener abierta a los curiosos.

De Gaulle, por su concepción del mundo y por su adscripción de clase, pertenecía a la alta burguesía y al gran capital francés, coexistiendo con intensas nostalgias aristocráticas. Su gobierno personal y su legislación respondían a la clase en nombre de la que ejercía el poder y que le aupó, cerrando filas a su alrededor y mitificándolo como un oráculo.

El general hizo una ley electoral que garantizaba la casi sistemática victoria de la derecha. La división por distritos hace que se elija un diputado por cincunscripción, no por número de votantes. Así, hay colegios parisinos con 30.000, frente a otros de 100.000 y aun de más electores inscritos. Todo está pensado, y la constatación ha sido casi unánime, para que la izquierda necesite las dos terceras partes de los sufragios totales para ganar. Aun entonces habría chocado con un presidente chocarrero, engallado en la palabrería de «la grandeur» y en lo de la civilización occidental; seguidor del paradigma: «yo o el caos» —curiosa automitificación del general— y dispuesto a oponerse a todo tipo de democracia real y de poder popular.

Durante años, la derecha francesa fue una derecha civilizada. Determinadas tradiciones patrióticas, la Resistencia, labraron una actitud respetuosa hacia los enemigos políticos o de clase. Pudo darse una convivencia pacífica y estable. Indochina y Argelia deterioraron el equilibrio. De Gaulle fue su brazo heroico, siempre dispuesto a montar a caballo, pero en definitiva era toda la burguesía conservadora quien se distanciaba de su actitud civilizada y patriótica para encastillarse en sus privilegios, en la defensa del fortín.



El acto de votar, es sólo el formalismo de la democracia. La democracia real reside en las posibilidades de expresión política del pueblo y en el grado de dirección y control populares en lo político y económico. No es la elección, sino el valor de las elecciones. Francia mantiene el acto exterior de votar, pero sus leyes electorales privan de toda autenticidad democrática a sus resultados. Los conservadores franceses también son amantes de sus tradiciones, exceptuando los inefables fascistas de «Action française» que atacan todo acto electoral, nadie se atrevería a recortar a fondo la libertad de prensa o a privar a los ciudadanos del derecho a introducir las papeletas en las urnas.

Eso es todo.

La derecha francesa se inciviliza, se encanalla, se amurria y con hosquedad manifiesta recurre al insulto, al sensacionalismo, a los manidos «slogans» de la guerra fría. El espectáculo que ofrece con sus artimañas, sus trucos y su fraude real, aunque legal, no es edificante para los demócratas del mundo —entiéndase los que creen que el gobierno debe emanar de la decisión popular, no los que utilizan la palabra para encubrir sus privilegios de clase y unas relaciones sociales injustas—.

Pensando en las tradiciones nacional-populares francesas, en su revolución, en su respeto a los derechos del hombre, en las luchas por la dignidad humana, en el antifascismo militante de la Resistencia, el presente es descorazonador. ¿Cómo podrán Pompidou y tantos otros oír sin sonrojarse la Marsellesa, un canto de fraternidad y emancipación; primer estallido de victoria de los pueblos al iniciar su ascenso histórico? Misterios de la naturaleza humana.

Muchos comentaristas se preguntan, por qué la Unión de la Izquierda ha aceptado la contienda en estas condiciones; por qué no ha promovido acciones tendentes a establecer una correlación real entre votos y escaños. Existe el problema de ¿qué hacer?, y ¿cómo movilizar?

Pero con independencia de esto, la derecha francesa ha ofrecido el deplorable espectáculo de su fraude electoral. Muy legal, muy mecanizado, limpio de formas pero fraude en definitiva porque a la voluntad de los electores se responde con artimañas, con cálculos insidiosos. De ello es la democracia quien sale agredida y Francia, con sus gloriosas tradiciones democráticas, ensuciada por su oligarquía en nombre de la libertad. Los pulcros meandros de la retórica —aparte casos como el de Marcellin— permiten sin rubor a los dirigentes gaullistas entonar cantos a la libertad, oír sin rubor la Marsellesa e irse a dormir tranquilos. Quién sabe si muy pronto, entre canto y canto, nos hablen del fin de las ideologías: será la contaminación de un proceso histórico lamentable.

OCINA

Las bofetadas jurídicas

La noticia causó sensación en el país cuando se produjo. Eso de que se enzarzaran a golpes, en plena sala de juntas del Colegio de Abogados de Madrid, unos cuantos letrados, no lo termina de digerir el estoico hombre de la calle español. Para él las peleas eran propias de gentes de baja estofa y maleantes en general, no de unos sesudos hombres de leyes. Pero el pasado día 15 de marzo, en el transcurso de una Junta General Extraordinaria, ¡y tan extraordinaria!, se vino abajo el mito del abogado español. Este ha sido un mito más que ha pasado al recuerdo. La tradicional concepción que se tenía del jurisconsulto, ¡magnífica palabra, vive Dios!, como de hombre ponderado, grave en extremo, conciliador, y amigo del diálogo, ha sufrido un rudo golpe. Un golpe del que no sé si terminará de sobreponerse.

Y, quizás, este incidente ha sido, solamente, un peldaño más de la escalada de violencia que está sufriendo esta profesión en particular. Una escalada que comenzó a nivel académico, con las bofetadas que se repartían de vez en cuando en la Facultad de Derecho de Madrid entre estudiantes de distintos colores políticos. Colores fácilmente identificables dentro del arco iris nacional. Y, ahora, estos edificantes combates han tenido su segunda versión en la categoría senior. Por fin triunfó una tesis que los abogados tenían olvidada desde hace algunos años: la dialéctica de los puños. Parece ser que a algún colegiado se le acabaron los argumentos verbales y quiso, y pudo, probar suerte con los puños. El resultado, según los periodistas especializados no en deporte, sino en política, fue de tres a uno en contra del enfurecido colegiado que dio el primer golpe.

Este incidente cachondo y pintoresco terminará de convencer a la gente de que algunos señores especialistas en derecho son seres tan «normales» como cualesquiera otros. Y que en un momento determinado pueden dar suelta a esos instintos primarios que llevan sepultados bajo montañas de artículos del Código penal, que ellos han quebrantado, y de conceptos jurídicos sobre equidad y justicia. Además, los que le zurraron la badana al colegiado que tenía el uso de la palabra son del sector en el que se respeta por encima de todo el concepto sacro-mítico de la profesión. Los que consideran a la abogacía como algo que debe estar libre de contaminación política. Los que claman por la profesionalidad pura. (El abofeteante primero, concretamente, no ejerce tan siquiera. Pura pureza purísima). Los otros son los que quiren darle a la abogacía la dimensión justa y precisa que debe tener en unos tiempos como los que corren. Y, a pesar de que la pelea en sí fue protagonizada por un colegiado que fue atacado por otro y se defendió, y al que luego se le echaron encima algunos más, fue representativa, muy representativa, de las dos tendencias que actualmente se enfrentan en la mayoría de los Colegios de Abogados de España.

El clima en que viven los componentes de esa profesión «liberal» por excelencia es de una total tensión. Y los precedentes más inmediatos, aparte el «show» que comentamos, se deben buscar en el veto que puso el Ministerio de Justicia a unos candidaturas para las elecciones que se debían celebrar en el Colegio de Madrid. A partir de aquel veto se fueron sucediendo los acontecimientos hasta culminar en la mencionada Junta General Extraordinaria que terminó como el rosario de la aurora. Y los incidentes seguirán. Porque no son fruto de la casualidad, sino de unas situaciones que afectan a toda la sociedad en general. Todos estos hechos vienen a demostrar que algo falla en los cauces de actuación política que funcionan en España; y de ahí que asociaciones y entidades de este tipo estén hiperpolitizadas hasta el extremo de liarse a bofetadas cuando las palabras no sirven para solucionar controversias.

JOSE MANUEL PORQUET

ITEM, MAS:

Si los abogados, como tales, tienen planteado un problema que es, a la vez, jurídico y político, ¿dónde pueden plantearlo? La respuesta parece obvia: en su Colegio Profesional, porque, como tal colectividad profesional, no tienen otro lugar jurídico en donde hacerlo. Pues al "A B C" de Madrid le parece que no. Que ése no es lugar adecuado. Claro que el tema en debate lo califican de "político y extrajurídico", porque le viene en gana, sin duda. Y, de todos modos, suponiendo que no sea el Colegio el lugar más adecuado, nosotros agradeceríamos vivísimamente al "A B C" que nos dijera cuál es el sitio más a propósito. A lo mejor se acababan todos los problemas.

ANDALANIO

Sobre amas de cría y anarquistas

ECO DEL PIRINEO CENTRAL

Periódico de noticias y de intereses morales y materiales.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

PRECIOS: *En Jaca, un trimestre, 4 rs. Un año, 14 íd.*

AMA DE CRIA. — Hay una soltera de 20 años y leche fresca, que criará en casa de los padres. — Reside en el pueblo de Embún.

ECO DEL PIRINEO CENTRAL

Jaca, 16 de abril de 1882.

PIRINEO ARAGONES

Jaca

El director de un museo de malhechores célebres, ha enviado la carta siguiente al anarquista MOST:

"Querido señor: Tengo necesidad de vos para mi museo de Coney - Island. Si queréis venir a mi establecimiento, os expondrés en una jaula de hierro, os pagaré 300 duros por semana y os proveeré de toda clase de pescados y de todos los platos que apetezcáis. Os respondo de que los chicos no os molestarán y pienso que el aire del mar os será provechoso. Cuidad de dejaros crecer el pelo y de traer una escopeta".

(20-VI-1886, art. de la prensa)

La objetividad acaba siempre por imponerse

Muchos han sufrido en sus propias carnes por su aspiración a ser objetivos ante hechos y situaciones reales. Las reacciones oficiales y oficialistas se han mostrado contrarias a ellos. Y nunca ha faltado la voz dogmatizadora, calificándolos de turbadores. Muchas voces se han alzado en los últimos años quejándose por la situación de abandono de Teruel, exponiéndose a ser calificados de pesimistas, en unos casos y de revolucionarios, en otros. Pero como titulamos este apartado, la objetividad acaba siempre por imponerse. Y así, vemos que hace pocos días un organismo oficial de máxima importancia en la vida turolense, ha alzado su voz quejándose de la grave situación socio-económica por la que atraviesa la querida provincia aragonesa. De ello, al menos, algo positivo podemos extraer: es el fin de los triunfalismos baratos y, a veces, agresivos. En la vida lo mínimo que se le puede pedir a una persona es que escuche. Creemos que la misma satisfacción que ha experimentado Antonio Burgos cuando organismos oficiales de Sevilla han venido a reconocer indirectamente lo que él escribió, ahora estarán experimentando muchos aragoneses de pro que han venido alzando su voz, aun exponiéndose en el mejor de los casos a ser enterrada en el desierto. Satisfacción —dicha sea de paso— construida con orgullo y tristeza al propio tiempo.

J. L. ARANGUREN
(Aragón/Exprés)



UN CHINO EN FORMOSA

por
POLONIO

Li-Fu-Chi apareció de sopetón en casa. Traía la coleta —la bella coleta de los desafiantes de Mao— un tanto ladeada y sus ojos oblicuos en lugar de izarse hacia las sienes, los llevaba caídos hacia los pómulos, amarilleados más que de costumbre. Con la cordialidad habitual que caracteriza a los orientales, intentó sonreírme, pero sus ojos se llenaron de lágrimas, y el paquete de té —Hórnimans, naturalmente— que traía en la mano se lo derramó por el suelo.

—¡Li-Fu! —dije adoptando mi voz más trágica: ¡Qué sucede!

—Nada, ex amigo Polonio. Nada. Tan sólo que debemos despedirnos.

No entendí y le hice pasar a mi habitación cocina-despensa-estar-biblioteca, y luego de ofrecerle un vaso de naranja —jamás ofrezcas limón a un oriental— le pregunté:

—Vamos por partes. ¿Por qué me dices que debemos despedirnos con ese aire de tragedia y por qué me llamas ex amigo?

—¿No lees la prensa?

—No —le respondí con el orgullo que sentimos los que no leemos una prensa dispuesta a corromper nuestros ideales más profundos—. Ya sabes que sólo leo «Marca», y ahora también «As».

—¿Entonces no te has enterado?

—¿De lo de Bernabéu o de qué?

—No, hombre, no, de lo de Mao.

—¡Se ha muerto! —grité con la alegría de un gran triunfo.

Li-Fu me miró compasivo y negó con la cabeza. Me obligó a sentarme junto a él y al oído me dijo algo pavoroso. Grité: «¡No puede ser!».

—Sí —me afirmó con la cabeza—: Embajadores y todo.

—¿Y la tradición? —repliqué.

Se encogió de hombros.

—¿Y los años de educación?

Volvió a encogerse.

—¿Y el libro «Royo», que tantas veces he estado tentado en comprarme, y que por respeto a las instrucciones recibidas he despreciado olímpicamente?

—Ya ves.

—¿Y Chiang?

—Se nos muere.

—¿Y tú?

—Formosano.

Esta última afirmación ya no la pudimos soportar y lloramos ambos por la faena que nos habían hecho. Años y años esperando la vuelta al hogar de los antepasados. Años y años mofándonos de la revolución cultural, de las comunas, de los cien mil chinos levantando el brazo con un libro en la mano como representantes de la Enciclopedia Salvat. Años y años apoyándonos el uno en el otro, y de buenas a primeras toma: Li-Fu formosano, yo con el «Marca» y un representante de Mao en Madrid.

Cuando mi amigo Li-Fu se marchó después de grandes abrazos, reverencias y ofrecimiento de la coleta como recuerdo de un chino de Formosa, corrí al teléfono y llamé a mi amigo Basilio, el ácrata, y a manera de mofa le dije: «¿Y ahora qué? Ya hemos reconocido a Mao y tú en la higuera».

—¿En qué higuera? Eso era de prever desde que Nixon viajó a Pekín.

—¿Que Nixon ha ido a Pekín?

—Hace ya días.

—Pero bueno —le grité por el teléfono: ¿en qué mundo estamos?

—En éste. Ochocientos millones de chinos no se pueden tener olvidados.

—Si son comunistas, sí.

—También los comunistas comen naranjas.

Me quedé cortado. Medité una respuesta. La busqué por todos los rincones de mi cerebro y no podía encontrarla. Al fin —San Pancracio, salud y trabajo, vino en mi ayuda— la hallé:

—Y tú. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguiré criando pájaros cantores, pues hoy por hoy es el único ser sobre la tierra que me interesa. El resto se compra y se vende con facilidad.

Le propuse:

—¿No tendrás una colocación para mí?

—¿Para ti? No. Tú sigue leyendo «Marca», «As», y esas cosas y, de vez en vez, te pegarás unos disgustos como el de hoy. Olvídate de una vez de lo que te enseñaron en la escuela y procura ponerte al día. Y si no, vete a las cruzadas.

—¿Las hay? —grité entusiasmado.

—Sí, parece que se está organizando una para rescatar Madrid de los infieles.

—Gracias —balbuceé emocionado—, tú siempre tan cordial con todos. ¿Cómo puedes ser así?

—Creo a pies juntillas en el hombre, a pesar de todo.

Y me colgó el teléfono. Luego saqué el yelmo, y con «Mistol» me dispuse a abrillantarlo, por si acaso era verdad lo que me acababa de decir Basilio.

UN PASO AL FRENTE

ANDALAN ha venido reproduciendo con cierta insistencia las declaraciones políticas del prolífico comediógrafo, increíble cantante, pésimo actor-director y jefe del gabinete de prensa del Ministerio de Obras Públicas, señor Alfonso Paso.

Casi siempre, en una sección —«el pasmo de ANDALAN»— cuyo nombre parece hecho para él; hoy precisamente la abondona, por cuanto sus últimas palabras —las pronunciadas en la entrevista que C. G. M. publica en el barcelonés «Tele-exprés» del viernes 10 de marzo— desbordan con holgura los márgenes del pintoresquismo en que tan alto han rayado algunos amigos del señor Paso.

Esta vez, el precito no ha enviado al paredón a algunos miles de compatriotas (con la imaginación, claro está) ni ha afirmado de nuevo la identidad de catolicismo y españolía... No. El señor Paso venía de dictar una conferencia para damas en un elegante hotel barcelonés, cuando concedió una entrevista al reportero mencionado. ¿Qué había dicho Paso a tan selecto público de especialistas sobre tema tan pintiparado como «Una teoría del teatro popular»? El periodista resume: el teatro español es esencialmente popular en sus orígenes, a diferencia del teatro francés e inglés que reconocen un origen intelectual. Tras Lope de Vega —máximo representante del populismo celtibérico— se produce un «cortocircuito europeo», del que nuestra escena no saldría hasta el nacimiento del género chico y la consiguiente reanudación de la inveterada tradición racial. ¿Cabe en menos espacio ofender más al buen sentido, a la historia, al teatro español, inglés y francés, amén de a la memoria de cuantos —desde Moratín a nuestros días— se han preocupado de las formas y contenidos de nuestra dramaturgia?

Pero Alfonso Paso no paró ahí. Y el atribulado C. G. M. tampoco para su mal. Preguntado sobre sus actividades canoras, el entrevistado respondió: «Yo soy un cantante al que hay que ver, como Montand, y que en discos perdemos mucho. Es por esto que no se han vendido muchos discos míos». ¿Y en cuanto a su actividad como cineasta? ¿Cuáles son sus maestros —pregunta el periodista, tras consignar que Paso ha visto «El último tango en París», de Bertolucci—? «En primer lugar —responde el sesudo pionero del cine nuevo español— las tres ELES». ¿Luis Lucia, Pedro Lazaga, Alfredo Landa, como pensará el lector? Pues, no: Lelouch, Lester y Losey...

Y Paso aún se supera; como el buen torero se crece ante el astado, Alfonso Paso, cuando avizora el toro de la política, mira al tendido —y quizá a los palcos, también— y profiere una tras otra afirmaciones como las que siguen: «He oscilado en diferentes posturas políticas. He pasado el sarampión comunista, el liberal.. Bueno, no ponga sarampión, más bien contactos. Lo único que ha permanecido intacto en mí ha sido mi rechazo del capitalismo y todavía más del neocapitalismo, que es más peligroso. Esta conversión mía (se refiere a la muy ruidosa a Falange Española) ha sido sincera y en el momento en que la Falange no estaba de moda». Tras una confesión de parte tan meridiana, Paso alude a su actual cargo como jefe de prensa de un Ministerio: «Si quiere Ud. un consejo, no acepte nunca un cargo público, y menos el de ministro, le costará dinero de su bolsillo». (¿Daremos crédito a nuestros ojos? ¿Resultará enternecedoramente, entrañablemente cierto que cuando el presupuesto general y aun el extraordinario no dan para el camino vecinal de Villanea de Abajo a Perales de Arriba, es el señor Paso quien afloja la mosca o que el importe de las obras se prorratea entre los altos cargos del Ministerio? ¿O acaso se organiza una subasta benéfica en el sopor posprandial de una cena en José Luis o Mayte Comodore?).

Item más. Las lágrimas afluyen ya a los ojos del comentarista cuando el señor Paso manifiesta: «Si a nosotros los falangistas se nos quita nuestra fe religiosa y nuestro arraigo en la tradición, somos más comunistas que los comunistas». Y sin parar mientes en el soponcio que acaba de proporcionar a D. Juan Huarte, el eximio pensador prosigue: «Por ejemplo, la teoría de José Antonio sobre el cooperativismo va mucho más lejos de lo que pueden ir los rusos. Sólo que no se ha podido poner en práctica. Hace unos meses estuve en Jamaica con Yves Montand y me tuvo tres noches en blanco contándole lo que era la Falange. Cuando terminé, exclamó: «Ça c'est le communisme». Y no nos extraña nada: explicada por el señor Paso, Falange puede ser el anabaptismo, la lingüística transformacional y el programa de la Duodécima Internacional. Mucho más en Jamaica, claro está...

* * *

Los lingüistas denominan «hápax» a aquella palabra de la que se conserva un único testimonio escrito y cuyo significado debemos deducir de un solitario contexto. Un «hápax» es el náufrago de un sistema lingüístico y como tal hay que tratarlo con precaución: puede ser una lectura equivocada, puede denominar muchas cosas. Pues bien, el señor Alfonso Paso es un «hápax» histórico: si no nos precipitamos e incluirlo en un diccionario, corremos el riesgo de que se nos olvide de qué hablaba cuando decía declaraciones como las arriba trascritas. Cuando el señor Ernesto Giménez Caballero conminaba a la atribulada familia Huarte a seguir el ejemplo de Moscardó, cuando hablaba de Juan March como ideal del sentido católico y español del millonario, cuando exhumaba el caballo de Santiago (con Apóstol y todo), había detrás de aquello una retórica familiar y aun generacional, bien que llevada a extremos pintorescos..., pero detrás de la desenvoltura verbal del ínclito comediógrafo no suena más que a hueco... Como los «hápax» de que hablaba arriba, el señor Paso también ha naugrafado: en el océano de su ignorancia y de su manifiesta voluntad de seguir en el candelero. ¡Valiente candelero ha elegido el impensado catecúmeno de Falange Española!

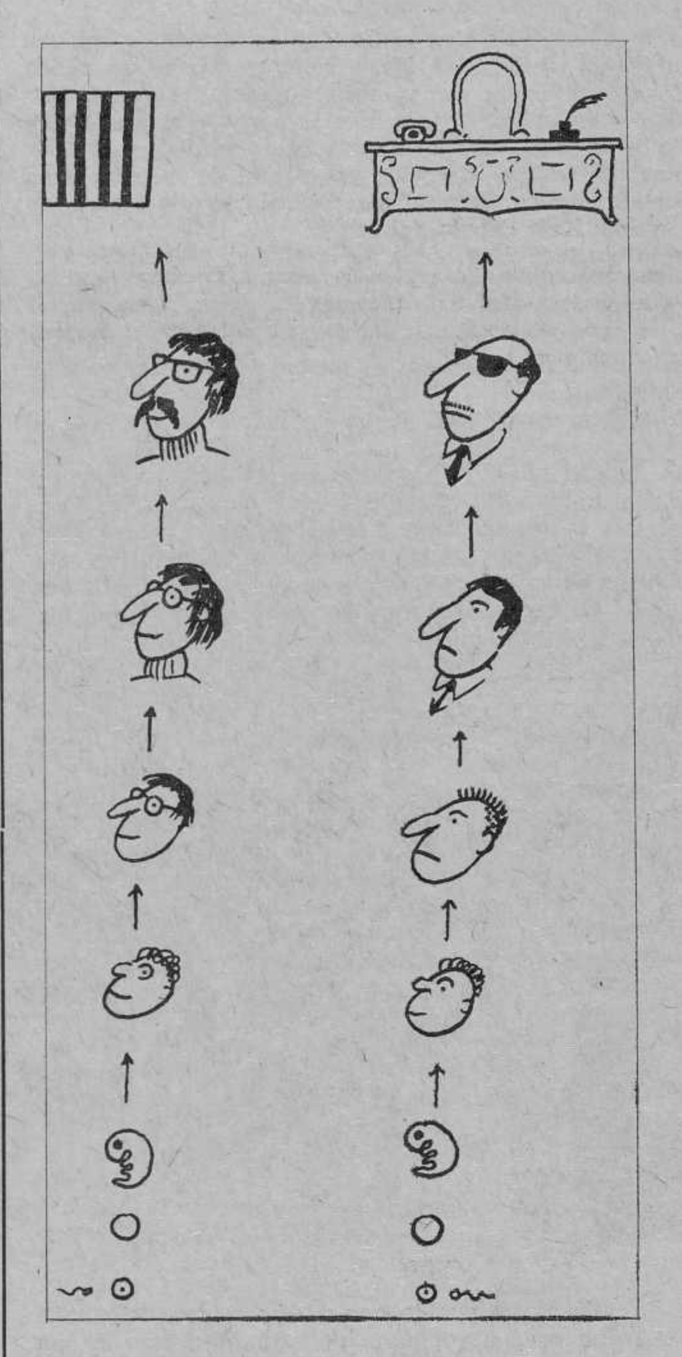
ANDALAN —y en su nombre quien suscribe— prometen no ocuparse más del señor Paso. Aunque en su próxima obra haga el papel de reina madre, aunque declare haber bautizado a la momia de Lenin, aunque sea acompañante asiduo de Ursula Andress, aunque sea nombrado embajador de España en la República Popular China... Este comentario no pretende más que la redención de un político que va para «hápax».

GABRIEL DE JAIZKIBEL

DERECHO ARAGONES

Minoridad y autoridad familiar

El mayor de 14 años, que en nuestro Derecho más antiguo era mayor de edad a todos los efectos, es hoy, hasta que llegue a los veintiuno o se case, un menor con capacidad de obrar anticipada o ampliada, como en preparación. Puede celebrar por sí toda clase de actos y contratos —incluso comparecer en juicio— con asistencia, en su caso, de su padre, madre, tutor o Junta de Parientes. Es por tanto el menor quien actúa (compra, vende, alquila, etc«) con la asistencia de las menconadas personas, y nunca su padre, que no es «representante legal» del mayor de catorce años.



MATEO

Naturalmente, puede, además, realizar por sí solo todos los actos que también en el Código civil están al alcance de las personas de su edad, como hacer testamento —excepto el ológrafo— y casarse.

Además, y siguiendo el Derecho tradicional, «el mayor de catorce años que, con beneplácito de sus padres o mediando justa causa, viva independiente de ellos, tendrá la libre administración de todos sus bienes» (artículo 5.°, 3, Comp. arag.). Es la llamada «emancipación tácita».

«Non habemus patriam potestatem».

Los menores de edad se hallan protegidos por el Derecho, que en principio los confía al cuidado de sus padres (cuando los tienen: en otro caso, a un tutor). Suele decirse entonces, siguiendo la terminología romana, que los hijos se encuentran bajo la «patria potestad».

Ahora bien, según una Observancia (2.ª «ne pater vel mater») muy famosa, **De consuetudine Regni non habemus patriam potestatem:** por costumbre del Reyno no tenemos patria potestad. Esta frase se ha repetido muchas veces como una peculiaridad de nuestro Derecho, pero no siempre ha sido bien entendida y explicada.

Lo que quiere decir es, ante todo, que en Aragón no se aplica el Derecho romano, que hizo del paterfamilias, en un primer momento, la única persona en sentido jurídico de todo el grupo familiar, bajo cuyo poder absoluto se encontraban la mujer, los hijos y los esclavos, así como todos los bienes. Ciertamente la **potestas** del **pater** romano, por lo que a los hijos se refiere, evolucionó poco a poco, y de poder absoluto que incluía la decisión sobre la vida y la muerte se convirtió, y así es en los Derechos modernos de base romanista, en una función protectora. Aún así, alguna reminiscencia queda de su primitivo origen. Por ejemplo, los poderes sobre los bienes de los hijos.

Lo característico del Derecho aragonés es entonces que, al rechazar siempre los principios romanos, formuló desde el primer momento por la obra creadora del pueblo unas relaciones paternofiliales reducidas al aspecto personal (no económico), basadas en los deberes de los padres para con los hijos, con la autoridad correspondiente al servicio de estos deberes y en interés de los hijos. Con ellos se adelantó en muchos siglos a otros Derechos.

Concretamente, las diferencias principales entre la regulación aragonesa de las relaciones entre ascendientes y descendientes y la «patria potestad» del Código civil son:

1.° Reconocimiento expreso, en el Derecho aragonés, de ser la de los padres una autoridad funcional en interés de los hijos. Dice el art. 9.° Comp. arag., bajo el título «Deber de crianza y autoridad familiar en los padres»: «El deber de crianza y educación de los hijos menores, así como la adecuada autoridad familiar para cumplirlo, corresponde a sus padres...»

En el Código civil, los intérpretes llegan modernamente a concepciones similares, pero con base en textos cuyo sentido originario era algo distinto.

2.° La autoridad familiar se reduce, en Aragón, al aspecto personal. Los bienes de los hijos suelen ser (no necesariamente) administrados por sus padres en interés del hijo, pero en ningún caso tienen los padres (como en Castilla) el usufructo de estos bienes, si bien pueden con sus frutos atender a los gastos de educación y crianza del propio hijo.

3.° El ejercicio de la autoridad familiar puede ser conjunto del padre y de la madre. El citado art. 9.° Comp. arag. sigue diciendo: «...corresponde a sus padres, conjunta o separadamente, según los usos sociales y familiares. En caso de divergencia en el ejercicio de dicha autoridad, decidirá el padre». Los antecedentes de esta concepción aragonesa de la autoridad familiar compartida (hoy casi universal) se remontan al Fuero de Teruel; mientras que en el Código civil tal cosa no está aún prevista.

JESUS DELGADO ECHEVERRIA

HABAS POR TERNERA

El conocimiento histórico (o sea, *científico*) del pasado progresa lentamente; pero, indudablemente, progresa. Hay hechos establecidos que no pueden ser interpretados sino de una manera. Así, por ejemplo, no es controvertible el hecho de que la batalla de Sedán ocurrió en 1870; no caben discusiones acerca de la calidad dictatorial y racista de Adolfo Hitler. No puede ponerse ya en tela de juicio el apoyo prestado por la Católica monarquía española a los hugonotes franceses durante la guerra de los Treinta Años. Algunas discusiones aún caben en torno al pasado más reciente, por razones obvias. Pero sería comulgar con ruedas de molino aceptar las rotundas frases con que Pemán enjuiciaba, desde la lustrosa tribuna del sempiterno *A B C*, a Alfonso XIII. Helas aquí:

«A Don Alfonso no le dio tiempo ni le dieron crédito desarrollar esa técnica moderna, que tan a medida le venía a él, de los reyes populares y anticeremoniosos. En cambio, ¡qué técnica tan ajustada y diabólica (*sic*) desplegaron frente a él los ideólogos enemigos! Primero, la técnica de destronar reyes; luego, la técnica de calumniar ausentes.»

Alfonso XIII nació rey. Y sí que tuvo tiempo. Salió de la menoridad en 1902 y acabó de reinar en 1931. Reinó 45 años y, personalmente, veintinueve. Pudo ensayar todos los sistemas modernos que le hubiesen venido en gana. En 1921, 1922 y 1923 (en dos discursos y consagrando con su sanción el golpe de Estado del marqués de Estella) dio buenas muestras de lo que un conocido «Diccionario de Historia de España» llama, suavemente, su «personalismo político»: quería gobernar, además de reinar. Eso pudo transformar —y transformó a Don Alfonso— al rey en un beligerante.

Y las técnicas «diabólicas» para destronar reyes... Nadie destronó a Don Alfonso. Ni siquiera le dijo nadie que se marchara. Y, por no citar ejemplos sospechosos, Ortega proclamaba su «Delenda est Monarchia» casi a la vez que José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador monárquico, hablaba de la Monarquía como «cáscara muerta».

Respecto de las técnicas para calumniar ausentes, no le quepa duda al señor Pemán de que ni se las inventaron los «antis» de Alfonso XIII, ni fueron únicos en su uso; ni siquiera grandes especialistas en ello. Una vez más hay que recordar aquello de que «en todas partes cuecen habas». Seguramente porque son más baratas que otras cosas. Lo malo es que don José María, a estas alturas de su vida y de la del país, nos las quiere colar como ternera.

G. F.

bílbilis augusta

La antigua Bílbilis, había sido estudiada desde el siglo XVII en que eruditos e investigadores habían comenzado a descubrir poco a poco datos aislados de su historia a través de monedas, inscripciones u otros restos de menor importancia. Solamente en contadas ocasiones se habían realizado sobre sus ruinas trabajos arqueológicos, a principios de siglo, y los resultados habían sido poco alentadores por la cortedad de los trabajos y los medios empleados.

La labor que hemos llevado a cabo, con la ayuda del magnífico equipo de trabajo del Departamento de H.ª de la Antigüedad de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, ha sido larga (alrededor de ciento cincuenta días de trabajo de campo en excavación con unas veinte personas, y otros cincuenta días aproximadamente en otros trabajos también del campo, de realización de planos, toma de muestras, fotografía aérea y otros estudios auxiliares). Tras los días de campo, los largos períodos de clasificación de materiales, su dibujo, y su estudio. Todo ello es el camino realizado hasta culminar en los resultados finales: el conocimiento de unos cuantos pasajes de la vida del antiguo Municipio romano, que nos permite seguir los pasos de su historia.

Los albores de la historia en estas tierras del Jalón, en torno a Calatayud, los hemos seguido, según nuestro propósito, hasta las edades de los metales, para las que hemos localizado en la comarca nuevos centros que nos hablan de la vida y del poblamiento en aquellas épocas. Centros habitados en la zona de Illescas cerca de Calatayud, en la algo más alejada Maluenda y en otros puntos, nos hablan de la existencia de unas gentes en número considerable, que desarrollaron sus actividades desde al menos el 1500 a. C. Después, estas gentes se verían afectadas profundamente por las invasiones de pueblos Celtas, desde quizás el siglo IX hasta el VI a. C. que darían una nueva configuración y carácter a estos pueblos; aún se verían más tarde influenciados desde el siglo IV a. C., por la potente cultura ibérica procedente de la costa mediterránea.

A partir de este momento serán las influencias de potencias foráneas (cartagineses y romanos) las que incidirán en la vida de estas gentes, siendo los romanos los que emprenderán la labor de una conquista sistemática hasta englobarlos totalmente en la administración creada por la República del Tíber.

Bílbilis (con el permiso de los bilbilitanos, y con arreglo a los datos obtenidos) debió de comprender rápidamente, quizás a la fuerza, que la amistad con Roma era el sistema más efectivo para una prosperidad continuada. Vemos que es ya en el primer tercio del s. II a. C. una ciudad dominada por Roma y que, desde entonces, no intervendrá casi nunca en favor de sus convecinos en sus luchas contra aquélla. Solamente en tiempos de Sertorio la ciudad tomará el partido de éste (de grado o por fuerza, no se sabe) y, tras la caída del general rebelde, pasará al bando cesariano en las luchas civiles entre César y Pompeyo, para después comenzar una nueva y floreciente vida con Augusto.

Bílbilis se amuralla a comienzos del siglo I a. C. Antes había comenzado a acuñar moneda y posiblemente era un núcleo indígena importante. Su afición por «lo romano» se demuestra en la cantidad considerable de productos importados o romanizados que se encuentran en la ciudad desde tiempos insospechadamente antiguos, para esa zona: desde los siglos II y I a. C.

Su importancia se acentuará con el auge de Sertorio y será, finalmente, con Augusto cuando se organice como una populosa y burguesa ciudad provincial, favorecida por las prebendas de la administración dominadora.

La edad de oro de la ciudad durará todo el siglo I de la era. Se construirán teatro, templos, redes de abastecimiento de aguas, plazas, fuentes, todo lo necesario para una vida que podemos determinar como lujosa, o al menos alta. Tras este siglo I d. C. la vida de la ciudad va a languidecer paulatinamente y las gentes saldrán a instalarse en casas del campo. En el siglo III d. C. la gran amenaza de las invasiones bárbaras como consecuencia del declinar del Imperio, van a provocar de nuevo el reagrupamiento de la población en las ciudades y el que éstas sufran ataques y asaltos de bandidos e invasores. Será en este momento cuando Bílbilis decaiga totalmente y sea abandonada, al menos en una buena parte. Después ya no volverá a brillar, su escasa población (que quizá regresase una vez desaparecido el peligro) viviría pobremente hasta que la llegada de los árabes y la fundación de la nueva Calat-Ayub determinasen la anulación total de la vieja Bílbilis que acaso solamente se vio frecuentada por unos pocos pobladores que habitarían en las ruinas de lo que había sido gran ciudad. Finalmente, en la Edad Media, estos escasos habitantes descenderían definitivamente y se instalarían a la sombra de Bílbilis, a orillas del río Jalón en lo que actualmente es el barrio de Huérmeda.

MANUEL A. MARTÍN BUENO

Caricaturas en SAMPER

De un tiempo a esta parte, las tierras, nuestras tierras bajoaragonesas están recibiendo la presencia de escritores y artistas que la eligen para dejar en ellas, en algunos casos para siempre, sus ideales y personas.

Tenemos en Calaceite a Donoso, hartamente conocido ya en Aragón, y recientemente el artista Miguel Trallero, ha hecho lo propio en la inquieta villa de Samper de Calanda.

Miguel tiene 27 años, rubio. Usa barba, que en ciertas estaciones del año se le vuelve un tanto rojiza. Lleva, siempre que no las olvida en alguna parte, gafas redondas con montura de acero. Tenía una corbata pero la vendió a un amigo. A poco más se reducen sus experiencias en el campo de la economía, por la que siente verdadera afición. Así, más o menos, es Trallero Gargallo, estudiante de muchos años de ingeniero técnico químico, carrera que dejó sin terminar para venirse a Samper con el lápiz debajo del brazo.

—¿A qué razón obedece esta huida de la ciudad, Miguel?

—Barcelona —me dice— donde yo vivía, ha triplicado en unos años los días de niebla. La polución atmosférica no es un tópico. Y si a esto añades la agitación con que se vive diariamente comprenderás que es más saludable vivir en un pueblo y desplazarse a la ciudad periódicamente.

—En tu D. N. I. dice «profesión: dibujante». ¿Qué es Trallero, en realidad?

—Siempre he dudado entre calificarme como dibujante o editor (está en trámites mi inscripción como editor de obras propias), opté por la primera, que me pareció más razonable. Ahora, salvo algunos encargos, sólo trabajo en caricaturas. En este aspecto he colaborado en diversas revistas españolas y tengo una sección fija en «Meridiano dos mil». En Zaragoza, hace unos días, clausuré una exposición de caricaturas en un club.



—Samper de Calanda es un pueblo con mucho ruido en Semana Santa y silencio monástico la mayor parte del año. ¿Era esto lo que buscabas?

—En parte, sí. Aunque me deprime un poco la falta de montañas —me apunta que es miembro de Montañeros de Aragón desde hace siete años—, pero el clima es buenísimo y la gente, sobre todo la gente joven, está llena de inquietudes.

Miguel me enseña su estudio cargado de dibujos y pinturas; en un caballete hay un cuadro: «Lleva ahí —me dice— año y medio»; sin embargo, nada más sentarnos y en un papel cualquiera me hace una caricatura.

—¿Cómo está la caricatura en España? —le pregunto.

—Hace más de 30 años, había unos caricaturistas formidables: Sirio, Bagaría, Bon... Renació después de nuestra guerra, creo, con el gran periodista que fue Manolo Del Arco.

—¿Qué opinión tienes sobre los dibujantes aragoneses? Define a Del Arco:

—Fue mejor periodista; el mejor como entrevistador.

—Mingote...

—Aunque nacido en Sitges, puede considerarse aragonés. Te diré que hoy día, junto con Serafín, son los mejores creadores de monos del país.

—Xaudaró...

—No le conozco mucho. Sé que hizo famoso a su perrito y los trabajos en «ABC».

—Ugalde...

—Continuador de Sirio. Trabajó en «Heraldo de Aragón» antes de la guerra y pasó a Madrid, donde en la línea de la caricatura lo considero como uno de los mejores de España.

—Trallero...

Sonríe dejando entrever afilados dientes por entre la poblada barba. Vuelve a coger el papel en el que me hizo anteriormente la caricatura y comienza a autodibujarse.

—La buena caricatura —susurra mientras dibuja— es un poco el retrato sicológico del individuo; por ello sólo tiene aceptación en niveles culturales altos. A mí la afición a la caricatura me vino por las reiteradas lecturas de las obras de Chesterton.

—Hemos hecho un breve recorrido por los caricaturistas aragoneses: todos se fueron. De ahí que la pregunta sea obligada. ¿Cuánto tiempo estará Trallero entre nosotros?

—Es bonito Samper, y sus gentes me gustaron por su sencillez y falta de afectación. Sin embargo, el trabajador en un arte es un poco trashumante. No puedo contestarte.

—Pero, Zaragoza está ahí, a menos de una hora.

—No conozco muy bien los ambientes artísticos de la ciudad, pero por aquello de «por sus obras...». Hay muy pocas muestras y el arte, en todas sus manifestaciones, está en función directa de las necesidades del ambiente en que se halla. Quiero decir que Zaragoza todavía tiene que crear su ambiente artístico, tan escaso me parece ahora.

—¿Cómo, Miguel?

—Los artistas no se reproducen por generación espontánea, vienen condicionados, como digo, por esas necesidades del pueblo. Así espero que, después de haber sido el año 72 el de las obras urbanas, se habla del 73 como el de las obras artesanas (así, modestamente, me incluyo).

—Todo eso huele a negocio y así el arte se prostituye...

—Bueno, en Barcelona, un grupo de artistas que ni siquiera se quieren calificar así, han sido catalogados como del «arte pobre», por su concepción de éste y los materiales empleados en sus «obras»: una lata de sardinas, unas frases pintadas que no tienen ningún sentido y un trozo de arpillera puede ser una muestra de ese arte. Entonces se deshacen en coloquios que quieren ser intelectuales, y luego se les ocurre llamar a esto «comunicación». En muchos casos el precio de alguna obra de este tipo es francamente insoportable al oído.

Mientras me cuenta todo esto, sigue dibujando. Ha hecho su caricatura junto a la mía y ahora pretende plasmar en el papel el ambiente. Me habla de Gauguin y hace un recorrido por el arte desde Cervantes a Picasso.

—Son escasos —sigue diciendo— aquellos que sólo se han dedicado al arte por el arte. Lautrec porque era rico, y la mayoría porque lo eran después. Un artista quiere hacer arte, pero es un señor que quiere comer cada día, como cada quisque, y lo que priva es vender los cuadros.

El tema se hace extenso, presiento que Trallero desearía entablar coloquios a fin de desmitificar posturas y conceptos. Ha terminado el dibujo y se lo pido.

Alejandro ABADIA PARIS

BORJA: del rabioso individualismo

O localismo, que engendro de lo uno es lo atro.

Tema candente en la actualidad es, el intento de reestructuración socio-económica de Aragón, como unidad regional. En la encuesta que «Heraldo» está realizando, se leen las más diversas opiniones; unas acertadas, otras menos, pero siempre interesantes. Se ha despertado la inquietud; si surgen capitanes entusiastas y capaces, puede llegarse a algo concreto.

«Aragón oficialmente no existe: nada hay en la realidad política, administrativa o simplemente jurídica que se llame Aragón». Así opina don Patricio Borobio.

Y, ciertamente, en la realidad política —geográficamente hablando—, el concepto Aragón se halla diluido en una serie de elementos que no formamos precisamente un armonioso conjunto sino unos millares de individualidades girando «cada uno a nuestro aire». En expresión del pintor Del Caso estamos demasiado acostumbrados a bailar la jota sueltos, dando brincos; sin tendernos mutuamente la mano como en ligada sardana.

En la localidad somos Yo; y nuestro pueblo el mejor y el más rico; y nuestras tierras las más feraces; y buscamos los «tres pies al gato» al lado con las más inverosímiles triquiñuelas. Este defecto se acusa en toda la geografía. Tratamos de encontrar prosperidad a costa de zancadillear al prójimo, absorbiéndole, a base de su anquilosamiento. Que no medre el otro, parece ser nuestro lema. Y es que solemos ser menos nobles que lo que cantamos.

Probablemente, los economistas elaborarán muy estupendos planes, una soberbia estructuración; pero sinceramente creemos, que si antes no se mentaliza la masa, las posibilidades de éxito son muy cortas.

FRANCISCO DOMÍNGUEZ PABLO

PIETRO ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES

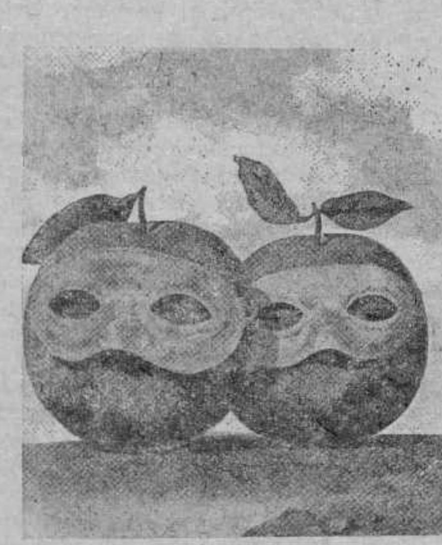
por TERENCI MOIX

Descubrir a estas alturas al Aretino puede parecer escandaloso. No lo es menos, en mi opinión, descubrir que para muchos sectores de la sociedad, este nombre todavía produce escándalo. La misma Italia, que para el españolito podrá sonar a edén de todas las libertades eróticas, ha tenido que esperar sus buenos años para conocer al autor en ediciones de alcance popular, es decir: que no le momificasen en la atención del erudito, el bibliófilo o el simple enterado. Y, a la luz de los nuevos avances en permisividad, incluso se ha estrenado un bodrio titulado «Le calde notte di Pietro Aretino» (no os hagáis la menor ilusión: es uno de tantos films pseudoporno, nacidos al socaire del «Decamerón» de Pasolini, y que llevan ya tantas secuelas por los cines italianos. Films que buscan el pretexto de una licenciosidad prestigiosa o la vida de pecadores famosos para pasar escenas eróticas más o menos convincentes. Simple sub-cine del consumo, completamente alejado del ejemplo pasoliniano y, por supuesto, de sus intenciones y logros). Pero en el film, la figura del Aretino (como la del Boccaccio en «Decamerone Proibitisimo») no corresponde a la menor realidad, no hace sino contribuir de algún modo a la difusión del mito inicial, establecido por la burguesía, y tantas veces condenado por la moral imperante. Pero, al contrario de lo que sucede con la obra escrita de este personaje, sus peripecias, sus «cálidas noches» en el film no tienen el menor valor como revulsivo, y se convierten en una muestra más de la represión disfrazada de libertad.

Pero el Aretino todavía hace correr a Sam, y esto es importante. Digamos que no en vano se apodaba el joven «flagello de prencipi, il veritiero, il divino». Digamos, también, que ciertos azotes, verdades y divinidades humanas —divinidades cachondas, como Don Pietro— continúan incordiando hoy con tanta fuerza como en el Bajo Renacimiento. Y en plena época de los desnudos cinematográficos, producidos hipócritamente por la misma clase social que se escandaliza, ante ellos todavía puede tener una auténtica provocativa una primera «giornata» de I Raggionamenti donde «la Nana en Roma, debajo de una higuera, cuenta a la Antonia la vida de las monjas». Al fin y al cabo, las instituciones que atacase el Aretino siguen vivitas y coleando; así su moral, aunque se disfrace.

Pertenece el escritor de Arezzo a un siglo en que Italia no anduvo escasa de talentos literarios, más bien al revés. Se ha llamado a este período «il secolo de l'Ariosto», pero no estuvo sólo el paladín, en sus justas literarias; fue, además, el siglo de Mateo Bandello, de Torcuato Tasso, de Pietro Bembo —con sus importantísimas polémicas lingüísticas sobre el uso del vulgar en literatura—, de Vittoria Colonna, profundo espíritu femenino tanto en sus «Rimas» como en la correspondencia con los hombres más ilustres de la época, muchos de los cuales le dedicaron sus obras. Fue, en definitiva, el siglo de Pietro Aretino, el más proscrito de todos ellos en razón de muchas sinrazones morales y, no obstante, el que más cercano a nosotros, impresionante tanto en su voluntad realista como en aquella asombrosa invención lingüística que la crítica romántica supo desfigurar, como tantas otras cosas. Con todo, sus textos siguen proscritos en las escuelas italianas, continúa siendo muy poco amado por las Academias, permanece todavía con un pie en el Parnaso de los genios y otro en la clasificación, siempre elástica y arbitraria, de lo «pornográfico». Otra víctima en el itinerario de una moral que se permite juzgar el arte por medios completamente ajenos al arte mismo y que fue condenando, sin más, a autores como Laclos, Sade, el Panormita, Gregorovious, el conde de Rochester y, en nuestras latitudes concretas, hasta hace diez años, al mismísimo Boccaccio. Los crímenes literarios que se cometen en nombre de la moral son muy notables.

Se me dirá que el mismo Aretino no se quedó corto en eso de ir labrando su propia reputación, pero nada parece asegurar que los amores y amoríos de un escritor tengan que garantizar, en ningún caso, la bondad o la mediocridad de su obra. Ahí está, por ejemplo, el prodigio de su teatro, casi desconocido, muy poco representado en Italia y menos aún fuera de ella. A los Raggionamenti, que todavía siguen el patrón renacentista de los Dialoghi, se opone en las obras de teatro la exuberante creación de un universo (el de aquella Italia) que, igual que un «puzzle», arroja sobre el escenario su realidad fragmentada en clases sociales, en dialectos, en incontables referencias étnicas, y que es resuelto de repente, encajando todas las piezas para formar un retablo apasionante, donde ningún detalle parece haber sido descuidado.



La riqueza vital del Aretino nos llega restituida en una obra que es, antes que otra cosa, una pequeña Comedia Humana donde incluso los equívocos, a veces patéticos (recuérdese La Cortigiana, radiografía de la vida romana) forman un retablo de relaciones sociales tipificadas hábilmente en sus aspectos idiomáticos. De ser representado, el Aretino comportará un riesgo que en ningún modo ha de ser moral, sino político. Pienso un poco en «La lozana andaluza», de Alberti; en ella, nuestro escritor daba a Francisco Delicado las posibilidades de abandonar el dudoso pedestal en que le colocasen tanto la moral burguesa como los bibliófilos y retomar, así, su sitio junto al pueblo, base de su novela. Más recientemente, Pasolini ha intentado desnudar a Edipo, Medea, Boccaccio y Chaucer de la túnica de los siglos y el prestigio para darles una medida más nuestra.

Triste destino ha sido el de un escritor que, como el Aretino, podía aspirar a cualquier cosa menos a petrificarse en forma de clásico. Por un lado los moralistas acérrimos, por el otro los estudiosos academicistas, han dado a menudo imágenes deformadas de una obra que era, ante todo, eminentemente popular. En este aislamiento del reproche y del prestigio, no sería nada extraño que el Aretino hubiese quedado incomprensible. Fue satirizando implacablemente a los que consideraba sus enemigos, y en más de una ocasión rindió su pluma —es decir, sus «azotes»— ante quien mejor sabía pagar. (No falta en su vida, por supuesto, la servidumbre del escritor a la clase que le mantiene como fenómeno raro; seguramente, de las cuatro formas de decir la verdad que proponía Brecht, el Aretino las intuyó todas menos una).

En su tumba se inmortaliza, precisamente, su falta de miramientos a la hora de repartir mandobles verbales:

Qui jace l'Arentin
poeta tosco,
di tutti disse mal
forchè di Cristo
scussandosi col dir
non lo conosco.

(«Aquí yace el Aretino / poeta toscano / De todos dijo mal / menos de Cristo. / Excusose diciendo / no lo conozco»).

El grado de popularidad del Aretino fue inmenso en su tiempo; y a esto iba al referirme a lo triste de su destino al convertirse en clásico. Personaje popular entre las masas que aplaudían sus obras y se veían reconocidas en ellas, saltó del impacto de plazas y palestras al favor de los grandes de la época, que parece le visitaban sin falta al pasar por Venecia, donde acabó sus días. Entre mecenazgos de banqueros, príncipes, papas, nobles y burgueses, recorrió el itinerario típico de los artistas del Renacimiento, cuyas vidas pueden iniciarse en cualquier lugar —se prefiere la Toscana—, pero acaba por recorrer indefectiblemente los grandes centros de cultura urbana de la Italia de la época (el intercambio geográfico es condición «sine qua non» de la cultura humanista, como el viaje lo será de la romántica). Y la captación que el Aretino irá haciendo del legado dialectal de los parajes que va recorriendo se notará plenamente en el torrente desbocado de su verbo, ya prebarroco. Verbo que delata una visión del mundo prodigiosamente dinámica, donde la mostración costumbrista va estrechamente unida al libelo político. Sin embargo, estas virtudes capitales no harán que la futura fortuna crítica del Aretino deje de ir estrechamente condicionada por un desbordamiento de la sexualidad que conduce al rechazo total por parte de la moral burguesa y, acto seguido, a la condena durante siglos. En este aspecto del erotismo —insisto en él porque es el que suele esgrimirse contra el autor—, Roberto Roversi ha escrito: «En sus páginas, el sexo es un sexo sin tormento. Una sensualidad seca, apetitosa, decidida, sin imprevistos; con un único objetivo; no se ve «turbada» en el sentido moderno (sexualidad neurótica y equívoca; dramática); y, a decir verdad, no es grosera o simplista al modo de los vulgares del siglo XIV».

Se dirá, entonces, que los escándalos, proscripciones, anatemas y demás zarandajas que todavía provoca el Aretino, no se comprenden demasiado; y a esto deseaba ir a parar. A menudo —demasiado— las muecas de disgusto de los celadores de la moral esconden razones más profundas. Si recordamos que en el gran siglo de Ariosto, el poder pontificio quemaba a Giordano Bruno (el punto de Campo dei Fiori donde una estatua conmemora el lugar donde estuviese la pira, todavía me resulta emocionante), nos daremos cuenta de que los verdaderos tiros iban por otro lado: que lo que preocupaba al poder, tanto ayer como hoy, no era un hecho de inmoralidad más o menos estridente, sino lo que la inmoralidad representa de amenaza contra un orden establecido, que se quiere innamovible. Detrás de las audacias del Aretino, lanzadas desde la modestia del teatro in piazza o desde la suntuosidad de las grandes cortes, estaba este realismo verdadero, crítico, amplio, tipificador en el sentido más moderno del vocablo; un realismo que no se limitaba a lo periférico, y que sabía herir sin la ayuda de otra moral que la de la verdad. De hecho, la grandeza indudable de la «Jerusalén Libertada» o el «Orlando Furioso» podían prestar su nombre al siglo, sin que nadie se asustase (y ello a pesar de que Orlando es cualquier cosa menos un poema casto). La epopeya y la lírica podían dorar fácilmente la píldora. Por el contrario, el ídolo de las multitudes, azote y admiración de príncipes, ha tenido que esperar muchos años para que unos pocos —todavía unos pocos— recordemos con pasión que el XVI fue, también, el siglo del Aretino.

TERENCI MOIX

LOS ARQUITECTOS DAN LA ALARMA

El Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos ha patrocinado en Valencia una reunión de los representantes de los Archivos Históricos de dichos Colegios. Han estudiado la problemática arquitectónica y urbanística de los cascos antiguos de nuestras poblaciones. Independientemente de más amplias informaciones posteriores, queremos recoger aquí una síntesis de las conclusiones adoptadas (entrecomillamos los textos literales):

1. — «Frente a la inminencia de la destrucción de la ciudad histórica por la prolongación del del Paseo de la Independencia en Zaragoza y del de García Morato en Barcelona, SE CONSIDERA TOTALMENTE SUPERADO ESTE TIPO DE REFORMA URBANA DECIMONONICA» que, por diversas causas, destruye y aisla «la unidad de barrio preexistente, al mismo tiempo que EXPULSA A LA POBLACION ANTIGUA».

2. — Es forzoso y urgente dotar de servicios a estas «zonas residenciales degradadas de forma que el equipamiento de las mismas permita el PROGRESIVO SANEAMIENTO DE LAS VIVIENDAS INSALUBRES».

3. — Los proyectos de aparcamientos subterráneos en los cascos antiguos «SON TOTALMENTE ERRONEOS» porque, estando las vías de acceso saturadas y siendo inampliables, «no hacen más que contribuir al aumento de la congestión».

4. — Frente a las desafortunadas actuaciones arquitectónicas y urbanísticas y a «los errores cometidos por los Arquitectos de la Administración se hace necesaria la convocatoria de concursos públicos» en lo referente a remodelación y conservación de zonas de interés. Se solicita una norma activa que garantice la independencia del jurado y su solvencia a nivel internacional.

5. — Los Colegios deberían ofrecer, por su parte:

a) Establecer el visado de calidad de los proyectos, exigiendo documentación fotográfica de su emplazamiento.

b) Crear una conciencia profesional a este respecto «a fin de sensibilizar a los Arquitectos».

c) Que los Archivos de los Colegios colaboren con la Administración Local en la redacción y preparación de Planes y Concursos que afecten a los antiguos cascos (como Montblanch), en la promoción de planes especiales de protección de conjuntos (como en el Valle de Arán), en las prohibiciones de derribos improcedentes (evitándose casos como el del teatro de Carlos III en El Escorial o la amenaza sobre el vizcaíno sanatorio «Marino de Gorliz»).

6. — Habiéndose estudiado en la reunión los casos de Granada, Sevilla, Valencia, ZARAGOZA, Barcelona, Gerona, Bilbao, Mondragón, Málaga, Madrid, Jaén, Palma e Ibiza, los asistentes se congratulan de la eficacia mostrada por los representantes de los Archivos Históricos. Y comoquiera que éstos sólo existen en ARAGON, Valencia, P. Vasco y Andalucía Oriental (todos ellos creados en el breve plazo de siete meses) instan a los demás Colegios acerca de la «urgente necesidad de su creación a fin de garantizar una actuación mancomunada».

Desde las páginas de ANDALAN, preocupadas muy seriamente por los graves desafueros irreversibles que continuamente se cometen contra nuestro patrimonio histórico - artístico, damos las gracias, la enhorabuena y el ánimo a estos Colegios y a sus representantes, personificados, en este caso, en Aragón, por Pedro Marqueta. La importancia evidentísima del tema ya no admite, en efecto, más demoras ni eufemismos en el planteamiento.

SALLUITANO

Hacia el futuro

La Semana de Cultura Aragonesa se propuso, desde los presupuestos de su gestación, el acercamiento reflexivo a la realidad actual de nuestra tierra. Y todo el vacío, el abandono, la desconexión; la pobreza propia y el secuestro por ajenos de nuestra vida social apareció ante nosotros insoslayable, inaguantable. Se hizo manifiesto, y ello es realmente importante, el desconocimiento de lo propio, el deslavazamiento interno de la actividad cultural zaragozana en particular y aragonesa en general. Patente quedó la falta de canales, formas de organización coherentes, comunicación, fórmulas de articulación que posibiliten un quehacer cultural íntima y fructíferamente ligado al suelo en que florece.

La Semana de Cultura Aragonesa ha nacido en medio de tales circunstancias y es producto de las condiciones reinantes. Sus defectos, sus distorsiones, sus desequilibrios, reflejan fielmente el mundo tan peculiar en el que ha tenido vida. Como no estaba "preparado", como nada se ha adornado, sino que se ha actuado en el más sobrio (y quizás humillante) de los desnudos, lo que se ha presentado ha sido escuetamente lo que hay, sin disimular los huecos con bambalinas de ninguna clase.

Si ha sido necesaria esta Semana de Cultura Aragonesa lo ha sido, ante todo, por dar fe de tantas y tantas cosas que hoy se desarrollan a nuestro alrededor. ¿Qué sabíamos —de verdad— de nuestro Derecho, de nuestra historia social, de los problemas de nuestros grupos de teatro; qué de nuestros poetas y de los intentos de nuestros hombres de cine; de la situación general de la economía de nuestra región y de las actitudes políticas qu puedan haber entre nosotros? Casi nada. Ahí están las preguntas en los coloquios, la descripción, hecha necesaria, de los pormenores de las actividades de éstos o de aquéllos, la denuncia de posiciones inauditas. Y sin embargo todo esto existe, viene existiendo entre nosotros hace tiempo; y no ha sido sólo nuestra despreocupación la que se ha empeñado en ocultarlo a la vista de la gran mayoría.

Es muy cierto, con todo, que han quedado sin explicación muchas, demasiadas cosas. Que faltaron elementos importantes, si no indispensables, para el análisis de conjunto que se intentaba llevar a cabo.

Pero si a la importancia ya real del análisis conseguido, pese a todo, añadimos la fuerza que el conocimiento en común de los problemas aporta, hemos de concluir que ya no es igual, que no ha quedado todo como estaba, que, en definitiva, hemos hecho nacer una nueva etapa. Porque, además, incluso conociendo con mayor o menor exactitud las líneas generales de nuestra vida social, no podíamos saber cuántos eran los embarcados en la labor, cuáles sus concretos problemas, cuál su real planteamiento del trabajo. Ni repasar, reunidos, los pasos andados, los caminos emprendidos; las contribuciones, las alternativas.

Por primera vez, creo, hemos ido pidiendo la palabra uno tras otro —y esto no siempre ha sido fácil porque no nos educaron para ello— con el decidido afán de enterarnos de qué es lo que tenemos entre manos.

Y no sólo es eso, sino que la importancia del momento por el que pasa Aragón, en todos sus aspectos: la agudización de sus contradicciones íntegras, la creciente depauperización de nuestra vida social y civil, la veloz desaparición más o menos violenta de formas "inoperantes" en el contexto que los intereses dominantes imponen hoy al desarrollo de nuestra tierra, y tantos etcéteras... hacen de una forma de postura crítica como la que supone la Semana de Cultura Aragonesa una postura histórica, capaz de plantear un futuro, vértice de todo lo que hasta el presente ha sido defensa de la cultura, y palanca que movilice todas las fuerzas interesadas en una vida civil real y consecuente.

Es preciso, pues, tomar con brío el peso del pasado, entre todos, leer lentamente el papel de desahucio, y decidir, porque el futuro depende de nosotros. Podemos dejar que nos sepulten a todos en un andalán, o bien podemos utilizar nosotros el método. Será en nuestra más legítima defensa.

CRONICA: SEMANA DE CULTURA ARAGONESA

Estas líneas no pretenden ser más que un urgente resumen de algo de lo mucho que se ha dicho durante la semana del 5 al 11 de marzo en el Colegio Mayor Pignatelli, cada día a las 8 y a las 11 de la noche. No es, por tanto, unna información exhaustiva que no me permitiría mi mala memoria y la falta de espacio, y tampoco quiero enjuiciar la semana porque no creo que esto sea misión del cronista. Además, personalmente, preferiría juzgarla por los resultados que dé; es decir, dentro de un año, que es quizá cuando los palparemos.

LAS ARTES VISUALES, "CONCIENCIADAS"

El lunes se inauguró la exposición de fotografía que montaron miembros de la veteranísima Sociedad Fotográfica de Zaragoza. Se quiso desde el principio que fuera una exposición diferente y por ello hubo poco material, pero muy escogido. Sin duda merecieron mejores locales. Lo expuesto bastó para convencernos de que es un grupo con futuro y con presente.



A las 8 de la tarde comenzaba la Mesa Redonda con los pintores del grupo AZUDA. Presentaron su obra en diapositivas que necesitaban mayor comentario del que tuvieron. De ahí se pasó a tratar de los problemas de su campo. Todos ellos estaban de acuerdo en echar de menos en Zaragoza una burguesía tan activa como en Barcelona o en Madrid que promocionara las nuevas manifestaciones culturales y apoyara, con la creación de canales de comercialización, la difusión de la pintura. Una pintura que el público no va a entender porque no está aún preparado para ello. Alguno de entre el público sugirió los «posters» como medio de difusión y de educación del público para la pintura de vanguardia; los del grupo AZUDA se mostraban escépticos al respecto. Una pregunta del público hizo aflorar cierta división entre los pintores: «¿Cuál es la misión del pintor en la sociedad?» Hubo quien contestó que tenía que pintar; mucho, y cada vez mejor. Y que el resto no concernía al pintor, al menos como tal pintor. Otra postura manifestaba que el hecho de ser un grupo de pintores de vanguardia era ya una toma de postura frente a la sociedad, puesto que el ser fiel a una trayectoria pictórica vanguardista, lleva aparejado la venta difícil de los cuadros y probablemente la no comprensión por parte del público.

Tambiné expusieron los pintores el problema de la falta de tiempo para dedicar a la pintura. Todo sellos tienen otra ocupación y dedican a pintar los ratos libres, lo que resta a su pintura calidad.

En su conjunto, esta mesa redonda fue la más tumultuosa y animada. Por parte del público había quien sostenía que el grupo AZUDA no representaba a los pintores aragoneses, alguno discrepaba radicalmente de la manera de enfocar el problema del pintor y su papel en la sociedad, «¡pintad un cuadro del Castellar!», llegó a sugerir una voz.

Carlos Cezón presentó por la noche su espectáculo poético-musical-teatral. El esquema que sigue es simple y eficaz. Unas palabras para presentar al poeta, aragonés siempre, cuyo poema se va a recitar a continuación. A veces es el mismo poeta quien presenta su obra mediante una grabación magnetofónica. Después el recitado, algo dramatizado pero sobrio, con fondos musicales apropiadoso. El efecto es de fuerte impacto. Al público le supo a poco, y cuando tras los 45 minutos se encendieron las luces para salir, hubo quien creyó que era sólo el descanso.

UN BAÑO DE REALIDAD

El martes, a las 8 de la tarde, comenzó la conferencia: «Panorama global de la economía aragonesa y sus repercusiones sociales», a cargo de Francisco Polo y Antonio Biescas. Fue lo que su título indicaba: un planteamiento global, sin pormenorizar, pero con muchos datos. Paco Polo se ocupó de la demografía y la agricultura.

La superficie del antiguo reino de Aragón, dijo, equivale al 9'44 % del total de la extensión del país, mientras qu esu población es sólo el 3'5 %. La conclusión es que nos vamos convirtiendo poco a poco en un desierto atravesado por un río a lo largo del cual se concentra la población. Las provincias de Huesca y Teruel, excluidas las capitales, han perdido respectivamente el 20 y el 38 % de su población. Zaragoza (provincia), el 20 %. Y, por si fuera poco, mecanismos institucionales (como el Plan de Desarrollo) aumentan el desequilibrio entre ciudad y provincia. Tocó el tema de emigración, el de la población activa dedicada en su mayoría al sector primario. Y el de la necesidad de terminación de los regadíos del plan Bardenas, que se suponen no rentables, cuando de hecho hay proyectos con prioridades de dudosa rentabilidad como el trasvase Tajo-Segura.

Antonio Biescas trató sobre la industria, los servicios y el sistema financiero. La diversificación de la industria aragonesa, aun teniendo sus ventajas, hace que sea muy difícil la competencia con otras industrias extrarregionales; y, además, entre las 700 más importantes industrias españolas, sólo hay 15 aragonesas. Se desaprovechan ocasiones de potenciación de grandes empresas. El sistema financiero no ha sido propicio, tres bancos ubicados en Zaragoza: el Aragonés de Crédito, el Agrícola de Aragón y el de Aragón han sido absorbidos por otros Bancos; se desaprovecha así una fuente de financiación de carácter local.

En la región se ha producido un crecimiento cuantitativo cuyo costo ha recaído sobre todo en las clases trabajadoras.

En todo momento afirmaron que el regionalismo les parecía válido como medio de toma de conciencia de una realidad económica y social, pero que las soluciones debían plantearse a escala nacional.

LAS ARMAS CANTADAS

Por la noche, a las 11, tras el baño de realidad que supuso esta conferencia, fue el recital de canción aragonesa. Fue el acto más popular de la semana, y en el que estuvieron representadas las tres provincias. Los estilos eran diferentes, y el grado de madurez de los cantantes también. El grupo «Renaxer», que canta en altoaragonés, puede decirse que nació esta semana. Tomás Bosque, de La Codoñera (Teruel), cantó en «chapurriau» que para muchos era desconocido. Joaquín Carbonell ofreció una muestra de todo lo que canta. Como dijo José Antonio Labordeta, en esa noche nos íbamos dando cuenta de que éramos una región trilingüe. Con la «Bollonera», el grupo que cantó en último lugar, vimos que la jota era un arma cargada de futuro, aunque había permanecido amordazada. Las canciones de todos los que actuaron abordaban problemas concretos y urgentes de nuestra región: el Castellar, las bases, el éxodo rural, la pérdida de nuestra identidad, etc....

EL DERECHO ARAGONES: NUESTRA RAZON ESCRITA

La conferencia del miércoles, sobre «El Derecho Foral aragonés», estuvo a cargo de Jesús Delgado Echeverría. Planteó el tema desde la ignorancia que tiene el pueblo de este ordenamiento jurídico, siendo además una de las pocas realidades culturales que abarca todo Aragón.

Las primeras fuentes del Derecho Foral son los fueros de algunas pequeñas poblaciones hasta que se llega a la compilación de Huesca, en 1247. Ya desde sus comienzos los Fueros eran opuestos al Derecho Romano que triunfó en Navarra y Cataluña y no pudo hacerlo en Aragón. Se consideraba a éste como la razón escrita; los Fueros, sin embargo, querían referirse al sentido común. Nunca fueron privilegios ni concesiones especiales: fueron una ordenación general creada por el pueblo y basada en sus tradiciones.

Fue Felipe V quien terminó con los Fueros, quedando sólo las disposiciones de Derecho Privado. El reino, moribundo, apenas reaccionó. La historia posterior de nuestros Fueros es accidentada y compleja; en 1946, en Zaragoza, hubo un Congreso Nacional de Derecho Civil para estudiar los Derechos Forales. Se propuso comenzar a compilar los Derechos Forales de cada región; en Zaragoza fueron compilados y luego aprobados por las Cortes en Madrid.

Después de la introducción histórica, pasó Jesús Delgado a explicar el contenido de los Fueros. Se refirió al gran ámbito de autonomía que está en la base de los Fueros y que hace que la voluntad de los particulares quede siempre muy a salvo. Analizó algunas de las instituciones del Derecho Foral: ley del «hereu», viudedad foral, mayoría de edad por matrimonio, etc....

Se objeta al Derecho Foral aragonés, terminó, que es producto de un mundo rural hoy en decadencia, y que por lo tanto está en vías de desaparición. Lo importante es que los aragoneses sepan crear nuevas instituciones basándose en el principio de amplia libertad civil que está en la base de los Fueros.

Las preguntas fueron muchas y la falta de espacio impide extenderme sobre ellas.

TEATRO: FORMAR AL PUEBLO

Por la noche, a las 11, tuvimos la Mesa Redonda sobre Teatro. Los grupos *Tántalo, Independiente* y *Estable*, presentaron una pequeña historia de la formación de cada grupo y de los objetivos que perseguían. Mariano Cariñena, por el teatro Estable, presentó unos datos sobre las actividades culturales de una ciudad de población cuantitativamente similar a Zaragoza, Stuttgart. En el coloquio se habló de técnicas de teatro. ¿Se trata de producir emociones en el espectador, o de hacerle discurrir? Los planteamientos frente a esta alternativa eran diferentes, pero en todos la finalidad era similar, que el espectador participase lo más profundamente posible del teatro. Para ello había que educar y formar al pueblo para ver teatro. El grupo Estable llegó a poner en funcionamiento el *Club de Espectador*, que murió de muerte violenta. Se imponía la busca de formas nuevas de acercamiento al espectador: trasladarse a barrios o a pueblos, forman al espectador desde la infancia, etc.... Problemas de tipo económico no faltaban. Excepto el grupo *Tántalo* que había conseguido una ayuda oficial, los otros dos grupos se encontraban con serias dificultades económicas, de locales, de tiempo para dedicar al teatro. En ésta, como en todas las mesas redondas, al profundizar en los problemas se llegaba a estructuras nacionales, en la base de las dificultades.

LOS OBREROS ZARAGOZANOS, VIEJOS LUCHADORES

Carlos Forcadell habló el jueves sobre «Aproximación a la historia del movimiento obrero en Aragón hasta 1939». Por la extensión del tema y la poca bibliografía existente sobre él la conferencia tuvo que ser una aproximación. Fue, en todo caso, una aproximación inteligente.

Los primeros movimientos reivindicadores obreros se producen en Zaragoza en 1855, en el bienio progresista, declarándose entonces la primera huelga general. Pero estos primeros movimientos son producidos más por escasez y carestía de alimentos y trabajo que no por una ideología determinada.

En 1870 se celebra en España el primer Congreso obrero español al que aún no asiste ningún delegado de Aragón. Desde entonces, pasando por diversas vicisitudes, en nuestra ciudad vemos que se da un progresivo proceso asociacionista de tipo aliancista y apolítico, intensificado con la industrialización de la ciudad entre 1898 y 1900.

Habló más extensamente Carlos Forcadell sobre la C. N. T. y su aparición en Zaragoza hasta que llegó a ser la segunda ciudad cenetista en 1911. El grado de influencia de la C. N. T. lo prueba la escasísima participación electoral, fruto de su ideología apolítica. El complicado proceso acaba con el estallido de la guerra civil. A instancias de algunos espectadores, Forcadell se extendió sobre las colectivizaciones de tierra en Aragón, su proceso y su desaparición violenta y predecible.

POEESIA: ¿ASFALTADA?

A la Mesa Redonda sobre Poesía, que se celebró a las 11, estaban invitados poetas jóvenes aragoneses, de edades en torno a los veinte años casi todos ellos; moderó Anchel Conte, representante, con Francho Nagore, del grupo de poesía en altoaragonés. Tras la lectura por parte de cada uno de alguna de sus obras y la breve exposición de lo que creían que era la poesía, el público comenzó a preguntar. Debido quizá a la extrañeza y sorpresa producida por la lectura de poetas, hubo numerosas tentativas de aclaración de los espectadores que se traducían en intentos de clasificación. Así se llegó a establecer una en: poesía motivada por represión de tipo biológico, por represión de tipo social y por la decadencia de las hablas aragonesas. Por supuesto que varios de los poetas se sintieron ajenos a la clasificación apuntada e incluso claramente en contra. En otro momento se llegó a afirmar que su poesía era «universitaria», puramente intelectualista, sin responder a una problemática concreta y objetiva. Esta acusación, aun sin carecer de base, fue rechazada y rebatida por el grupo de poetas. De planteamientos concretos se llegó a planteamientos generales sobre la función crítica de la cultura en la sociedad, del papel de la poesía en la construcción de la futura sociedad, de la censura, etc... Hubo especial interés por la poesía en altoaragonés; se llegó a insinuar que era poesía poco comprometida, con temática no válida hoy. A esto respondió Conte con energía, hablando de la existencia de «hombres de ciudad», y «animales de asfalto» y afirmó la validez de su intento que corre también peligro de desaparición violenta.

CINE: MANOS POCO LIMPIAS

El viernes se dedicó en su totalidad al cine *amateur*. Se quería dar a conocer los callados esfuerzos de un grupo de entusiastas del cine de nuestra tierra. Manuel Rotellar presentó películas de Alejo Lorén, Avellaned, Alberto Sánchez y J. L. Pomarón. La temática era diversa, haciendo alusión a la violencia, al erotismo, la ambición política y la alienación religiosa en películas sonorizadas de 8 y 16 mm.

A las 11, Mesa Redonda sobre problemas de Cine en Aragón. Era ésta una de las mesas con más amplia audiencia y por ello fueron invitados representantes de la producción, distribución, exhibición, dirección y crítica de películas en Aragón, junto con el director de un Cine-Club. La difícil moderación estaba a cargo de Juanjo Vázquez. El problema de base que se planteó fue el económico, porque el cine necesita más fuertes inversiones económicas, lo que le convierte en una industria más, en nuestro país bastante ruinosa, manejada en general por manos no muy limpias que responden a intereses poco confesables. En este punto se extendió la discusión mucho tiempo. Se trazó con claridad la división entre cine *amateur* y profesional, que tienen problemática abismalmente distinta. Se tocaron también problemas del cine de nuestra ciudad, las salas de *Arte y Ensayo* y su funcionamiento, la ausencia de cortometrajes en nuestras pantallas, las dificultades de los *cine-clubs* para una programación y exhibición adecuadas, etcétera... Asomaron problemas generales, fruto del contexto político-social de toda la nación: la censura, la falta de apoyo al cine, el descenso de la afición del espectador por el cine, a nivel internacional, la falta de guionistas de auténtica calidad en el país. Lo interesante de la mesa redonda fue la variedad y la profundidad en las respuestas por parte de los participantse. Fue, sin duda, un acierto el que todas las fases del proceso estuvieran representadas.

ARAGON CON ESPAÑA

El sábado terminaba la Semana Aragonesa. Fue por ello el día que se dedicaba a las aspiraciones, a la esperanza. Pedro José Zabala habló sobre «Situación de Aragón respecto de España: federalismo y regionalismo».

Comenzó planteando la situación de Aragón respecto de éste y otros problemas: una despersonalización colectiva a nivel de pueblo, y falta de perspectivas. Zaragoza sería quizá lo menos representativo de Aragón, con pocas diferencias con otras capitales. De ahí pasó a considerar el concepto de nación para la que no existe ninguna definición reconocida universalmente; no se puede definir en torno a la raza, ni a la lengua. Se trataría de una comunidad estable, comúnmente sentida y aceptada, basada en una tradición de convivencia. Sin embargo, vemos que lo que llamamos nación es disfrutado por unos y padecido por otros. El nacionalismo quizá pudiera ser beneficioso, si durase poco. Porque, de lo contrario, crea una mentalidad agresiva y recelosa frente a otras naciones y tiende a aplastar la diversidad regional.

Región tampoco es un concepto claro. Para definirla no valen ni la geografía, ni la economía, ni la historia. Habría que preguntarse, continuó el conferenciante, cómo hemos llegado a la realidad unitaria en España. Contra la diversificación regional no pudieron ni la monarquía leonesa, ni el Conde Duque, ni los liberales de 1812 en Cádiz. Esa diversidad está en la base de la esencia nacional española.

El Centralismo, pasó a afirmar, es la cara política de una opresión económica; y la oligarquía centralista es la suma de las olikarquías locales, y la falta de conciencia de clase se da más en aquellos sitios en donde falta conciencia de comunidad local. Pero es absurdo plantearse ahora la nacionalidad vasca, gallega o catalana frente a la española, porque, además, estos planteamientos responden a la aspiración de una oligarquía. En Aragón hoy se viven los problemas sin conciencia de colectividad, lleva camino de extinguirse entre el País Vasco y Cataluña.

El centralismo continuado sería el epitafio de Aragón. Pasar poderes a Diputaciones y Ayuntamientos sería una buena vía de solución. El regionalismo supone regiones con vida propia autogobernada. El federalismo, una unidad común pactada; es un segundo paso del regionalismo. Ambas posibilidades están excluidas por el momento de las Leyes Fundamentales del país, tal como el conferenciante las expuso.

Cara a la Europa que se avecina, terminó el conferenciante, un Estado unitario es un Estado débil. Debe estar equilibrado por la personalidad de las regiones. Después de la conferencia hubo casi una hora de coloquio.



OBJETIVO PRINCIPAL: CONGREGARNOS, CONOCERNOS

Por la noche eran las conclusiones. Establecerlas tras una semana tan variada era tarea difícil. Para facilitarla, un representante de cada conferencia o acto cultural leyó las conclusiones o los problemas que en ellos se habían planteado. Fue algo largo y denso; el panorama tan diversificado se unificaba en grandes líneas maestras. Se produjo, sin embargo, en el público una reacción inesperada, pues se cuestionó a algunos de los representantes de la prensa local que ocupaban la sala, sobre el poco eco periodístico de la Semana Aragonesa; y se echó de menos una Mesa Redonda sobre prensa aragonesa dentro de la semana. De aquí se pasó a tratar de analizar una problemática común a todas las diversas ramas de la cultura que habían tenido cabida en la semana. Se criticó fuertemente el centralismo zaragozano, subrayando la necesidad de acudir a los pueblos de Aragón.

Pero para todo ello se necesitaba un organismo coordinador, puesto que los diferentes grupos ya estaban en marcha y de algún modo se habían puesto en contacto. Tras una laboriosísima discusión sobre la conveniencia o no de crear este organismo coordinador, se llegó al acuerdo de crear un Seminario de Problemas Aragoneses. Lo integrarían como coordinadores los que habían representado a su grupo en la Mesa Redonda final.

Y esto fue todo, o casi todo. Faltan, creo, las consecuencias de todo esto. Lo decía al principio: quizá dentro de un año nos demos cuenta y podamos hacer balance de lo que esta Semana ha significado para Aragón. Hoy no ha sido quizá más que un encuentro y una sorpresa para todos. De todos depende ahora que pueda ser algo más; la Semana, bien que mal, cumple el objetivo principal: congregarnos y conocernos.

J. G. V.

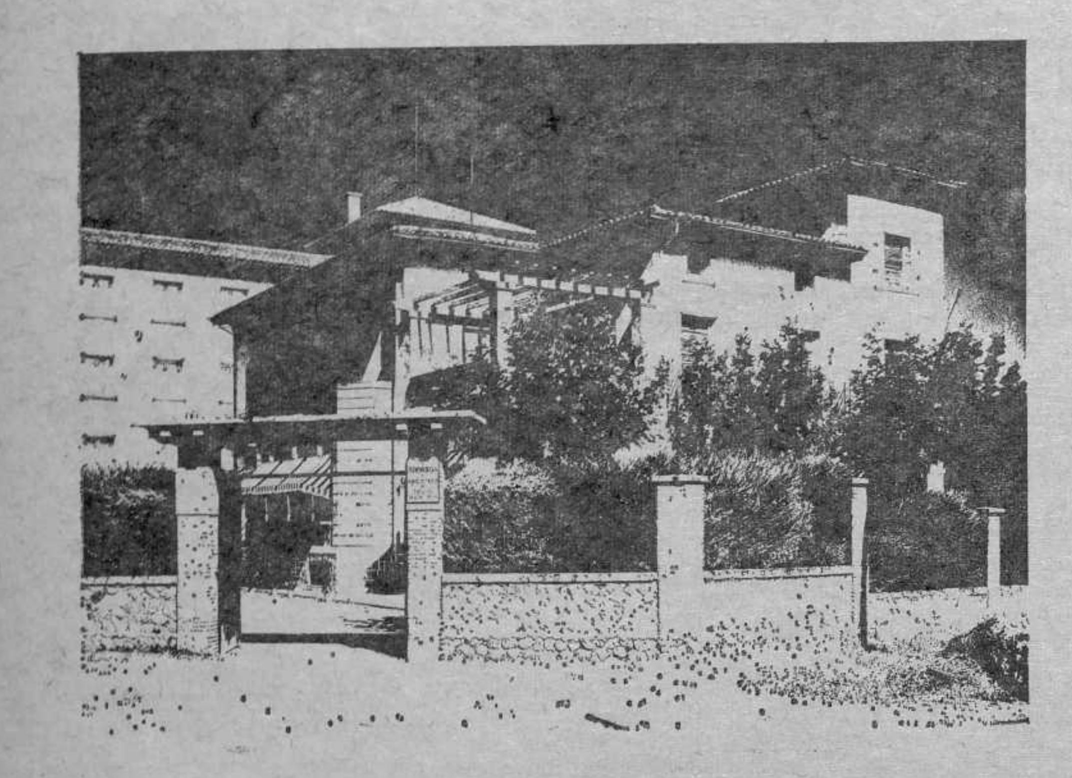


Los niños en la Obra Social de la CAJA de AHORROS

Los niños son el futuro. Esta bella frase resume y justifica la extensa parte de la Obra Social de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, que tiene dedicada a los niños, momento de la vida en el que se tienen todas las ilusiones que ello lleva consigo, con confianza en la Sociedad y en el futuro, con la alegría de vivir despreocupadamente pero sin perder detalle de todo lo que sucede alrededor.

Presentamos en estas páginas las principales Obras Sociales que ha creado la Institución, dedicadas especialmente a los pequeños.

COLONIAS INFANTILES





Todos los veranos, un gran número de niños y niñas, comprendidos entre los 10 y 12 años pasan unos felices días en alguna de las dos colonias infantiles que ha construido la Institución: La Colonia de "Santa María del Mar", en Comarruga (Tarragona); y la de "Nuestra Señora de Valvanera", en Nalda (Logroño). Allí, junto al mar o en plena montaña, disfrutan del buen clima y de las magníficas instalaciones de ambas obras (piscina, juegos diversos, frontón, etcétera.), al tiempo que cuidan de no perder la marcha del curso.

JORNADAS NAVIDEÑAS



Durante los días de Navidad, los pequeños clientes son obsequiados con sesiones de cine y regalos de Navidad. Estas Jornadas se realizan en diversas localidades en las que está presente la Caja. El pasado año asistieron en total más de quince mil niños.

CONCURSOS ARTISTICOS Y LITERARIOS



A lo largo del año, en distintas ciudades y pueblos, se realizan varios concursos de pintura y dibujo, realizados en casa o en los colegios, o al aire libre; así mismo también se llevan a cabo concursos literarios. Todos ellos, con la finalidad de fomentar la afición a las artes plásticas y a la literatura.

GUARDERIAS INFANTILES



Tres guarderías ha construido hasta la fecha la Caja: La de "San José", en Zaragoza; la de la "Virgen de la Piedad", en Teruel; y la Casa Cuna del Niño Jesús, en Logroño. La primera está situada en el popular barrio de Oliver, la segunda en la carretera de Alcañiz, en Teruel; la Casa del Niño Jesús está situada en pleno centro de Logroño.

La guardería de Zaragoza y la de Logroño poseen además unos dispensarios anexos de puericultura, donde constantemente se visita a los niños. En Logroño, solamente durante 1972, se visitaron más de 3.000 niños y niñas.

En estos centros se atienden a los pequeños desde por la mañana hasta media tarde y allí desayunan, comen, meriendan, reciben las primeras clases y realizan juegos educativos. Sobre las seis de la tarde, sus madres o familiares pasan a recogerlos hasta el día siguiente.

ESCUELA DE E.G.B.



En Zaragoza, en el barrio de Miraflores, cerca de la Cartuja Baja, existe un grupo escolar patrocinado por la Caja: el grupo "Francisco Rañoy". Allí, numerosos niños y niñas del sector reciben enseñanza elemental y disponen de dos aulas y amplios patios de recreo.



A estas obras específicamente infantiles habría que añadir los jóvenes que son atendidos en otros centros patrocinados por la Institución: El sanatorio de Agramonte, en el que también se han curado gran número de niñas, el dispensario donde son visitados, las clases de cultura general, idiomas o mecanografía en las distintas academias o centros de la Entidad, etc.

Toda una obra al servicio de la gente menuda, que indirectamente está también al servicio de los impositores, ya que ellos son los padres o familiares de ellos y gracias a su calidad de clientes, pueden los niños disfrutar y aprovecharse de la anterior obra social.

JULIAN GALLEGO: Visión crítica del arte

Su último libro, «Visión y símbolos» es, en opinión de algunos expertos, acaso el mejor que se ha publicado sobre temas de Historia del Arte en España en los últimos lustros. El libro ha sido escrito en una universidad extranjera y publicado en español después de que lo fuese en francés. ¿Tiene todo ello algún significado? Si es así, desearíamos nos lo aclarase.

J. G. — En efecto, yo he trabajado durante unos años como «Assistant» en la Escuela de Altos Estudios de París (Sorbona), bajo la dirección de Pierre Francastel. La realización de los trabajos que acabaron constituyendo el libro —aunque no todos están incluidos en él— duró ocho años. La labor pude hacerla, desde luego, porque Francastel tuvo la delicadeza de facilitarme el pequeño sueldo de Ayudante —que, desde luego, no alcanzaba para vivir en París, pero que era una ayuda muy estimable— para que elaborase mi propia investigación, lo que iba a ser mi tesis doctoral, más que otros trabajos que su Departamento tenía entre manos. En algunas ocasiones sí que solicitó mi concurso para este otro tipo de tareas, pero lo hizo con una enorme delicadeza, como pidiendo excusas, agradeciendo siempre cualquier cosa que hacía en ese sentido. Francastel se ocupó, asimismo, de obtener la ayuda económica necesaria (de la «Caja Nacional de Letras») para editar el libro, una vez acabado. Tuve que viajar mucho, continuamente: Roma, Londres, París, Santander, Madrid, visitando bibliotecas incesantemente consultando obras, recopilando material. Verdaderamente fue un trabajo ímprobo. No creo que lo volviese a hacer, al menos no hasta ese punto. De aquella labor conseguí abundantísimos elementos en torno al arte del siglo XVII, que han de servir para investigaciones y trabajos posteriores.

El apoyo de Francastel, en todos los sentidos, fue estimabilísimo. Yo le debo mucho, como sociólogo del Arte. (En realidad, desde la aparición de la obra de Hauser, que trivializa muchas cuestiones históricas y que parte en ocasiones de esquemas elementales, le daba terror que lo llamase «sociólogo del Arte»). Francastel era un científico muy honrado y trabajó muy duramente, muy críticamente, sin apriorismos. Yo seguí en mi tarea sistemas semejantes. El título de mi tesis doctoral no era el de la edición comercial: se llamaba «La cultura simbólica, la pintura y la sociedad españolas en el Siglo de Oro». Pero nos pareció un poco pedante y lo dejamos en lo que quedó.

Respecto de si es o no posible hacer un trabajo de esta índole en España —que parece que es el fondo de lo que ustedes preguntan—, creo que es tan fácil o tan difícil como en cualquier otro lado. Yo, desde luego, nunca tuve una beca para ir a Londres o a Roma cuando necesitaba desplazarme a esas ciudades a recoger materiales de investigación. En ese sentido me parece que el Estado español es más pródigo de lo que se suele pensar. Pero para trabajar con la libertad con que yo lo he hecho hay que eximirse, por supuesto, de estar sujeto a plazos, a oposiciones, a situaciones administrativas coactivas. Es una ventaja, que otorga una gran libertad, y un inconveniente, puesto que se ha de renunciar durante mucho tiempo a una situación estable. Además, yo no era francés. Si lo hubiese sido, todo me hubiese resultado más sencillo. De todos modos, y resumiendo, una persona que vocacional y decididamente se dedique durante, por ejemplo, ocho años a la elaboración de un trabajo serio, puede hacer una tesis doctoral en cualquier parte. Eso sí: que esté dispuesto a hacer sacrificios.

Por lo que se refiere a la perspectiva científica desde la que yo he trabajado, la verdad es que hay muy poca gente en España trabajando sobre esa especie de «tierra de nadie» que es el punto en que las Artes toman contacto entre sí, el lugar o lugares en que confluyen la Pintura, la Literatura, la Música... Los hay, desde luego, como Orozco, Caturla, Camón, etc. Pero esas interrelaciones que muestran al arte y al artista como formando parte de un medio vivo y total, suelen ser, cuando no ignoradas, desdeñadas.

EL TURRON Y LAS MULAS, DE ZARAGOZA

2. — Los tópicos suelen ser siempre muy sustanciosos, tanto si se destopifican cuanto si se confirman. En la actualidad parece estar de moda entre nosotros el tema regional y, dentro de él, el del «aragonesismo» o la «aragonesidad». ANDALAN está trabajando en esa línea, no para defender nada sino, sobre todo, para intentar aclarar, definir, delimitar, analizar. Uno de estos tópicos es el de un cierto inequívoco carácter aragonés de la obra artística de Goya. En su opinión, ¿puede o no puede hablarse de tal condición en la obra del pintor de Fuendetodos?

J. C. — Goya tiene, evidentemente, una biografía aragonesa y zaragozana. Goicoechea, Zapater, Bayeu, etc., son personajes centrales en su vida y su educación y su juventud transcurrieron en Aragón. El recuerdo y los modos de Zaragoza no le abandonarán nunca: «En hablarme de Zaragoza y de Pintura me quemo vivo», le dice en una carta a Zapater, recordando sus experiencias negativas en esta ciudad; precisamente sobre este episodio estoy centrando la elaboración de un guión que sobre Goya me ha encargado Televisión. Yo creo, de todos modos, que no hay un carácter aragonés. La vida de Goya y buena parte de su psicología se explican por la región pobre y poco interesada por el arte. En Zaragoza Goya no se impuso nunca, ni tan siquiera en la actualidad. En su tiempo, desde luego, no. Tuvo que marchar a Madrid para poder imponerse. El carácter de Goya era complejo y tenía, desde luego, cualidades que se han producido muchas veces en nuestra región, sus características económicas, sociales y culturales: era un hombre interesado y, a la vez, dispuesto a echarlo todo por la ventana en según qué circunstancias. Respecto a la existencia de algo que pudiese llamarse «aragonés» en la pintura, hay que partir de la base de que, exceptuando a Goya, no ha habido pintura aragonesa de primera fila. Aragón es un país con un gran sentido práctico, para el que las cosas del arte son «titadas». En Zaragoza mismo, el arte ha sido y sigue siendo algo completamente secundario, de lo que no se precisa para subsistir. En otras regiones y lugares, como Valencia, Galicia, Cataluña, Andalucía, por ejemplo, el arte importa, y mucho. Aquí no interesa ni a la gente culta; no es de primera necesidad.

A pesar de todo ello, Goya conservó siempre un amor muy curioso y comprensivo por su tierra. Escribía a Zapater agradeciéndole el turrón para Navidad; y le decía que, aunque el que vendían en Madrid era de mejor clase, a él le gustaba más el fabricado en Zaragoza. El turrón y las mulas, de Zaragoza. Carlos IV, que lo conocía bien, le estuvo hablando mal de Aragón, para embromarle y ver sus reacciones; precisamente porque sabía que le molestaba. Y cuando vivía en Burdeos, uno de los pocos lugares que frecuentaba era el establecimiento de un chocolatero aragonés. Sí que tenía algunas características que parecen haberse dado con frecuencia en el medio aragonés: era independiente, tesonero e interesado.

3. — Es obvio que aún está por hacer la «gran obra» sobre el conjunto de la producción de Goya. Los aspectos parciales estudiados no dan una visión de conjunto y, muchas veces, son completamente académicas y superficiales. Tampoco, que sepamos, se ha aplicado al tema una metodología moderna en la línea, por ejemplo, de Pánofsky o Francastel. Aunque las dificultades de tal trabajo son tremendas, ¿no se ha planteado usted alguna vez la posibilidad de emprenderlo?

GOYA Y LA TRADICION DEMOCRATICA

J. G. — Se han publicado obras importantes sobre Goya, desde luego. Ultimamente las de Pierre Gassier y J. Wilson; y la de Gudiol, que contiene una excelente biografía. De todos modos, ese libro no ha llegado aún, está por escribir. Para desarrollar semejante trabajo haría falta mucho tiempo, muchos materiales, por ejemplo, la correspondencia de Goya, inexplicablemente del alcance de los investigadores. El joven Zapater publicó una selección de estas cartas hecha con criterios interesados para demostrar que los biógrafos franceses habían dado una falsa imagen de un Goya libertino y afrancesado. Independientemente de lo que pudiera decirse al respecto, el caso es que hoy sólo conocemos esa parte pequeña y recortada de las cartas de Goya, que fueron bastante abundantes.

Los trabajos sobre fines del XVIII (por ejemplo, de Edith Helman, de Nigel Glendining, etc.) han contribuido a centrar bastante el tema de Goya, demostrando que no es una especie de baturro grosero, sino un hombre que está en permanente contacto con lo que llamaríamos «intelligentsia» de Madrid. A mí, personalmente, me ha ayudado mucho a enfocar el problema el libro de Klingender («Goya y la tradición democrática»), desde más de un pnnto de vista. Y una cuestión clave para ese estudio es la de plantearse, específicamente para el caso de Goya, el paso del clasicismo al romanticismo.

No obstante, por pudor o por lo que sea, en España no hemos hecho aún con Goya lo que hay que hacer, que es ser sinceros, decir toda la verdad.

Y no sólo en los aspectos artísticos sino, por ejemplo, en los de su conducta privada y política. Pensemos que Goya pinta los Fusilamientos o el retrato espléndido de Palafox, bastantes años después del Dos de Mayo. Mucha gente gusta de figurarse (y otros de dejarlo creer) que Goya fue «reporter» de los sucesos de la Montaña del Príncipe Pío. Y no fue así. Los cuadros los pintó, seguramente, pensando en su propia subsistencia personal, en tiempos de un endurecimiento político que le llevaría, por fin, a esconderse, por cierto, en casa de un aragonés, y a refugiarse en Francia.



4. — Zaragoza, en cuanto a la producción y vivencia del arte, ha sido, en los últimos tiempos, una ciudad chata y poco preocupada. No obstante, en aparente paradoja, en pleno período de autarquía y aislamiento culturales, políticos y económicos, incluso cuando no era posible el normal paso de las fronteras, surgió en la ciudad un grupo de vanguardia, si no extraordinario, sí único y singular en el país, conectado en sus realizaciones con las corrientes artísticas europeas del momento. ¿Cómo puede enjuiciarse y valorarse la existencia de lo que al principio se llamó «Grupo Pórtico», según este planteamiento?

J. G. — Si existe un carácter aragonés, quizá dos de sus características distintivas sean el deseo de verdad absoluta y la independencia de criterio. Estos dos componentes se dan en este grupo artístico; yo creo que se produjo precisamente porque iba contra viento y marea. Estos artistas se obstinaron en hacer lo que entonces no se hacía; simplemente porque ellos creían deber hacerlo, lo cual es más fácil de decir que de llevar a la práctica. De todos modos, si mal no recuerdo, tampoco se produjo el Grupo («Pórtico» o «Zaragoza») totalmente aislado del contexto: creo, por ejemplo, haber visto alguna de sus exposiciones en la Lonja...

5. — En los últimos años parecen los aragoneses comenzar a preocuparse lentamente por su patrimonio artístico; no sólo el monumental, sino el que actualmente se produce por grupos o personas. Enfocado, simultáneamente, todos los aspectos del tema —conservación, estímulo, promoción, legislación, etc.—, ¿sería posible llegar a hablar de una política artística aragonesa? ¿En qué elementos habría que poner principalmente el acento?

LAS RESTAURACIONES FASCISTOIDES

J. G. — Sí que se puede hacer algo a nivel aragonés, desde luego: en el románico, en el mudéjar y en el barroco hay evidentes aragonesismos, poco estudiados, poco reivindicados, poco conocidos. Personalmente, y contra el tópico, creo que es tan interesante la fachada de San Felipe como el ábside de La Seo, por poner una comparación un poco extrema. Nuestro barroco está depreciado. Hoy mismo he vuelto a visitar el Pilar. El Pilar es un monumento esencial en la arquitectura no ya aragonesa sino española. Absolutamente. Charpentrat incluye al Pilar, destacadamente, en su libro sobre el Barroco europeo.

Respecto a llevar adelante esa política, es evidente que hay que proteger y restaurar lo antiguo y promover lo nuevo; ambas actitudes son una misma cosa. Piensen que el arte actual es el arte antiguo del siglo XXI. En ese aspecto hay personas que han hecho una gran labor en Zaragoza; y no sólo en el arte plástico, como Torralba, sino en otras facetas, como Pilar Bayona.

Pero hay que advertir que, en lo que concierne a la labor de restauración, se aplican con excesiva frecuencia criterios y modos actuales a los objetos antiguos. Estamos dando a muchos edificios restaurados un aspecto de mediados del XX que más tarde parecerá lamentable. Hay restauraciones de hace treinta años que pretenden tener un carácter herreriano y que hoy resultan, simplemente, fascistoides. Yo soy fuertemente antipurista; me duele que en Santa María de Uncastillo hayan quitado la sacristía gótica porque no «pegaba» con el resto románico; y no es sino un ejemplo entre muchos. Me da terror imaginar la Seo en manos de un purista: se quedaría en un 5 % de lo que hoy es, y puede que me quede corto.

6. — El «boom» desmesurado de las Galerías de Arte y de las subastas han disparado los precios de las producciones artísticas y, sobre todo, de las pictóricas. A pesar de los intentos de desmitificación y popularización de la obra de arte («múltiples», ataques teóricos a la «obra única» y a la no socialización de los circuitos artísticos, de su propiedad, etc.) el hecho evidente es que, entre nosotros, el Arte sigue siendo patrimonio de los más adinerados. Y están consiguiendo que cada vez haya que ser más adinerado para tener acceso al disfrute del arte. ¿Existen, a su juicio, posibilidades de llegar a socializar tanto la posesión cuanto el disfrute de todo ello? ¿Juegan en este sentido nuestros Museos y Fundaciones el papel que debieran?

J. G. — El fenómeno que usted apunta es universal. Como la obra artística es algo que, en principio, no se deprecia, su adquisición se considera hoy una inversión de carácter financiero. En Madrid, hoy, se venden las exposiciones enteras (Me temo que con esta obsesión, andando el tiempo, va a haber muchas sorpresas, por otra parte, en cuanto a devaluaciones). Los Museos y las Fundaciones desarrollan, desde luego, una función positiva; pero se puede hacer más, por supuesto. Los Museos, personalmente, los considero fundamentalmente como un lugar de estudio y

EL PUBLICO NO ES TONTO

de investigación, que no debiera ser propenso al montaje de espectáculos y «shows» desprovistos de rigor y de causas plenamente justificadas. Los Museos no deberían privar al espectador de la dimensión de eternidad de cuanto guardan, prostituyéndola un poco por el oportunismo del «aquí y ahora». He visto exposiciones en París y otros lugares que no tienen aparato crítico y sí muchos gastos y en donde las

(Pasa a la pág. siguiente)

JULIAN GALLEGO...

(Viene de la pág. anterior)

obras de arte corren graves riesgos. El público —y no sólo el especialista— no es tonto, afortunadamente, y no se le debe tratar como si lo fuese. No hay que promover actuaciones sofisticadas y con intenciones publicitarias más que otra cosa. No deben exponerse, como norma general, las obras de arte a los enormes riesgos a que se las expone (viajes, deterioros, traslados, cambios de ambiente físico, etc.) sin que medien causas justificadísimas. El fruto que puedan sacar los especialistas y el público deberá siempre compensar esos riesgos, que muchas veces se asumen por puras razones de oportunismo, económico o político. Todo ello no significa que crea que los museos son panteones. Deben vivir, si no quieren estar muertos. Pero vivir con seriedad.

7. — Por último, ¿quiere añadir alguna cosa más?

J. G. — Sí. Zaragoza es una ciudad, en contra de lo que suele decirse, muy interesante artísticamente. Merece que no se sigan derribando cosas como el Pósito de la Sal o las casitas de serie del siglo XVIII que había en la margen derecha de la Ribera. La obra reconstruida no es nunca la obra que se derribó. Eso, que quede claro. La Puerta del Carmen, por ejemplo, no tiene sentido fuera de su emplazamiento. Una Torre Nueva *nueva*, es un baldón para la ciudad que dejó derribar la antigua. Y no sólo debemos cuidar el románico, el gótico, el mudéjar y el plateresco, que es casi lo único que nos llama la atención. El San Fernando de Torrero, por ejemplo, es una obra maestra del neoclásico español, y no tiene ninguna consideración ante los zaragozanos. Esas fachadas de yeso de las capillas barrocas aragonesas, nada estimadas hoy, hay que defenderlas a todo trance, en su escenografía, en su disposición, en su popularismo. Y todo el siglo XIX; edificios excelentes y tan singulares como el Mercado Central o el Matadero, por ejemplo, a los que nadie considera obras de arte o muestras de lo que fue nuestro pasado cultural, son tan dignos de respeto como si fueran del XIV.

Equipo ANDALAN



"Allí está —en el Consejo Nacional— como una gran condensación del 'franquismo'. Allí todos tienen títulos sobrados para ser francólogos. Pero por el momento sólo veo un evangelista: el Almirante Luis Carrero Blanco".
(*E. Romero, en "Pueblo"*)

"*El desarrollo político es el desarrollo legal, y no otra cosa*".
(E. Romero, en "Pueblo")

"*Creo, sinceramente, que un buen político es aquel que pueda mezclar fidelidades y olvidos*".
(E. Romero, en "Pueblo")

"He visto sucumbir a personajes con máxima velocidad y sin frenos; o con buenos frenos y sin velocidad; lo bueno son las dos cosas. El Régimen fabrica muchos coches de éstos. También los hay solamente de carrocería brillante, pero éstos solamente son para exponer".
(*E. Romero, en "Pueblo"*)

"Un periódico —*Ya*— tan familiarizado con los confesonarios está siempre detrás de las puertas cerradas".
(*E. Romero, en "Pueblo"*)

"*Tres embajadores extranjeros estuvieron en danza para largarme los cabos de esta madeja*" (lo de *Pekín*).
(E. Romero, en "Pueblo")

(Nada menos que tres. Como las hijas de Elena).

Zaragoza, la bella durmiente del Ebro

Con este sugestivo, acertado título (salvo lo de «bella»: le queda poco), tiene prevista su aparición a primeros de abril un número extraordinario de CAMBIO-16. La joven publicación, cada día más a tono en la información y documentación socioeconómica, se ha colocado entre la veintena de cabeza, en el periodismo español. Por cierto que González Seara, presidente de su Consejo e ilustre sociólogo, estuvo poco antes visitando a la durmiente. ¿La habrá besado...?

MUY BREVE:

— Curiosa e importante exposición en una estación de Metro de París. Entre otros artistas internacionales de gran prestigio, dos españoles: los aragoneses Pablo Serrano y Angel Orensanz.

— Magnífico el auge que toma el interés por la música de órgano. A ello contribuyen, ya lo dijimos, los cursos de G. Uriol y Calahorra, y los conciertos que, los viernes de Cuaresma, han tenido lugar en La Seo.

— Cien mil pesetas se repartirán en la X Fiesta de la Poesía que organizan la Caja de Ahorros de Aragón y Radio Huesca. Además de los tradicionales, destacan los premios a investigación histórica (en altoaragonés: no entendemos esa obligación), geográfica, poesía en dialecto (sí lo entendemos) y, sobre todo, el «ARNAL CAVERO», de 40 mil pesetas al mejor libro de lectura infantil sobre «Aragón explicado a los niños». Estupendo. Plazó: hasta el 15 de mayo.

— Hablando de poesía (vean, vean el «Masoquismo», además del EXTRA), 2.ª parte de la Antología aragonesa en «Caracola», a cargo de Fdez. Ordóñez y Ana M. Navales. Enhorabuena de las gordas. Muchas lecturas poéticas, recitales, discusiones, en esta época. Angel Guinda nos envía sus libros, con ilusión.

— Más libros recibidos: otro trabajo del incansable J. P. Arribas Salaberri, «nuestro hombre en Lérida», sobre su Sijena: Doña Blanca de Aragón y Anjou, XVI Priora del Monasterio. Erudición noble y sólida. El Centro de Estudios Sociales (Valle de los Caídos) nos envía su volumen 28: «Valoración actual de la Doctrina Social de la Iglesia», producto de una Mesa Redonda por muchas cosas histórica. Libro eminentemente honrado.



masoquismo aragonés

El masoquismo poético

por Curro Fatás

Tan de moda que está ahora —y aún es poco— aquello de la contaminación del medio ambiente (por cierto, ¿sabían Uds. que la contaminación atmosférica se ha multiplicado por **30** en Zaragoza en los últimos cinco años?) y eso otro de la extinción alarmante de especies animales, he de comunicar una esperanzadora buena nueva —malgré mi siemprevivo masoquismo— que hará las delicias de organismos como ADENA e ICONA. Me refiero a la abundante proliferación de esa especie que parece tan incompatible con la mecanocracia de nuestros días: los poetas.

Sí, porque yo no sé qué tiene nuestra querida tierra, pero hecho comprobado es que en Aragón hay poetas a parir (y perdón). Donde menos se espera, salta el poeta.

Intentaré, para dar base a estudios ulteriores más exhaustivos, hacer una somera clasificación:

A) «Insignificans versificator laudatorius». Conocido con el apelativo de Poeta Oficial, este poeta canta en exuberantes versos salmodias laudatorias a los prohombres de pro, sextetas a la fuente de la caña o deliciosos alejandrinos a la Virgen Inmaculada. Su carne rosácea es muy estimada.

B) «Vivencialis intimator rimans». Poeta de gran abundancia, se hace notar por sus escarceos suprametafisicomisticovivenciales. De gran apacibilidad de espíritu y recogimiento, se distingue esta especie por su fina sensibilidad. Agradables al más exigente paladar.

C) «Intrascendens florealis virginalis». Espécimen poética de candidez supina, es característica por sus temas de ingenuidad bucólicopastoril de gran lirismo. Se alimenta de néctar y vive aletargado hasta la llegada de la primavera.

D) «Visceralis repressione obsesus». Este poeta es de los más raros. Retorcido, revulsivo, está cubierto por un caparazón espinoso y sus versos son fruto de alucinógenas obsesiones y de traumas psíquicosexualpolíticos. Dan mucha lástima y andan por ahí como amargados de la vida. A veces a sus cabezas se les pone alto precio.

E) «Reaccionarius conformans». Se le conoce vulgarmente con el nombre de «chaquetero» o «tiralevitas». Bien educado, muy formal, es modelo de virtudes. Jugando a dos barajas —y a veces a tres—, se autocensura para evitar tan ignominiosa tarea a la Madre Censura. Suele acabar siendo Delegado de Cultura y con suerte Procurador en Cortes. De carne muy jugosa.

Este es el balance ecológico de la fauna poética aragonesa. Podemos estar satisfechos de poseer tantas y tan variadas especies. Dejemos, pues, nuestros masoquismos para otras ocasiones que lo requieran.

LOS SORDOS DE ESTA TIERRA

Es bien conocida la tradición musical de Jaca. Cada año gozan de mayor asistencia los recitales pianísticos de Pilar Bayona en el marco de la Universidad de Verano. Y el Casino de Jaca, por su parte, viene organizando veladas musicales protagonizadas por solistas y conjuntos de renombre y significación y seguidas por un público tan numeroso como fiel y entusiasta.

Hace pocos días dio un recital en el Casino la Agrupación de flautas de pico de Barcelona, dirigida por Sergio Seminovich. Escuchar en directo un conjunto de este tipo, especializado en música medieval, renacentista y barroca, es lujo que ni siquiera en las grandes ciudades puede gustarse a diario y que, por lo tanto, debió despertar especialísimo interés en el ámbito de la primitiva capital del reino de Aragón. Mas no fue así. El público asistente a la velada no rebasaría las treinta personas, incluidas, entre ellas los organizadores del acto. ¿Dónde estaban las huestes filarmónicas locales? Misterio. La tan cacareada culturilla local se abstuvo de manifestarse en esta ocasión.

No nos sorprende. Se trata de una culturilla de «paja» más que de «grano»: de propaganda, de efecto, de apariencia y no de sentido crítico y selectivo. Culturilla ávida de la fama —¡y aun del aspecto físico!— de un intérprete musical... y, en el fondo, desdeñosa de sus interpretaciones, mero pretexto para la reunión social y demás. Como se ve, nada nuevo bajo el sol.

EL CONDE AZNAR

LO VAN A TIRAR...

El Ayuntamiento de Madrid va a derribar el Cuartel del Conde-Duque. El edificio es una de esas obras dieciochescas, dignísimas, con enorme empaque, de tamaño y elegancia considerables en una zona céntrica de Madrid que cualquier ciudad civilizada querría para sí. Ha costado cien millones al pueblo de Madrid, más los que le costó en tiempos de Felipe V, cuando el rey decidió encargar las obras a Pedro Ribera, en base a un presupuesto recaudado de los bolsillos de los madrileños. Y, ahora, lo van a tirar.

Aunque teníamos pensada la propuesta de recompensa al mérito vandálico de la estupidez gratuita e inconoclasta para determinada ciudad aragonesa por su pasado remoto y reciente, por su problemático presente y por su incierto futuro monumental, rápidamente, en honor a la justicia, proponemos como destinatario de dicho medallón al Ayuntamiento de la Villa de Madrid, al mismo que hace cuatro días tiró los excelentes palacetes de la Casa de la Moneda y se ha cargado la Plaza de Colón y la perspectiva, desde Cibeles, de la Puerta de Alcalá.

Nos gustaría, además, que para no perder solemnidad ni gracia castiza, el Ayuntamiento dicho se dejase imponer la medalla de manos de Chillida.

SALLUITANO

¿MILAGRO DE SAN MAMES?

TRUJILLO (Cáceres), 17. (**EUROPA PRESS**). — **En la histórica y monumental ciudad de Trujillo**, en la provincia de Cáceres, **ha aparecido esculpido artísticamente el escudo del club de fútbol Athletic de Bilbao sobre uno de los capiteles de la esbelta torre Julia, de la iglesia de Santa María, monumento románico del siglo XII.**

Al parecer hay serios problemas para hacer desaparecer el escudo de dicho club futbolístico, pues está colocado en la parte más alta de la torre, en un lugar de difícil acceso, aun con ayuda de andamiaje.

LA NOTICIA CELTIBERICA (**Informaciones, 17-III-73**).

teatro

MOLIERE: DOS LECTURAS



El 17 de febrero se cumplieron tres siglos de la muerte de quien fuera, desde los escenarios franceses, tábano de la hipocresía, la estupidez, la ignorancia... y de su propio protagonista, la burguesía. Quien nació llamándose Jean Baptiste Pocquelin y decidió ser conocido por su seudónimo, Molière, comenzó su aventura teatral en 1643, constituyendo ante notario una sociedad, «L'Illustre Théâtre», que tras varios fracasos económicos terminó con su director en prisión por deudas. De ahí hasta obtener el favor de «Monsieur» —el hermano de Luis XIV— y, a continuación, el del propio rey y el derecho a representar en el teatro del Palais Royal, hay de todo: giras por provincias como comediante ambulante, convivencia con las compañías italianas, conocimiento de la Commedia dell' Arte, enfrentamientos con las autoridades eclesiásticas y políticas... Pero vayamos por orden.

El genio de Molière fue crítico; su obra es una crítica de su época y una lección moral —de *mos, moris*: costumbre— hecha en forma satírica a partir de la farsa y la comedia. Interesa destacar que siendo un escritor para élites llega al pueblo por la caricatura y sus piezas, en cuanto hacen reír y reflexionar, admiten dos lecturas: la aristocrática y la plebeya. En sus críticas ataca al preciosismo, a los marqueses, a los devotos, a los malos escritores, a la afectación, el puritanismo, a los cornudos, a los hipócritas mojigatos, a los médicos... a todo cuanto suena falso o necio.

Pero jamás rozará con sus sátiras al rey o a la institución monárquica, a los prepotentes condes o a la Iglesia: a saber, al poder establecido. Molière goza de la protección real —gracias a ella puede salir adelante su *Tartuffe* (estrenado en el Palais Royal el 5 de agosto de 1667)— y ciertos juegos no le están permitidos. El lo sabe y sabe también cómo hacer reír a su doble público: el popular y el cortesano.

Al primero le brinda un estilo eminentemente *caracterizado* del ridículo puro o de la petulancia fanfarronaa en los protagonistas de *Les femmes savantes* (Palais Royal, 11 de marzo de 1672), *Les précieuses ridicules* (Petit Bourbon, 18 de noviembre de 1659) o *Le bourgeois gentilhomme* (estrenada ante el rey en su residencia de Chambord en octubre de 1670; ante el público, el 23 de noviembre del mismo año). Esto contrasta con la jerga provinciana y rústica —llevada a extremos de irresistible comicidad— en los criados, elemento importantísimo en el teatro de Molière, pues con su zapatillero sentido de la realidad y su racionalismo cazurro son el contrapunto idóneo a las extravagancias exquisiteces de los «señores». Y también dedica a ese público popular una actuación escénica exuberante, meridional e incontenida: cuando Molière representaba el Mascarille de *Les précieuses ridicules*, por ejemplo, el penacho de plumas de su sombrero caía hasta la rodilla y cada vez que el acto-autor se dirigía a una de las «preciosas», simultáneamente le hacía una venia con el sombrero de tal suerte que el penacho barría el suelo del escenario y obligada a dar brincos a cuantos actos cogía a su paso.

Por primera vez, la burguesía es la indiscutible protagonista teatral del siglo y como sujeto de crítica es criticada. Pero veamos cómo y por qué. Lo primero que llama la atención es el que virtudes tan burguesas como el ahorro —*L'avare* (Palais Royal, 9 de septiembre de 1668)—, el temor del qué dirán —*Sganarelle ou Le Cocu imaginaire* (Petit Bourbon, 25 de mayo de 1660—), los afanes aristocratizantes —*Le bourgeois gentilhomme*—, el sometimiento y la obediencia femeninas —*L'Ecole des femmes* (Palais Royal, 26 de diciembre de 1662)—, la mentalidad consumista ante lo lujoso, puesto todo al servicio de la conquista erótica —*L'Ecole des maris* (Palais Royal, 24 de junio de 1661)—, sean criticadas tan acerbamente por este sagaz y descontento burgués. Sin embargo, todo queda aclarado si nos planteamos la existencia de ese segundo público de Molière, los últimos moradores de Versalles. A Molière le aplaude una clase social que ha perdido toda su importancia política y económica; que ha sido arrancada de sus tierras patrimoniales donde tenía ejército, administraba justicia, acuñaba moneda, gozaba en exclusiva del privilegio de la caza, presidía y organizaba las ceremonias locales, ocupaba el primer banco de la iglesia..., para ser ahora un títere palaciego que hace reverencias al rey, a su familia, a sus protegidos y a sus concubinas; para dedicarse a ramplonas intrigas de alcoba... Esta clase que vive sólo para brillar más que el vecino en su cárcel ajardinada, para no privarse de ningún lujo o placer, para ejercer su libérrima moral sexual, para proclamar la igualdad hombre-mujer a la hora de la elección amorosa (en un lugar donde tan buenas embajadas desempeñan las mujeres), de la intriga o de la coacción, carece de otro objetivo vital que no sea el defender el cadáver de un clasismo a ultranza. En ellos retoñaría el epicureísmo y en ellos encontraron las teorías de Gassendi entusiastas seguidores.

La visión literaria que Molière dio de la burguesía coincide con la de la nobleza de corte. ¿Quién, salvo el noble de Versalles, inmerso en el consumismo palatino, puede reírse del Harpagon de *L'avare* (Palais Royal, 8 de septiembre de 1668) que ve en la acumulación de dinero un fin y no un medio? Para este grupo social, Tartuffe es el cura —pese a que el autor cuida de que su héroe sea un laico— que se entromete en la vida de los demás, siendo además hipócrita e interesado; *Dom Juan ou le festin de pierre* (Palais Royal, 15 de febrero de 1665) regocija a los calaveras cortesanos que pregonaban a los cuatro vientos su ateísmo y su epicureísmo porque se reconocen divertidos en el héroe...

Y la corte y el rey reían mientras el sufrido burgués enriquecido encajaba las críticas y aun se las hacía a sí mismo: mientras iba aprendiendo la lección de su propia fuerza económica, política y moral. Un siglo más tarde, la corte dejaría de reír y la burguesía —de la mano de los Descartes, los Fontenelle, los Bayle, los Diderot, los Voltaire, los Rousseau— asaltó la Bastilla, aliada al «cuarto estado». Luego pasó lo que tenía que pasar: el cuarto estado —pequeña burguesía y proletariado— se quedó en la estacada y ahí está todavía...

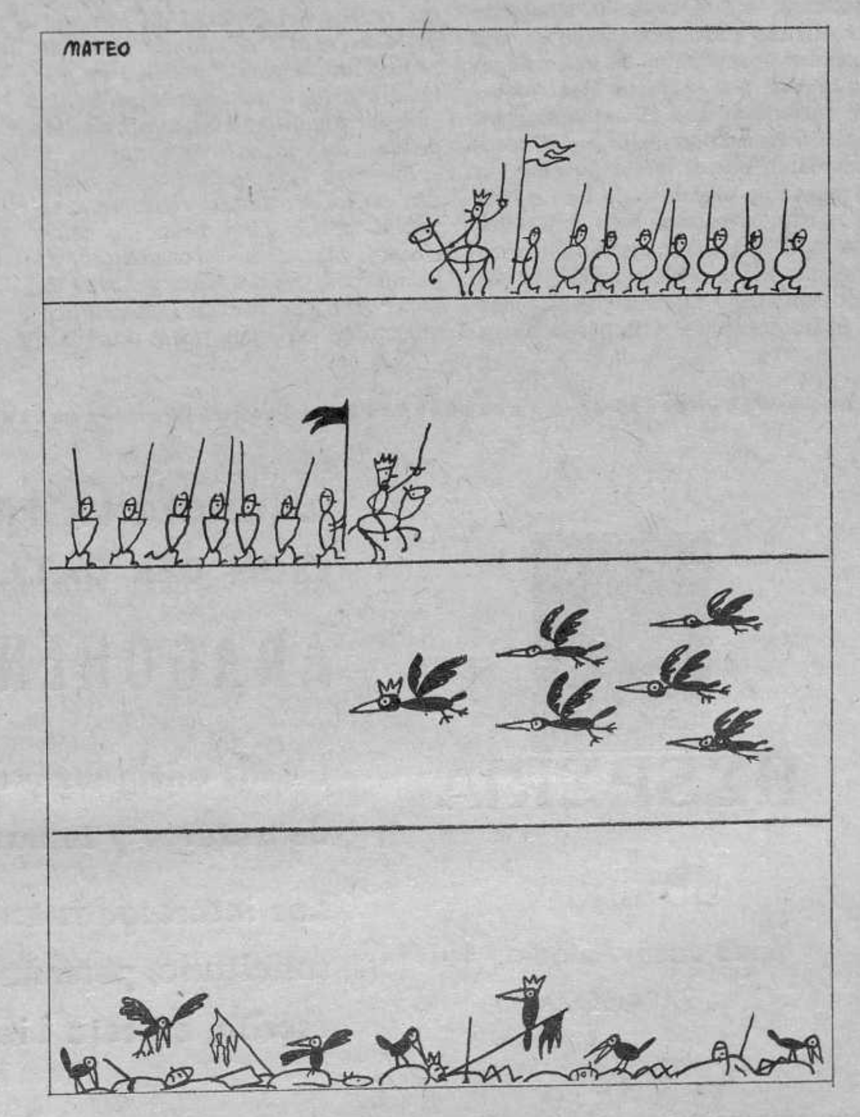
MARIA-DOLORES ALBIAC

BIENVENIDO, SOCRATES

El «Sócrates» de Llovet - Marsillac - Sclinca - Rojo es un hermoso espectáculo. Es una larguísima reflexión crítica sobre el derecho del hombre a la búsqueda y comunicación de la verdad; sobre —en definitiva— el derecho del hombre a ser hombre. Pero, conscientemente, Llovet y Marsillac —el uno, con su texto; el otro, con sus actitudes como actor y director— no han dejado su trabajo en un discurrir simplemente filosófico. El «Sócrates» es radicalmente ético y, por eso mismo, político, en el mejor sentido de esta devaluada —lamentablemente devaluada— palabra. No comentaremos los aciertos de carácter puramente dramático de la obra. Baste decir que es oxigenante y que, en Zaragoza, sirve de primera parte a un todo que contará con la «Yerma» de Nuria Espert seguramente a finales de abril.

El único defecto que hemos encontrado en «Sócrates» —y ello es más achacable a Llovet que a nadie— es su excesivo historicismo. Que conste que es un defecto comprensible y no sabemos si forzoso. Pero la actitud magnífica de Sócrates, injustamente condenado por una comunidad a la que molesta y que sabe que dice la verdad, resulta hoy, según creemos, irrepetible y, hasta cierto punto, inútil. Los «procesos a la verdad» en nuestro mundo de 1973 no se montan en un escenario ciudadano casi familiar, con las puertas abiertas. El acusado —ni los defensores, ni los fiscales—, no puede recurrir nominalmente a sus jueces, a los que conoce de toda la vida, con quienes convive, a cuyos hijos educa y forma. La obra de Llovet es, sin duda, un proceso, no a Sócrates, sino a la ciudad de Atenas, que simboliza abiertamente nuestra sociedad contemporánea. Pero el fallo reside en que esa simbolización es notoriamente incompleta; en que la Atenas socrática (pequeña comunidad urbana y cuasidemocrática, familiar e íntima) no ofrece al espectador, deseoso de recoger el ejemplo del filósofo heroico para aplicarlo a sus propias vivencias, los suficientes paralelos con la realidad de hoy. Ni los aparatos represores son tan elementales como aparecen en la obra ni las actitudes de Sócrates y sus discípulos tendrían hoy más eficacia que la de tranquilizar la propia conciencia del reo inocente. Y eso no basta, evidentemente. Llovet debió haber dado el salto, haber actualizado verdaderamente el proceso de Sócrates, estableciendo modificaciones más claras e inteligibles no tanto en el texto cuanto en la mecánica procesal y en el entorno social de Sócrates. En el «Tartuffo» se hizo, y se hizo bien. El «Sócrates» anda un poco cojo por ese lado. Claro que el «Sócrates», por lo menos, lo hemos podido ver en provincias, que no es poco... De todos modos, muchas gracias por venir a seguir despertándonos.

JEFE CERO



PABLO LARRAÑETA ENTREVISTA A MARSILLACH

(Extracto de Aragón/Exprés)

—¿Habéis hecho «Sócrates» porque estabais cansados de no hacer teatro con libertad de expresión?

—Sí, «Sócrates» nació de un «cabreo». Nos habían prohibido llevar el Tartufo por provincias, nos cortaron tanto tres espectáculos que preparábamos Enrique Llovet y yo sobre el «Español, la sopa, la cama y la muerte» que ya no merecía ponerlos en escena. Había llegado el momento de hablar de Sócrates, para dejar nuestro pequeño y humilde testimonio de que aspiramos a hablar. Creemos que la crítica de cualquier sociedad no sólo no es un error, sino algo muy necesario. Que la labor de las gentes que dicen lo que piensan es siempre positiva. Aun cuando se equivoquen.

—¿Habéis podido decir en «Sócrates» lo que os propusisteis?

—Sí, la censura sólo nos cortó una frase.

—¿Habíais rebajado el grado de esta obra en comparación con las anteriores?

—Creo que no. Y parafraseando unas conocidas palabras, se puede decir que los caminos de la censura son insondables. Te cortan unas cosas y otras no, sin explicación posible. En «Sócrates», excepto la última frase, todo pasó bien.

—¿«Sócrates» hubiera sido igual si estuviera destinado al pueblo llano?

—«Sócrates», evidentemente, no es lo que se podría llamar un teatro popular, aun sin confundir lo popular con lo populachero. Tenemos obligación de tratar dignamente al pueblo, que tiene una sensibilidad y una intuición exquisitas. Pero alcanzar un teatro popular sería un proceso lento que se escapa de los límites de una empresa privada para ser la labor de todo un sistema. «Sócrates» pertenecería a un teatro popular sólo después de un largo proceso de culturización. Hoy no.

POLÉMICA

UN LIBRO OBVIO

En mi opinión, el libro de Díez Borque que elogiaba Mainer en ANDALAN 10 es un libro malo o un ensayo regular. Nada más. Una mezcla de síntesis elemental de saberes adquiridos largo tiempo ha —técnica que también emplea el autor en sus últimos artículos de «Informaciones», descubriendo el formalismo ruso para los pobres lectores no iniciados— y de evidencias absolutas. No tiene nada nuevo. Nada en absoluto. Y esta afirmación que hago tiene mucho de reto. A excepción de la endeble y poco científica (por poco representativa) base estadística que elaboró hace años en la Universidad de Zaragoza, no he aprendido en el libro una sola cosa que ignorase. Y aseguro que mis conocimientos en la materia son muy escasos. Pero es irritante tener que embucharse 260 páginas para poder confesar, con honradez, que no ha aprendido uno nada que no supiera. Es una especie de estafa, creo. Una cosa nueva sí tiene el libro: que al parecer se ha ido en su confección una beca March. Pues bueno es, que a los March les sobra el dinero.

El autor descubre que «el caso particular puede ser muy importante en Sociología, como revelador de la totalidad» (p. 14). (O no. Según).

(Pasa a la pág. siguiente)

(Viene de la pág. anterior)

Que la «estilística, filiación, fuentes, etcétera, que pueden ser más o menos útiles para el estudio de la Literatura con mayúscula, nos son aquí de escasa utilidad» (p. 15) (el autor se desmiente estudiando estilística abundantemente). Elige un criterio de estudio «a pesar de que no se le oculta el carácter maniqueo de esta división, ni la movilidad y fluctuación de sus fronteras» (p. 15); la Novela (¡gran definición, ésta!) «no hace sino traducir mediante el lenguaje situaciones sociales», lo que, sobre ser escolar, es discutible; «la novela es una singularización de la extensa totalidad externa» (con la cita anterior, en p. 15), lo que es una perífrasis argótica evidente. Se cita (por dos veces; por eso es poco probable que sea una de las muchísimas erratas que tiene el libro) la «Morfología del conde» (du comte», dice D. B.) en lugar de «del cuento», en la p. 16 (eso ocurre por citar en francés una obra que se ha leído en castellano, en la edición de «Fundamentos»); aún da más risa ver que McLuhan es autor (p. 19, también dos veces) de «El medio es el masaje» (cit. «Massage», en vez de «Message»), por citar en inglés otro libro leído en castellano. (No descarto, empero, la posibilidad del despiste del linotipista o la del autor al corregir pruebas, si es que se han corregido).

En una línea de modernísimo criticismo, descubre D. B. que «ya no nos sirven los viejos postulados de la estética» (p. 16); también enuncia arcanos científicos tales como que «los hechos y las estadísticas sin una segunda finalidad y una interpretación acertada, sirven de poco» (ibid.) o que «son los sectores menos favorecidos económicamente los que más necesidades físicas y síquicas tienen sin satisfacer» (p. 17); También afirma que «la masa es dócil» (no me explico cómo no añadió «hasta que por alguna causa deja de serlo», o algo por el estilo) y que «su capacidad valorativa puede ser establecida desde arriba» (ambas cosas en p. 18). D. B. nos hace caer en la cuenta de que la literatura no está sola ni es un mundo aislado: «es un canal para la comunicación cultural, en confluencia con otros: música, ballet, cine, pintura...» (p. 18). También —huyendo de todo aristocratismo, aunque llame a D'Ors «Don» Eugenio, cosa que no hace con nadie más, y «profesor» a Ynduráin y Pérez-Gallego, mientras que los restantes no deben serlo— dice que «hay un sector —siempre el mismo— que paga a muy caro precio las ventajas del desarrollo». (Deben ser los obreros y tal, como ya sospechaba Marx). Y hablando de Marx: ¿saben a qué se reduce el perpetuo ideal marxista? A «cambiar las condiciones del trabajo, en el sentido de que no sea sólo el no trabajo el momento de las satisfacciones y de las manifestaciones expansivas de la persona» (p. 39). Les recomiendo la lectura del párrafo pseudomatemático de final de la p. 40 y comienzos de la 41, donde se demuestra que, a este paso, la cultura mundial se homogeneizará y masificará, con gran lujo de esquemas, circulitos, letras y letras «primas» con signos de las «matemáticas modernas» que se dan ahora en el «cole». (Mejor diría yo, a tono con la obra que comento: hay toda una semiología paracientífica, o postalgébrica que sirve de vehículo gráfico a la conceptuación de cuanto D. B. podría haber expuesto en seis palabras, de decidirse a hablar como un ser normal). En la página 76 hay un esquema, con clasificación «decimal» y todo, para comunicarnos que primero fue la palabra, luego el libro, luego el periódico, más tarde la radio, después el cine y, finalmente, la televisión. Bien, bien, bien.

En lo único en que —según pienso, a mi nivel de simple aficionado, repito— acertó Mainer fue en lo de la síntesis. El libro lo es. Pero poco más que eso, contra lo que pretende: «Dorfles se dio clara cuenta» (p. 54), «Ruber de Ventós resume bien»... (p. 56); «Coincido plenamente con Gillo Dorfles»... (p. 71; «Como observa Enzensberger»... (p. 69); «Coincido con Lazarsfeld y Merton»... (p. 69). También usa de la «literaturidad» (p. 51, entre otras) sin citar a los formalistas; aunque ahora la llame «literariedad» en «Informaciones», y los cite, desde hace unas semanas. (Influencias del librito de «Comunicación, Serie B» o del libro de «Signos», B. Aires, 1970, llegado a España en el 71, más o menos, y de cosas semejantes).

Y una vez «metidos en harina» del tema nos ilustra traduciendo cada vez que se mencionan las palabras «high», «middle» y «low» por «alto», «medio» y «bajo», respectivamente. Sin agotar la muestra, en las pp. 24, 27, 41, 50, 52, 53, 54, 58... Claro que unas veces escribe «kistch» y otras «kitsch» (pp. 18, 55, por ejemplo) o «low brow», «lowbrow» y hasta «lodbrow». Cosas del «duende» ése, supongo. El omnipresente duende hace que D. B. llame a Zilahy, Lahos, en vez de Lajos o van del Meesch al autor de «Cuerpos y almas» (p. 55). También se nos anuncia —peligrosamente— que «en España no empieza a haber burguesía hasta el siglo XVIII» (p. 57) y emplea dos páginas para definirnos lo cursi, por si no hemos leído a Tierno Galván, cuyas son las opiniones reproducidas. Los impagables esquemas superfluos de las pp. 40-41, 58 y 60 (amén de otros más preciosos aún) ilustran «científicamente» algo que podría expresarse diciendo cosas como que una novela de Joyce o Robbe-Grillet no provoca respuesta en un labriego de la Liébana, lo que no deja de tener su encanto, desde luego. Destripa una obra que aún no ha aparecido (es posible que sí cuando esto se publique) de C. Pérez Gallego. Hace unas estadísticas, como ya hemos dicho, sin citar el número de encuestados, astutamente. Y todo ¿para qué? (voy a ser amable y no pasar en mis citas de la p. 60): para descubrir que la subliteratura ofrecerá al lector «sólo una apariencia de variedad: pequeños cambios en el proceso argumental, variación de nombres y lugares, manteniéndose una estructura funcional idéntica» (aquí, en la p. 51, no le ha parecido oportuno obsequiarnos la vista con la bella voz inglesa «pattern», tan a menudo empleada por él). Las conclusiones son de una obviedad apabullante; de una evidencia atroz: Son novelas (las «sub», por supuesto) que sirven sólo para divertir, basado su éxito en el reconocimiento por el lector en ellas de un esquema prefabricado que es de su gusto, evasivas, más utilitarias que estéticas, compensadoras evasivamente de la dura realidad, cuyos héroes son los modelos ideales que el pobre consumista no puede alcanzar, mitificadoras, manipuladas por el tinglado dominante, standardizadas (con perdón) y que, en definitiva, son una impostura social (pp. 182-183). Y ahí acaba todo. Total: que las novelas de «tiros» son eso, novelas de tiros. De buenos y malos. Del Oeste, vamos. Y que, en las otras, la tata acaba casándose con el ingeniero. Todo por 15 pesetas.

Comprendo —aunque no apruebo— la generosidad de Mainer con quien creo fue alumno suyo y hoy pretende ser su colega. El libro —dicho sea con todos los respetos a la persona y con el tono de más dura condena hacia su labor publicada en Alborak— es malo. Muy malo. Y no dice nada, lo que se dice nada, que no fuese archisabido, requeteconocido. Y para esos viajes, no necesitamos alforjas. Ni los March, ni el país, ni ustedes, ni yo.

(Nota: La tapa del libro es espantosa. Pero es lo único que tiene «color».

LOLA CASTAN

Un libro de Ferrando en "Cuadernos para el diálogo"



Un mérito sobre todos los demás hay que señalar al libro de Ferrando: el de poner a disposición del curioso una excelente selección de los textos del "Diario de Sesiones del Congreso", en donde el lector revive un ambiente político en que la oratoria —a veces espléndida, comparativamente incomprensible desde los usos nacionales de 1973— era, en efecto, un arma y un estilo. Ferrando tiene una especial sensibilidad para las selecciones textuales, procedentes de periódicos, epistolarios y obras de los coetáneos de la I República. Acaso se eche en falta una valoración más extensa y clara de la aún oscura relación entre federales, socialistas y bakuninistas, que ya señalaba —aunque como problema general— Tuñón en el número 1 de "Sistemas". La obra tiene la virtud de la amenidad, de la periodización racional y de la velocidad de su texto. Es algo menos que una recreación del tema y bastante más que una introducción al mismo, con el insustituible atractivo que da el profuso empleo de las fuentes directas por las cuales —suponemos que retóricamente— pide disculpas el autor en la primera nota. Son absolutamente innecesarias.

F.

Sobre el gran momento de García Hortelano

Estas novelas en dos tomos, como la estupenda o extraordinaria **Conversación en la Catedral,** de Vargas Llosa, hipotecan durante unos cuantos días nuestra dedicación, menor. a la lectura de narración. No tienen las dos más en común; sin embargo, a pesar de ese inválido criterio de comparación que es el formato, del hecho de haberlas aquí reunido quiero deducir algo: diferencias, claro, y en ocasión en que podría no haberlas tan radicales. Por el hecho de ser las dos **visiones de mundos conflictivos cuya solución está fuera o después.**

Lo problemático del protagonista de **Conversación** es su apartamiento incesante del mundo o grupo que puede dar una respuesta al Poder, avasalladoramente injusto y decadente, perfectamente conocido por el conflictivo héroe o personaje. Y el problema de **El gran momento** es lo cotidiano, cínicamente visto como insatisfactorio. La claridad racional del miedo y, consecuentemente, la colaboración del joven con la injusticia, en la primera de estas dos largas novelas, se opone aquí a la despiadada descripción de unas vidas irracionales. A nivel, pues, de formas del contenido, lo problemático es concebido en la primera como un no posible, si el chico hubiera dado otra respuesta; y como una realidad —si no la «realidad»— insuperable, en la segunda. La primera es una historia, irreversible, si, pero enseñante; y la nuestra es una metáfora del hombre, en la que no hay dialéctica.

Veremos ahora —fuera ya del careo entre las dos— esa metáfora y esa negatividad. Es una metáfora esa constante fornicación y borrachera, o viceversa, que el protagonista durante toda la novela profesa. Es metáfora y no lenguaje directo, porque su significado no es sicológico ni biográfico, sino el de una actitud, la autosatisfacción, que viene inducida por un fracaso adolescente: él añora a Tub, la preciosa muchacha, hoy guapa señora, no sólo consciente o racionalmente pensada como su salvación, sino también inconscientemente, antes, después, o en todos los ayuntamientos de la novela; todo ello, por cierto, perfectamente narrado, siempre indirecto (no dicho por el autor, sino por el texto congruente), y con la fuerza de lo que penetra en el lector como una impresión general.

Vuelta otra vez a la comparación textual. ¿Se trata de otro caso más de descripción de la «dolce vita»? El cotejo con su **Tormenta de verano** deja a **Mary Tribune** en la situación de superior, pero dentro de la ideología que vamos a valorar y, por tanto, más radical. En aquélla, uno de los viciosos burgueses modernos intenta desvincularse de la estupidez ambiental; al final, no lo consigue, puesto que era gratuita su reflexión y tal vez fallido novelescamente el pretexto, aquella muchacha muerta en la playa. También sus actos y su número eran más «comedidos» que las juergas de esta última. Y en comparación con las contemporáneas novelas de Goytisolo, como **La Isla** o **Fin de fiesta,** éstas eran denuncias atroces del burgués vicioso en su decadencia y ansiedad por lo «feliz», pero sin la justificación intentada ni la mala conciencia de las de Hortelano. Sin duda, aquellas burguesadas de los primeros sesenta no fueron mucho más que «existencialismo» o **necesidad agónica del hombre civilizado,** sin la crítica dialéctica de su superación. Elevaron a categoría universal humana su propia anécdota de burgueses sin misión y, sobre todo, en peligro.

En esta última de G. H. hay más simbolismo que costumbrismo, pero también acrítico. Hay en ella una metáfora fundamental: esa trasposición constante en el lector, a causa del texto, de los hechos y anécdotas, todos minuciosamente narrados, aparentemente naturalistas, a un significado englobador, que es el del aburrimiento total del personaje por todo, que no le llena. El cual se instala en la sinceridad —muy bien novelada a nivel sicológico, por la precisión del estilo que rara vez no consigue expresar con exactitud y brillantez no redundante— y aporta eficazmente este significado: **cinismo,** totalmente simbólico de la actitud individualista. Todo, con dinero: sin trabajo oficinesco, con las chicas y señoras estupendas, con el vaso siempre en la mano. Esta metáfora de la actitud humana insolidaria —comprensible por su nivel económico y por su correspondiente educación, tan coherente reflejo siempre de la burguesía, su «necesaria educación y formación» para llegar a la felicidad mayor en esta vida, antes de que el pueblo lo vuelva todo malo y sin respeto, insatisfecha, con la añoranza de Tub bajo un paraguas, adolescentes aún, hace inviable la «felicidad». Incluso la aventura con la rica americana que da nombre a la novela.

Luego, en su apartamiento, incluso del alcohol, nada ha cambiado. Una especie de epicureísmo, en el invierno de la montaña de las villas de veraneo, con el cinismo y la sinceridad crecientes, aportan la negatividad aludida. Todo lo artístico, lo intelectualizado —lo falso, por supuesto, pero significativo de una opresión superable—, queda marginado y despreciado, por su carácter de aventura insincera del hombre, no por su significado de manipulación político-cultural. Y esta imposi-

(Continúa en la pág. siguiente)

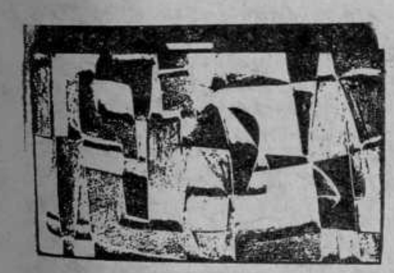
bilidad de lo humano, general, se extiende también, cómo no, a unos revolucionarios que, en vano, intentan conspirar, dada su insinceridad y su pequeñez de horteras. Tanto en este momento, como en los que durante la novela se apresura a dar la nota desagradable el protagonista, haciendo polvo las reuniones y provocando el intento de suicidio de la Tribune, demuestra su mala conciencia, su sinceridad cínica del que cree que no hay nada que valga, su desconexión total con la realidad dialéctica de los humanos. Ese final en la finca veraniega donde inverna, es la frontera donde todo se va acabando ya, todo igual pero en menos cantidad, en ese invierno metafórico que sucede al gran momento de Mary Tribune, que durante el verano o ardor tuvo lugar y que tampoco fue «feliz».

LUIS YRACHE

* **García Hortelano**, Juan: **El gran momento de Mary Tribune.** 2 vols. Barral Editores. B. 1972.

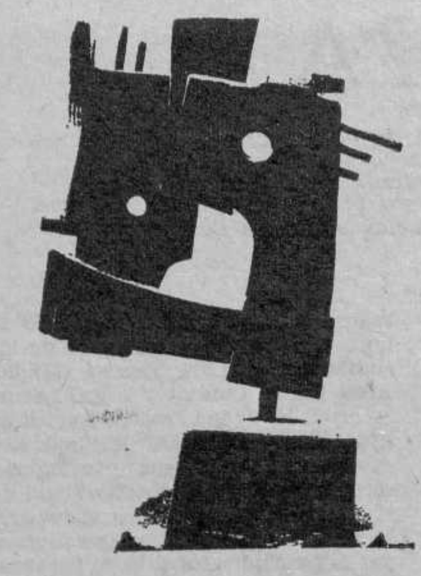
plástica

Santamaría, vuelve a París



Ricardo Santamaría es uno de esos artistas que viven para la cultura, que necesitan de ella para realiarse. Le inquieta el pensamiento y la filosofía del hombre. París, donde vive, ha determinado siempre unas constantes estéticas, insalvables para el que busque proyección.

—En España —me dice— hay un mito en torno a una pléyade de pintores archicotizados y nocivos. Debemos de salir y contrastarnos con otros artista; otros ambientes, otras culturas. De continuar así seguiremos sin saber dónde estamos (lo que valemos). Vivimos, insisto, rodeados de mitos que nos asfixian. Mien-



tras no tengamos el valor de desenmascararlos y no sepamos dónde estamos, no podremos hacer en España un arte válido. Uno de los objetivos del arte, ha sido siempre destruir todo automatismo, todo lo que es un mito...

Hoy es el momento de revisar su obra, enraizada ya en el contexto europeo. Ricardo Santamaría ha ido siempre en busca de una ideología estética pura. Ahí está el manifiesto de Riglos de la «Escuela de Zaragoza», de honda significación en el movimiento artístico no sólo aragonés, que trascendió en aquellos difíciles años. Luego vino la desintegración —pasa siempre— y cada uno fue tejiendo su propia historia.

En París ha aprendido a no ser burgués; a encontrar una concepción nueva de las pequeñas y grandes cosas; a huir de la frivolidad, que incomunica y deforma. Ha llegado a esa difícil situación vital, que condiciona el equilibrio y dominio.

Ricardo Santamaría no se refugia en el éxito. No lo huye, pero tampoco lo busca, pese a ser pintor exclusivo de la «Galerie de France», de París, una de las más prestigiosas.

—Es triste —me dice— observar en París cómo alguno de los más conocidos artistas se han abandonado tras el éxito (el peor enemigo de la creación) en un mimetismo y una repetición archisaturada de los mismos signos, mismas materias y mismas formas. Otros muchos han renunciado en vista de la dificultad y de la incomprensión por el gran público.

La Institución «Fernando el Católico», primero, y después la Galería S'Art de Huesca —donde ha expuesto antes de regresar a su «atèlier»— han dado a conocer sesenta y nueve obras de este gran artista aragonés, que compendian todo el ciclo evolutivo, desde el realismo academizante, a la abstracción pura, pasando por el impresionismo francés. En estas muestras queda caracterizada una trayectoria consecuente, seductora en complejidad y hallazgos. Transforma los objetos inútiles, para darles una apariencia real de posibilidades infinitas.

Creo que Ricardo Santamaría está en su momento de madurez. Hoy, su evolución, es más ágil y reposada. Santamaría sabe que las formas son sólo posibilidades, que encadenan el gigantesco acto de crear.

Félix FERRER GIMENO

cine

La revisión polémica del nacional-socialismo

1973 nos está trayendo una auténtica antología de films críticos sobre el nacional-socialismo. En tres meses, tres películas. Si en enero se estrenó «Nosotros, los niños prodigio» (Hauffman, 1958) y en febrero «Cabaret» (Fosse, 1972), le llega ahora el turno a «El Proceso de Verona» (Carlo Lizzani, 1963). Tres películas, tres nacionalidades, tres fechas de producción y un solo hecho común: la revisión del nacional-socialismo, alemán o italiano, desde un punto de vista polémico.

El azar puede llevarnos a una arriesgada conclusión: algo pasa alrededor del hombre de ahora mismo que le obliga a alejar los malos espíritus del fascismo con la superstición del cine. El ataque ácido a las condiciones que permitieron el crecimiento del fenómeno sociopolítico, desde este punto de vista, sería la mejor forma de evitar su vuelta a la superficie electoral. Pero desde nuestras limitaciones nacionales no podemos olvidar un hecho: el cine que vemos en las salas de exhibición españolas no es el que se hace en el mundo, sino el que nos dejan ver. Nos lo corrobora el repaso de las fechas en que se filmaron aquellas tres películas: una distancia de quince años las aleja (cifra que se dobla si incluimos en el lote la recientemente proyectada «To be or not to be» (Lubitsch, 1942). Esta comprobación no invalida que el hombre de ahora mismo se vea amenazado por el fascismo, sino que la idea se nos hace más próxima: el hombre de aquí mismo ya puede conocer ciertas acusaciones que en su día se le hicieron al nacional-socialismo. ¿En virtud de qué secreta evolución ahora sí y hasta hoy no?

«El proceso de Verona» se distingue de las películas antes citadas en dos aspectos fundamentales: no analiza el fenómeno fascista, localizado en un territorio y en un tiempo concretos, sino como una expresión del poder político, uno de cuyos aspectos, la descomposición, se estudia con sobriedad. Si en «Iván, el Terrible» (Eisenstein, 1945) se intentaba un análisis dialéctico del proceso del poder político, Lizzani es más modesto y se conforma con presentar una sola fase, la última época fascista, desde que el 24 de julio de 1943 el Gran Consejo Fascista eliminó de todo poder político a la figura de Benito Mussolini. Hasta el 8 de enero de 1944, fecha en que fue fusilado el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, seis meses en los que sale a la superficie toda la farsa fascista y, bajo ella, toda una teoría del derrumbamiento: la sustitución de una línea política, con sus condicionamientos; la decadencia de una familia y su desintegración interna; la caída de un hombre desde un alto puesto político y social hasta el calabozo y el fusilamiento. Alrededor de estas tres líneas complementarias (la política fascista anterior a la República Social Italiana, la familia Mussolini y Galeazzo Ciano) toda una galería de personajes y personajillos, asediados por todos los efectos que desencadena la descomposición: **miedo, justificación**, violencia, caos, impotencia, oportunismo, venganza, etcétera.

Todos estos elementos de la historia, desde las masas italianas a Edda Mussolini, la esposa de Ciano, aportan su dato a la estructura de la película. Y éste es el segundo aspecto fundamental de distinción del «Proceso de Verona»: Eisenstein constituye su «Iván el Terrible» con la síntesis tragicoperística en que concluye su análisis dialéctico del poder; F. Rossi construye su «Salvatore Giuliano» como un diálogo de los diversos elementos que sirven para explicar históricamente la figura del siciliano. En ambos casos estamos en presencia de un análisis marxista de la historia. La película de Lizzani también es historia, e historia precisa, honesta, objetiva y compleja; pero el análisis es distinto: las diversas perspectivas desde las que puede contemplarse esta borrascosa época de la caída del fascismo aportan su visión, desde un nivel dramático - individual hasta un enfoque macrosociológico; así contribuyen a construir esta película que es, al mismo tiempo, objetiva y palpitante, compleja y diáfana, alejada de toda retórica y trivialización, pero fascinante.

JUAN J. VAZQUEZ

música

Profesionalización, no

«Para un grupo como este nuestro, nacido de una manera informal, los propósitos para el futuro están un poco por definir. Estamos totalmente entregados a hacer de nuestro resultado **«Quejío»** el mayor número de representaciones posibles. Ante todo tenemos muy claro que no vamos a entregarnos a un trabajo de elaboración teatral forzados por la necesidad de hacer otra obra. Esto sería la **«profesionalización»** para representar «cualquier cosa», en la que estamos seguros que no vamos a caer. Contamos para lo que pueda ser el futuro de nuestro teatro con una fuente de motivos que se vuelven gritos; es evidente que con sólo nuestros gritos, no van a desaparecer los motivos, y que esos injustos, inhumanos y aplastantes motivos, nos **«obligarán»** cada día a ser teatralmente lo que tenemos que ser».

Esto me decía Salvador Tavora hace unos días, tras cerrar el IV CICLO OTRA MUSICA, y al preguntarle por los propósitos que tiene para el futuro el grupo **«La Cuadra»**. Cuando le dije que, tras el éxito de QUEIJO es muy posible el oportunismo de otras personas, Tavora me dijo:

«Es muy posible, casi seguro, que este intento mostrativo de nuestra concienciación, como andaluces que se encuentran con su realidad expresiva, sea, o quiera ser aprovechado por «autores» que procedan de la universidad, y jueguen a ser «analfabetos del pueblo», o por «artistas consagrados y cotizables» que busquen su rentabilidad encauzándolo por vía comercial. A los primeros será muy fácil descubrirlos cuando, saliéndose de su «teatro de textos», quieran dirigir y utilizar la expresión sin haberla sentido nunca como pueblo. Y a los segundos, se les conocerá en seguida, no en el espacio de la representación, sino en la puerta misma del local donde «actúen», cuando vuelvan a «colocarse» aquellos sellos visibles de su evasión social.

Nosotros trataremos de aplicar a la evolución personal incontenible, esa fortaleza expresiva de que he hablado otras veces, consecuencia de la primera. No es probable que puedan producirse en nuestro grupo, en el futuro, algunas «deserciones», pero, si se producen, es seguro que los que quedemos en él, tendremos unos arraigados motivos, tan duros como el teatro mismo al que queremos entregarnos».

P. SERRANO

esta quincena



libros

RECOMENDADOS

- Noel Salomón: *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II.* Ed. Planeta.
- Braulio Foz: *Vida de Pedro Saputo.* Ed. Laia.
- J. Ferrando Badía: *La I República Española.* Ed. «Cuadernos para el Diálogo».
- J. Lacouture: *Los semidioses.* Ed. «Cuadernos para el Diálogo».
- A. Gramsci: *Antología.* Selección y traducción de M. Sacristán. El Siglo XXI.
- H. Kamen: *La Inquisición española.* Ed. Alianza Editorial.

En Zaragoza, recuerden estar al tanto de los numerosos cine-clubs, conferencias, etc. Estamos en una primavera loca de actividad. En los pueblos nada, claro.



LA HUELGA GENERAL DE 1917 EN ZARAGOZA

En abril del pasado año, una alumna de la Universidad de Pau, apareció por nuestra ciudad para documentarse. Como encontró poca cosa se fue a Madrid. De estos viajes y de la sugerencia y dirección del profesor Tuñón de Lara. ha nacido el primer estudio sobre la historia del movimiento obrero en Aragón. Hace poco fue presentado como Tesis de Licenciatura. Gracias a Jeanne Pastor, a Tuñón de Lara y a la Universidad de Pau.

Zaragoza 1916: una ciudad de más de 125.000 habitantes, que se desarrolla con extraordinaria rapidez, al compás de su crecimiento industrial, cabeza administrativa, comercial, industrial, cultural y por fin política de una provincia casi despoblada (con sus 21 habitantes/km. cuadrado) cuya población se dedica al cultivo del trigo y en proporción menor de otros cereales, del olivo y de la uva, de las frutas, y sobre todo al cultivo de la remolacha azucarera en las zonas de regadío; derivadas de esta actividad agrícola, se han instalado en la capital y unas ciudades de la provincia, alcoholeras y azucareras que envasan la mayor parte del azúcar español.

Las demás industrias, la matalúrgica, nacida de las necesidades creadas por la agricultura y las industrias de ella derivadas, la alimenticia, la industria de la construcción —ramo más importante en la capital— se concentran en Zaragoza en pequeños y medianos talleres. La provincia, a pesar de sus grandes reservas hidroeléctricas, no ha visto implantarse focos industriales dignos de interés. En Sástago se ha creado una industria electrometalúrgica de poca envergadura; en Tarazona y Daroca se fabrican hilados de carda a partir de la ínfima parte de la producción lanera que queda en Zaragoza y que no está encaminada a Tarrasa, Sabadell o Barcelona.

1916 para Zaragoza se sitúa bajo el signo de la prosperidad. Como la española en general, la economía aragonesa ha sacado provecho de la neutralidad declarada por el gobierno español en el conflicto que opone desde dos años ya, alemanes a aliados. Con mucha razón, escribe Fernández de las Heras, director de la sucursal del Banco de España, el 20 de enero de 1917: "**De bastantes años atrás no ha habido a mi juicio ninguno que haya terminado en cuanto a la situación económico - financiera, en condiciones más favorables que el 1916... Algunas de sus comarcas llevan cinco años de excelentes cosechas, especialmente en cereales ... si se tiene en cuenta los precios verdaderamente extraordinarios que vienen alcanzando los cereales, la remolacha y los vinos, es fácil colegir los resultados que habrán obtenido los productos e intermediarios dedicados a esta clase de negocios...**

Las fábricas de azúcar, las de harinas, las alcoholeras, las metalúrgicas, la industria del azufre y sus derivados, la fabricación de lonas y tejidos, la industria lanera y hasta no pocos talleres de confección han realizado campañas que han dado por resultados tal abundancia de disponibles que las cuentas corrientes de los bancos y de las cajas de ahorro e imposiciones alcanzaban, en fin de 1916, una cifra total que puede estimarse en más de 70 millones de pesetas...".

Tenía, pues, Fernández de las Heras, como muchos industriales y comerciantes o productores de Zaragoza bastantes razones por regocijarse. Pero dos puntos negros en esta burguesa alegría económica: por una parte las dificultades con las que se debatía la industria de la construcción, y por otra parte el alza de los precios de los artículos de primera necesidad a la que no contesta siempre un aumento de salario correspondiente.

Sin embargo, al empezar el año 1916, los obreros no se han movido, no han manifestado su descontento ante tal estado de cosas a pesar de los llamamientos de unos dirigentes y antiguos militantes de la organización obrera; porque Zaragoza, desde varios años, ya tiene sociedades obreras que se han agrupado el 16 de abril de 1915 en el seno de la Federación Local de Sociedades obreras que reúne sociedades de tendencia socialista y otras —más numerosas— de tendencia anarquista. En el período 1909-1911 las sociedades obreras han sido muy activas; pero la represión que siguió la huelga general de 15 de septiembre de 1911 las debilitó considerablemente; en ella encontraron la muerte un obrero cantero, y el obrero tornero V. Salas Peralta, dirigente del sindicato de su ramo.

El movimiento obrero zaragozano perdió sus miembros más activos, con el encarcelamiento del comité de huelga, compuesto por los conocidos anarquistas Teresa Claramunt, Antonia Maymón, profesora racionalista, Nicolás Galluarte, Angel Lacort, Manuel Buenacasa, Echegoyen y Antonia Trigo. A estas causas que llevaron al desmoronamiento de la organización obrera, añadiremos una crisis de trabajo a eso de 1913, el agotamiento de los fondos de socorro, la creación de la potente federación Patronal como réplica a la ofensiva obrera de 1911.

En los primeros días de 1916, unos militantes que no pueden resignarse tratan de sacudir la apatía de los obreros, invitándolos a un congreso de la Federación Local. El 14 de febrero y días siguientes, los congresistas trabajan para la reorganización de las sociedades, preparan el plan de propaganda que debe extenderse a la provincia y a la región, definen las modalidades de lucha. A este propósito van a enfrentarse las posiciones socialistas y las posiciones anarquistas acabando por triunfar estas últimas. El congreso adopta la táctica de acción directa defendida por Allueva, Zenón Canudo, Guisado y Velosía, rechazando la propuesta por Martínez que consistía en una intervención en los organismos legales. A la pregunta de los ferroviarios de si convendría constituir una confederación nacional única donde convergiesen todas las federaciones y organismos existentes en España para que la lucha contra el capitalismo sea más eficaz, con testa el congreso por la afirmatvia, pero no decide adherirse a una u otra de las centrales sindicales existentes. De la U. G. T., Galluarte dice que "sigue una táctica centralista que no conviene a las demás federaciones obreras". De la C. N. T. ni una palabra; por lo menos de la que tengamos conocimiento En cambio el dictamen recomienda la mayor propaganda para la celebración de un congreso nacional en 1917, en cualquier ciudad de provincia que no sea Madrid o Barcelona.

Después de este congreso se abre un período de intensa actividad societaria: viajes de propaganda, mítines contra la carestía de la vida, reuniones de las sociedades obreras ya muy concurridas, creando todo esto en clima de agitación social, agudizado por las protestas de as cases proluctoras, apoyadas por el Ayuntamiento, que se quejan de la crisis de que padece la industria zaragozana (de hecho esta crisis alcanzó sobre todo el ramo de la construcción).

En al provincia también se agitan los obreros: plantean huelgas los braceros de Ainzón, de Malón, los alcoholeros de Terrer, los obreros agrícolas de Calatayud, forman sociedad los pastores de Belchite, los obreros de Tarazona manifiestan en las calles de la ciudad contra la carestía de la vida. En Zaragoza los pintores presentan reivindicaciones, en la estación Norte se incuba un conflicto importante desde el mes de abril. En una asamblea presidida por Luis Viescas, socialista, la Compañía Norte recibe un ultimatum: alza de salario o huelga. Ante la determinación de la Compañía en rehusarse el aumento de salario, 500 ferroviarios de la capital y 200 de la provincia abandonan el trabajo. El 12 de julio la estación Arrabal queda ocupada militarmente, los trenes salen escoltados por la Guardia Civil. Se procede a la militarización de los reservistas como lo había ordenado Romanones y esquiroles están alistados. Tal es la atmósfera en Zaragoza cuando se realiza el famoso encuentro de los representantes de las dos organizaciones obreras españolas: por la U. G. T., Largo Caballero, Vicente Barrio, Besteiro, y por la C. N. T. Pestaña y Seguí. Los primeros van a intervenir en este conflicto, en un mitin que organiza la Federación Local en señal de solidaridad con los huelguistas Largo Caballero da a conocer la realización de la unión obrera con estas palabras: "La U. G. T. está alerta y ya en adelante no dejará atropellar a nadie ni por las empresas ni por el Gobierno A esto tienede la Unificación de fuerzas. Ha sido Zaragoza la destinada a que en ella se firme un pacto de organismos obreros".

El 13 de julio la mayoría de las sociedades obreras, reunidas en el local de la Federación Local, calle de Estébanes, levantan un acta en el que se comprometen a respetar la unificación obrera; firman también el documento los representantes de la U. G. T. De la actuación en Zaragoza de los dos delegados de la C. N. T. no encontramos huella en la prensa local.

Prosigue el conflicto en la Estación Norte, en medio de la simpatía popular y el 20 de julio, la Compañía capitula. Los metalúrgicos cesan en el trabajo el 6 de octubre en las casas Escoriaza, Iranzo, Sandoval, Mercier..., se unien a la reivindicación los afiliados al Sindicato Católico de la Metalurgia, pero se retiran del conflicto 20 días más tarde. El 16 de octubre los panaderos van a la huelga exigienlo un aumento de salario y la reducción de la jornada de trabajo (los panaderos constituían el gremio en el que la jornada de trabajo era más larga —13 ó 14 horas—).

Mientras tanto se agrava el problema de las subsistencias, doblado de la crisis de empleo en el ramo de la construcción. El 5 de noviembre, el alcalde recibe una delegación de maestros albañiles ,que se lamenta de no recibir materiales de construcción y especialmente cementos, "por falta de vagones le transportes e irregularidades en esta clase de servicios".

Tal situación había provocado ya la emigración a Barcelona, Bilbao, Lérida y Tarragona de unos 3.500 obreros y obreras en unos 10 meses.

Al día siguiente aparece en "Heraldo de Aragón" este balance del coste de los artículos de primera necesidad: "en tres años se han encarecido las subsistencias de 60 % a 70 %, el carbón y demás productos indispensables de 50 %. Han aumentado también los alquileres de casa, la luz, las telas...".

El 13 de noviembre la Federación Local de Sociedad Obreras encabeza una manifestación de protesta contra el encarecimiento de las subsistencias, la crisis del empleo y por la liberación de los presos. Y así, agudizándose día a día el clima de descontento —sigue sin resolverse el conflicto de los metalúrgicos, y 300 se han marchado a trabajar fuera de Zaragoza—, nos acercamos al 10 de diciembre, fecha en que las diferentes organizaciones obreras de Zaragoza votan el paro general de 24 horas, conocido como el paro de las subsistencias: Luis Viescas, Miguel Abos, Zenón Canudo y Angel Lacort recorren la ciudad haciendo actas de propaganda. La Unión de Sindicatos católicos acuerda por unanimidad secundar la huelga: hecho digno de ser subrayado si tenemos en cuenta la actitud observada hasta entonces por estos sindicatos y la de los otros sindicatos católicos de España durante este conflicto de diciembre. La Unión de Sindicatos católicos de Zaragoza, que había visto la luz el 30 de junio de 1909 se había caracterizado por su abstencionismo en los conflictos sociales, excepción hecha de la huelga de los metalúrgicos.

El 18 de diciembre el paro es general: Los comerciantes deciden cerrar las tiendas y asistir a la manifestación obrera de la tarde que el gobernador, sin embargo, prohibe. Por la tarde, a pesar de esta prohibición, unas 500 personas afluyen a la Plaza de la Constitución. Tratan de detener los tranvías que siguían circulando. Los grupos engrosan, y a pesar de la intervención del señor Aparicio, obtienen el cierre de la central de tranvías. La manifestación se dirige al Gobierno Civil donde apedrea a la fuerza pública. Contesta la guardia de Seguridad cargando y persiguiendo a los manifestantes en el paseo de la Independencia. El día va a acabarse con un acontecimiento poco frecuente hasta entonces en las luchas sociales en Zaragoza; el estallido de una bomba en el Gobierno Civil que hace once heridos.

Zaragoza había vuelto a conocer una huelga general después de cinco años de inercia, la última remontando al 15 de septiembre de 1911. El impulso está dado a la lucha obrera: ocho huelgas fueron planteadas en Zaragoza en 1916, 20 van a ser las sostenidas en 1917. Seis sociedades obreras se constituyen y cuatro vienen a engrosas las filas de la Federación Local, que ve sus efectivos aumentar considerablemente; la agitación social está al colmo en 1917, año que conoce pocas treguas. Los trajineros van a desencadenar el movimiento, complicando el problema de los transportes; sigue sin resolver el conflicto de los metalúrgicos y la Federación Local declara un paro general el 22 de enero que hasta los obreros tipógrafos se comprometen a sostener. Esta huelga sirve de ejemplo: después de su resolución satisfactoria para los obreros, los tipógrafos, los impresores, presentan enseguida nuevas bases, casi todas las sociedades aumentan sus afiliados en un 80 %. El descontento se sitúa en varios niveles: en la provincia con las huelgas de pastores y braceros, en Zaragoza con las gestiones de las organizaciones obreras, entre las entidades políticas, entre los militares. El 21 de marzo, mientras siguen en huelga los mosaístas, los carreros, el centro republicano autónomo convoca a un mitin antigermanófilo. Aprovecha la ocasión para mandar al presiednte del consejo el siguiente telegrama: "Democracia aragonesa reunida grandioso mitin reclama inmediata apertura de las Cortes para modificar legislación vigente, conceder amplia autonomía municipal, resolver problemas transportes y subsistencias y sobre todo para libertad del tráfico marítimo". En velar por la soberanía nacional y el seno de la organización, unos piensan en un movimiento de gran envergadura. El 29 de marzo "Heraldo de Aragón" señalaba que Angel Lacort se había marchado a Madrid para asistir a un congreso. Los obreros zaragozanos esperan su regreso, pero cuando van a acogerlo en la estación (Pestaña y Seguí tenían que detenerse con él en Zaragoza) no encuentran a nadie, nadie sabe lo que pasa. La prensa de Madrid no puede informarlos, porque apenas llegada está secuestrada. Pero por fin viene al conocimiento de todos el acuerdo de huelga general en España, la detención de Angel Lacort en Madrid y al mismo tiempo la nueva de la suspensión de garantías y clausura de los centros obreros. El 20 de abril, 60 delegados de la Federación Local de Sociedades Obreras, después de escuchar el informe de Lacort votan la huelga general y la realiazción de una campaña de propaganda a este fin. Después de una larga serie de conflictos que no enumeraremos, los ferroviarios declaran la huelga general el 10 de agosto. Ya sabemos que el movimiento estalló a escala nacional como el que va a sucederle el 13 de agosto. Las sociedades obreras habían prometido sostener a los ferroviarios con la huelga general si era necesario.

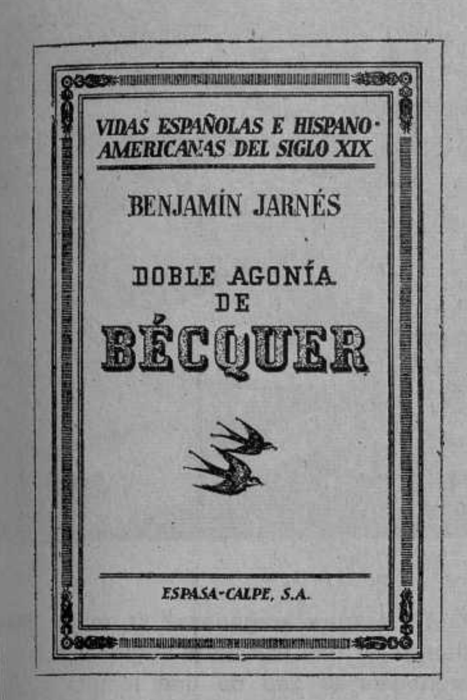
No sólo respondía a esta promesa, sino a una más antigua, la del 26 de abril, de ir a la huelga general revolucionaria. En Zaragoza el movimiento tuvo carácter bastante pacífico. El primer día los obreros recorrieron la ciudad y sus afueras para obtener el paro de las fábricas y lo obtuvieron inmediatamente. El las calles, grupos que intentan hacer cerrar los comercios, se enfrentan a la Guardia Civil. El gobernador declara el estado de guerra. Llama al ejército que los huelguistas, interpretando de modo erróneo la insubordinación de las Juntas de defensa, vitorean. Clausura de los centros republicanos, detención de los dirigentes de la Federación Local, tales son las medidas que adopta.

Los demás días transcurren en la tranquidad. El jueves 16, el comité de huelga ingresa en la cárcel. Lo componían, desde más de un mes, Angel Lacort, Luis Viescas, Isidoro Achón, socialista, presidente de la asociación de tipógrafos; F. Barbacil, metalúrgico; Tomás Ginés, albañil; Vicente Rodríguez (ferroviario Utrillas) y Balduc, zapatero. En el registro que sigue esta detención, la fuerza pública encuentra armas y balas. El sábado 18, casi todos los obreros vuelven a trabajar. El balance de la huelga es grave: 1 muerto, varios heridos; la represión severísima: detención de numerosos huelguistas, clausura de todos los centros. Sin embargo, y a pesar de estas pérdidas, la organización obrera sale indemne; no está apagada la voluntad de luchar, pues los conflictos siguen con igual empeño y dos meses más tarde, al decretarse la reapertura de los centros obreros no se necesita una inmensa labor de reorganización: todos los obreros asociados acuden al mitin que se celebra el 5 de noviembre. Los republicanos también, por su parte, emprenden de nuevo la lucha y en las elecciones municipales de noviembre 1917 ganan tres escaños, mientras casi todos los partidos gubernamentales pierden terreno.

En la revolución fracasada de agosto de 1917, la organización obrera ha perdido unos de sus militantes más importantes, encarcelados o momentáneamente desterrados; sin embargo, no está quebrantada, y ello, porque no ha perdido lo que constituye su verdadera fuerza: la masa obrera.

Jeanne PASTOR

ZARAGOZA — Plaza de la Constitución
L. Roisin, fot. Barcelona



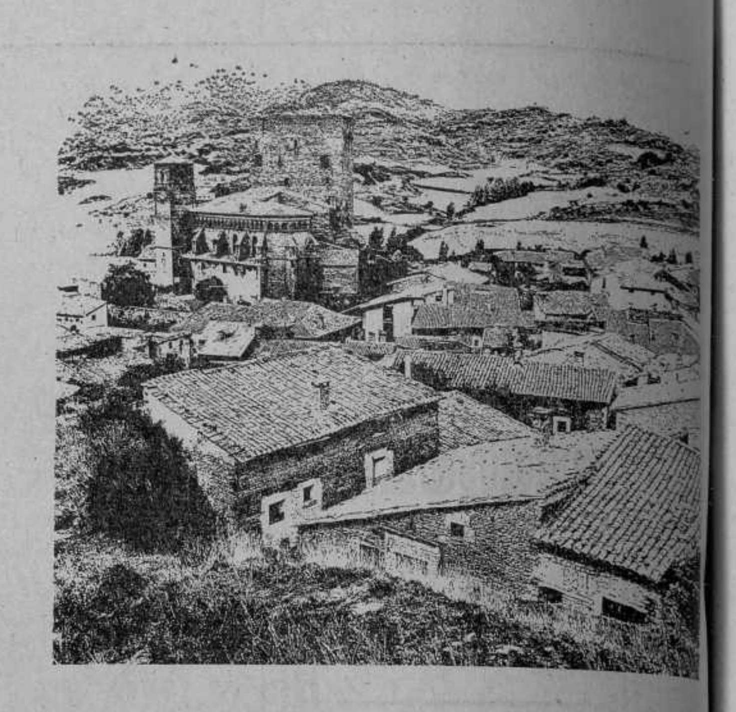




LITERATURA ARAGONESA SIGLO XX: UNA APROXIMACION



COLECCIONABLE—2



Una planificación y un índice de ausencias

¿Existe una literatura aragonesa? O, mejor dicho, ¿es lícito hablar de una literatura regional a la que no ha diferenciado el uso de una lengua propia? (Dejemos a un lado la existencia de Don Juan Fernández de Heredia, 1310 - 1396, humanista, historiador y propulsor de una traducción de ¡Tucídides! al aragonés, o el hecho comprobado de que obras medievales de la entidad de la *Razón de amor*, del *Libre dels Tres Reys d'Orient* o de uno de los dos manuscritos del *Libro de Aleixandre* tengan marcados rasgos lingüísticos aragoneses). Y aun contando con esta consideración previa, ¿existe el suficiente número de rasgos diferenciales —de temas, actitudes, tradiciones literarias actuantes, entidades aglutinadoras— que autoricen a escribir una historia literaria aragonesa y no una artificiosa reunión de autores españoles nacidos en Aragón?

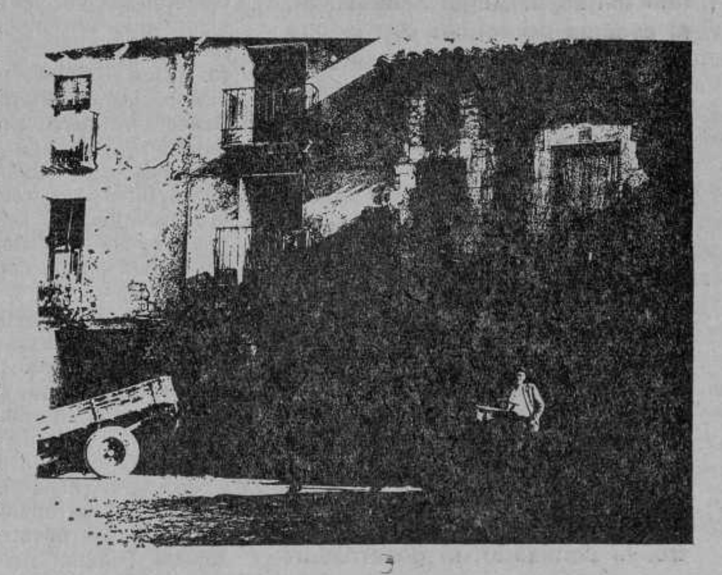
Los editores de ANDALAN y de este concreto suplemento han apostado por lo primero —por la existencia de una literatura aragonesa— aunque, por un imperativo de honestidad historiadora, nieguen de entrada la fácil tentación de meter en el mismo saco (conceptismo, sequedad, íntima violencia) cosas tan dispares como Gracián, Goya, Buñuel, Sender o *Camino* de Escrivá de Balaguer (que con el Juan José de Dicenta, es el único «best seller» de autor aragonés). Las elucubraciones del ensayo sobran en la hora de la seriedad y cuando el problema se centra en la patética ausencia de monografías, en la falta de sistematizaciones sobre épocas, en la tarea de rellenar de sentido y homogeneidad a los datos que yacen en la *Biblioteca* de Latassa, en el catálogo de impresores aragoneses de Jiménez Catalán, en las *Figuras aragonesas* de Ricardo del Arco, en el asombroso trabajo de Inocencio Ruiz Lasala sobre Ibarra y la edición zaragozana en el XVIII. La mucha labor futura lo será de una —todavía hipotética— Universidad de Aragón (cuya sección de Románicas es aún reciente, por obra de la desidia administrativa): baste recordar que por hoy no tenemos una aproximación de conjunto a la historia de Aragón que salte sobre el dato menudo a la búsqueda de la síntesis caracterizadora, que explique qué diablos hemos hecho los aragoneses de nuestra vida colectiva.

Entretanto, estas líneas preliminares sólo pueden dar testimonio de muchas ausencias y de algunas valiosas líneas de investigación ya emprendidas. Las señaladas, por ejemplo, en los excelentes trabajos de Francisco Ynduráin sobre el teatro aragonés del siglo XVI; las ya clásicas aportaciones de José Manuel Blecua al conocimiento de Jerónimo de San José del Cancionero zaragozano de 1648, de Pedro Ximénez de Urrea o de los hermanos Leonardo Argensola; las de Angel Sanvicente al teatro zaragozano en la época de Lope; en Angel Canellas sobre historiadores aragoneses o sobre la universidad zaragozana (cuya historia entera nos debe y quizá nos dará un día); de los ya envejecidos trabajos de Del Arco sobre el grupo oscense de Lastanosa; de la recentísima y aun inédita tesis doctoral de Aurora Egido —profesora del Colegio Universitario de Lérida— sobre el mundo de la poesía aragonesa en el Siglo de Oro.

Vamos conociendo la historia aragonesa del siglo XVIII —nuestra centuria mayor— gracias a la benemérita tarea de hombres como Carlos Corona, Rafael Olaechea, José Antonio Ferrer Benimeli, Eloy Fernández Clemente, José Alvarez Junco, pero..., ¿cuándo se abrirán los archivos de la Sociedad Económica de Amigos del País?, ¿cuándo sabremos de un importante florecimiento literario aragonés en el siglo ilustrado? Aparte del Pedro Saputo, tan definitivamente vinculado al nombre de Ynduráin, su editor moderno, ¿qué sabemos de nuestro siglo XIX histórico y literario?: casi nada del regeneracionista oscense Lucas Mallada (una placa conmemorativa en Huesca, el nombre de una sección del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y una oportuna selección de Los males de la patria, editada por Alianza Editorial); nada de la Revista de Aragon (luego Cultura Española), decisiva en la orientación inquieta de la burguesía finisecular; sabemos mucho de Costa (Cheyne, Gil Novales, Pérez de la Dehesa, Tierno Galván, Gabriel Jakson...), pero poco de su proyección aragonesa; nada de literatura regionalista (en aragonés o en la forma de esos tres pequeños Peredas que fueron Blas y Ubide, José María Matheu y Luis López Allué —éste, al menos, está siendo reeditado en Huesca—); poco de prensa aragonesa moderna, con los interesantes comienzos del «Heraldo de Aragón» (cuya colección de extraordinarios del 12 de octubre reclaman urgentemente una tesis de licenciatura) y con insólitas primicias —poemitas marianos en El Pilar— de Benjamín Jarnés y de Ramón Sender —las «Aventuras de Cocoliche y Tiravientos»—; nada o poco más de esa ejecutoria de periodismo aragonés en Madrid con los Joaquín Dicenta, Eusebio Blasco, Mariano de Cavia o José García Mercadal; nada de esos juristas literatos como Baselga o Moneva; nada de esa Institución Fernando el Católico que, con muchas hipotecas, con muchos altibajos, ha hecho cosas verdaderamente memorables por el país.

Lo que ANDALAN ha reunido aquí, intenta dar fe de vida de algunas cosas olvidadas y de otras que lo están menos; entre las primeras cabe ese insólito Angel Samblancat, el grausino que alcanzó delirante popularidad como director de Los Miserables o de l'Esquella de la Torratxa, diarios que aún esperan al historiador del republicanismo radical español; la revista Noreste, donde precisamente ANDALAN contrae una deuda con Ildefonso Manuel Gil, poeta que merecía un trabajo por sí solo; José Ramón Arana, recién recuperado del exilio y autor de novela tan honda como El cura de Almuniaced; el peculiar mundo de la vanguardia (bohemia o no) zaragozana de los cuarenta y los cincuenta, evocado por Rosendo Tello y en un sugestivo resumen de Emilio Alfaro (señalemos que también Miguel, aquel a quien saludaba Celaya en un conocido poema de Las cartas boca arriba, «por si acaso existes»; también Miguel Labordeta, decíamos, precisaba un espacio que aquí no se le dedica y que es debido a uno de los dos o tres grandes poetas que España ha dado en los últimos treinta años). Junto a esto, vaya el tributo obligado a los grandes nombres: a un Benjamín Jarnés en alza de cotización; a un Ramón J. Sender, casi clásico; a José Manuel Blecua y Fernando Lázaro Carreter, representantes de una granada escuela de filólogos y críticos... Mil gracias a quienes han hecho posibles estas páginas que reúnen a jóvenes licenciados catalanes —los casos de Joan Egea o Pascual Hernández del Moral, ambos con sólidos trabajos académicos sobre los autores de que aquí tratan— con profesores igualmente jóvenes —Ignacio Prat y Santos Sanz Villanueva— pero con una notable ejecutoria académica, con Francisco Carrasquer, poeta, traductor y crítico bien conocido, además de con quienes ya son nombres familiares en estas páginas: Gabriel de Jaizkibel, José - Carlos Mainer, Rosendo Tello.

ANDALAN ha preferido avanzar este incompleto material —sin perjuicio de completarlo en nuevas entregas; deseando que lo concluyan tantas personas autorizadas como hay para hacerlo— sin esperar más tiempo. Sirvan estas líneas de justificación editorial y de señuelo —ojalá que eficaz— para una tarea urgente y aragonesa. Como se decía al final de las comedias clásicas, «perdonad sus muchas faltas...».



Breve recuerdo de Angel Samblancat

por F. CARRASQUER

Ahora, en el mes de febrero de 1973, hace diez años justos que murió Angel Samblancat en Méjico - Ciudad, capital de su segunda patria, a los 78 años de edad (había nacido en Graus el año 1885).

No estuvo mucho tiempo en el ilustre pueblo montañés porque ya de niño pasó con su familia a vivir a Barcelona, donde habría de tener punto de aplicación culminante su vida profesional allí mismo formada.

Políticamente, con su convencido y consecuente federalismo, Samblancat desmiente la fama de unitarios y centralistas que suele endosárseles a los aragoneses. Y literariamente, confirma Samblancat una de las dos constantes de las letras aragonesas: no aquella de emulación clasicista que arranca de los Argensola, sino de la expresividad a toda costa que arranca de Gracián.

Pero volviendo a lo primero, es interesante constatar como va confirmándose cada día más aquello de que lo federal está en el camino de lo confederal y se opone a centralismo del mismo modo que toda la periferia dinámica y progresista española se ha opuesto siempre a la seudo - superestructura anquilosante, cuando no retrógrada, de ese postizo en el tocado de España que es Madrid. Samblancat es un ejemplo más de federal que se pasa al movimiento libertario. Como lo hizo García Pradas, con su diario «Tierra» y todo, ya antes de nuestra guerra y para siempre. También antes de la misma guerra debió de pasarse el federal Samblancat a los «confederales», a juzgar por lo que en noviembre de 1935 escribía Felipe Alaiz bajo este título tan suyo: **Angel Samblancat, el evadido de Jericó**; con lo que quería decir que había dejado de ser político (sabido es que Samblancat salió en 1931 diputado por el Partido Republicano Federal, del que fue uno de sus fundadores). Refiriéndose a esta aventura política dice Alaiz: «Samblancat salió del paso con ingenio. Habló con palabra ácida y empleó un estilo oratorio tan furtivo y de escapadizo que los bienaventurados quedaron un tanto rotos. El estilo periodístico de Samblancat es remolón y el oratorio tajante. Por la prisa que tenía de acabar hacía chocar una palabra con otra (...). Un hombre así no puede ser ministro, ni comisario, ni gobernador;



Samblancat en l'actualitat

y si fue diputado también lo fue Costa y también Costa se desengañó después de serlo. Tal vez dijera Ortega y Gasset por Samblancat que en el Parlamento había jabalíes. Pero Samblancat no es jabalí y Ortega es tórtola» (1).

En un artículo expresamente escrito para el libro que cito en nota luego, se ve más claro aún el paso a que me refiero. Se trata del momento cumbre de su vida y, del relato tan personal que de él hace, extraigo un par de pasajes: el que precisa su participación en el Tribunal extraordinario de Barcelona en 1936 y el final —éste más bien a título de curioso remate—:

«El gobierno de Cataluña, encajaba sin pestañear los bofetones que asestábamos a la caricatura a que había quedado reducido. No podían, sin embargo, los consejeros de la Generalidad ver con peores ojos el sismo que terremocionaba la caverna de Temis. Y eso que, por respeto a los **Usatjes**, no habíamos disuelto el megatérico Tribunal de Casación, cuyo presidente —Gubern— y uno de cuyos mamuts —Comas— se habían largado, tocando el pito a la frontera, al estallar la conflagración. Las restantes momias amenóficas de tan alto Pretorio comen ahora, callados como frailes...

«Para borrar hasta del cristal de nuestros coches el nombre de Comité superior de Justicia catalán, que escandalizaba a las beatas del leguleyismo, se constituyó, por decreto del Gobierno de la Generalidad, la Oficina jurídica».

«Era este esperpento un organismo híbrido de apelación e instancia única al que nosotros dimos carácter de Tribunal revolucionario civil, con facultad de revocar todos los fallos de Audiencia, Juzgados de primer resorte y Tribunal industrial (de Trabajo), en que hubieran sido pisoteados los derechos del litigante sin padrinos, que es lo que en la barra hoy se bautiza».

«La Generalidad me nombró a mi presidente o director de orquesta de tal murga gaditana, confiriéndome atribuciones para asociar a mi trabajo raticida dos letrados adjuntos. Me vi negro o de color de chocolate para encontrar, ni un coadjutor, que me asistiese. Toda la plantilla de mascarones del Colegio de Abogados nos era hostil. El derecho, como de costumbre, se torcía, cayendo del lado de los Hurtados y de los hurtos más rateros».

(...)

«De esas escapadas (2) ninguna responsabilidad alcanza a la CNT. El tribunal extraordinario desatendió siempre toda clase de recomendaciones, incluso cuando el presidente Companys se interesó personalmente por la suerte de un nieto de Joaquín Costa, que salió el 19 de julio a combatirnos en la calle, al frente del 4.° escuadrón de Caballería de Santiago. A este pajarraco estimó el tribunal que se le había de ajusticiar dos veces. Primeramente por desleal a la República. Y después, por serlo también a la memoria de su gran abuelo» (3).

De paso nos precisa que no era partidario de separatismos regionalistas, ni de regímenes de autonomía preferencial como aquel al que tendía la Generalidad, sino del (con)federalismo de la CNT - FAI que quería hacer de toda la Península Ibérica (Portugal incluido) una federación de municipios —en lo horizontal— y una confederación de sindicatos por profesiones —en lo vertical—.

Pero, pasando ya a sus valores literarios, lo que más nos sorprende es que ni en una pieza histórica como esta (sabía que iba a publicarla en su libro el historiador que se la pidió), de tema grave si lo hay, no pierda su gracejo humorístico Samblancat. ¿Es una segunda naturaleza? ¿Obra aquí una pose de «cabotin» o histrión ya indefectible de tan arraigada? ¿O es un recurso estilístico tan legítimo como otro cualquiera? ¿Por qué no? Que este recurso fuera ineficaz, o poco menos, para el público a que iban generalmente destinados sus escritos, ya es otro cantar. Lo que no se puede negar es que, literariamente hablando, tiene el estilo de Samblancat méritos cada día más reconocidos, y en ese sentido se adelantó a su tiempo y fue víctima de la conspiración silenciadora de los que escribían bien y para gente

bien. Porque, en efecto, aparte de las licencias y ocurrencias barrocas, para las que pudo tomar ejemplo de nuestros mejores clásicos, fue tan buen domador del idioma en estado salvaje como los mejores escritores modernísimos hispanoamericanos, y supo sacer partido de un poliglotismo oportuno, más o menos a nivel medio internacional, como sabe hacerlo un Juan Benet (por no citar más que a uno de nuestros mejores estilistas de la hora). Y es que Samblancat se servía de la lengua para expresarse, sencillamente, sin discriminación contra ninguna de sus zonas y usando igual de la lengua del maestro, de la de los alumnos del primer banco, como de los alumnos del último. Y si tenía que hacer carrerilla para pegar el salto retórico más largo, la hacía; como si le convenía poner de cara a la pared a la expresión más exquisita con una andanada de vulgarismos, tacos disfrazados o dichos germanescos, no se arredraba por tan poco. Y si no acertó siempre con el logro artístico, no fue por falta de esta sana actitud. En todo casi tiene por lo menos la virtud de haberse esforzado por mantener en sus escritos la alta tensión imprescindible para hacer saltar la chispa poética y, a la vez, la matización máxima de su pensamiento en honor a la claridad difícil.

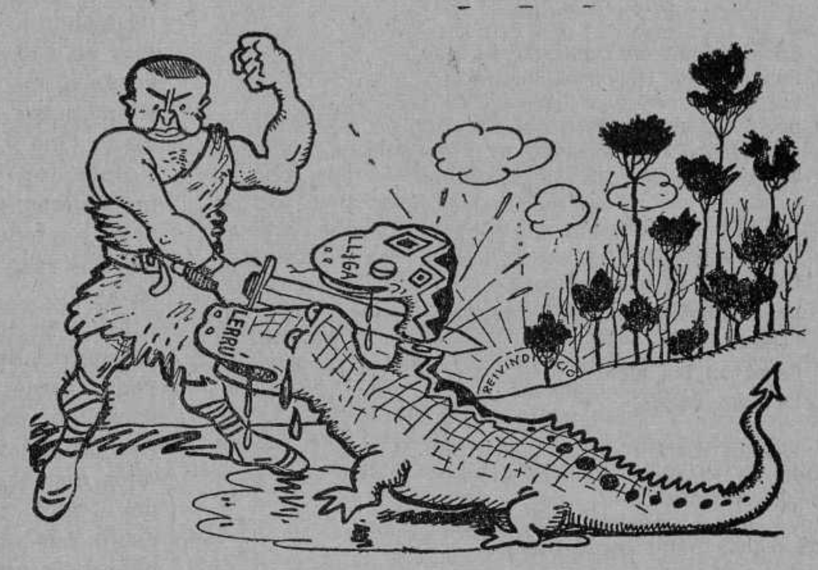
Como supongo que serán muy pocos los lectores que conozcan la prosa de Samblancat, trascribo a continuación un momento característico de la misma, una de las breves glosas («billets du jour», que diría Escarpit) pertenecientes a una sección o rúbrica de periódico mexicano que se han recogido en folleto bajo el título **A caballo del Ande: Crónica del Universo Occidental:**

«ATADO A LA COLUMNA

«Tu Duca...» «Tu Signore...»

El santo estilita, plantado desde hoy en lo alto de esta columna, es picturalmente consanguíneo de Goya; pero lo es también en otro orden de Baltasar Gracián. De Gracián, tan admirado por Schopenhauer, que lo quería naturalizar boche y anexionárselo como si hubiera sido un territorio mostrenco o una negrería colonial, una Alsacia-Lorena o un corredor de Dantzig. De Gracián, que por la independencia de su espíritu, la buida agudeza y la barrenante pungencia de su visión y lo preciso y castigado de su rica verba lo tuviera el «Gesú» confinado en un convento, sito a pedrada de honda del portal de Belén en que el cronista salió del huevo. ¡Goya y Gracián! Dos primeras potencias, dos soberanías mayestáticas —así, con reduplicación—, dos astros de ingencia inigualable y dos verdaderos hemisferios de la geografía que no se enseña y, por tanto, no se aprende en las aulas. El sentimiento lo arrebata a uno hacia el Sordo sin par o sólo parejo al de Bonn. La inteligencia nos impele hacia el ignaciano hipersensible y refractario, que oía crecer el césped y partía un pelo con la «gillette» de su lengua. Devotos en nuestras mocedades de la franqueza baturra y brutal del Caprichoso, nos ganan por completo hoy la finura conceptuosa —en la acepción mexicana y culterana del calificativo—, el aticismo y preciosismo exquisitos y las hibleas mieles del inimitable Criticón» (4).

Hay que decir cuanto antes que es éste un ejemplar bastante modoso de la prosa de Samblancat, que podía ser más rebuscada, más trufada de trasposiciones y transfiguraciones y más esotérica. En cuanto al vocabulario, tampoco abusa aquí de neologismos, arcaísmos y culteranismos. Total, sólo he tenido que buscar dos palabras en el diccionario: **estilita** (que parece tiene que ver con San Simeón atado por sacrificio a una columna, apuntando aquí, claro está, a la otra acepción de columna de periódico a la vez) e **hibleas**, o sea, mieles del monte de Hibla (Sicilia). También hay que advertir que aquí desciende más a la explicación y lo hace más ingenuamente pro domo porque se dirige a un público que no es exactamente el suyo. Pero, de todos modos, no podía evitar Samblancat hacer alarde de su desbocada inventiva léxica y su libérrima manipulación de la lengua, y en este fragmento podríamos registrar atentados a las normas de la lengua corriente y moliente en cada una de sus líneas. Y es que no se le ponía nada por delante en su empeño de hacerse entender. Pero, ¿por qué habría de ser sagrada la lengua? ¿Dónde está el dogma? Si los estilos son los que enriquecen la lengua y son antidogmáticos —antigramáticos— por definición. En hablando de «anexionar», por ejemplo, le pareció a Samblancat mucho más expresivo decir «boche» que alemán; y en tratándose de cortar pelo, ¿qué más gráfico que invocar la «gillette»? Hay efectos de expresividad mucho más refinados, como —por poner un ejemplo— eso del «Caprichoso» aludiendo a Goya. Es exactamente el calificativo que le ha presugerido el personaje que va a nombrar acto seguido (Gracián) para hacer contraste con el fino rigor del bilbilitense. Porque si irritaban los escritos de Samblancat era, en particular, a los que no se detenían a arrimar el hombro al autor, a pensar con él hasta captar las últimas intenciones, y en general, a los que le tienen a la lengua demasiado respeto e idolatran ese instrumento del imperio que hace poco maltrataba con razón Juan Goytisolo en su «Don Julián». Pero siempre nos quedará de Samblancat la lección de **libertad de recursos** y **rigor expresionista** que nos ha legado en su obra (5).



«San Blancat mata l'Aranya». (Caricatura de «La Campana de Gràcia», publicada amb motiu de les eleccions dites de Reivindicació republicana)

Es algo distinto de lo que podría decirse de Valle-Inclán (pongo por caso sin ningún ánimo de parangonar). Puesto que lo que priva en Valle-Inclán es su **rigor de recursos** y **su libertad de expresión.** Pero a una naturaleza más exuberante que estilista como la de Samblancat no le iba el ceñidor estilizante de uno de los más grandes artistas de nuestra lengua de todos los tiempos. Podemos lamentarlo por lo que, de este modo, perdemos de calidad artística en la obra de Angel Samblancat; pero

por otra parte nos parece más bien razón de regocijo lo que nos brinda esta misma obra en cuanto testimonio del empeño tan noble como imposible de reducir el pensamiento a la palabra y en cuanto decantación literaria de un hombre siempre a brazo partido con su ángel.

F. C.

---

(1) Felipe Aláiz, **Tipos Españoles** (II), Ediciones «Umbral», París, 1965, pág. 159-160.

(2) Se refiere a las fugas de «peces gordos» encerrados en cárceles o campos de concentración gracias a la complicidad de agentes de la Quinta Columna infiltrados en el personal de vigilancia, administrativo, etc.

(3) In: José Peirats, **La CNT en la Revolución Española**, II, Ed. «Ruedo Ibérico», París, 1971, pág. 79-81.

(4) Angel Samblancat, **A caballo del Ande —Crónica del Universo Occidental**, «Páginas Libres», Tolosa, s. a., p. 2.

(5) En el Suplemento 1963-64 de la Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana Espasa Calpe, S. A., pág. 386, Angel Arconada (A. A.) da la siguiente bibliografía de Angel Samblancat:

Plumero salvaje,
Hubo una Francia,
Cristo atado a la columna
La ascensión de María Magdalena.
Barro en las alas
La casa pálida.

Y Campio Carpio en artículo publicado en NORTE —Revista Hispánica de Amsterdam—, Año V, Número 4, julio-agosto de 1964, añade a los dichos estos otros títulos:

Elegía para los mártires.
El terror
La cuerda de deportados
Con el corazón extasiado
El señor Esteve
El aire podrido
Testas y tiestos coronados
Caravana nazarena y el ya citado **A caballo del Ande.**

Como ya dice J. C. Mainer en su libro **Literatura y pequeña burguesía en España** (Ed. «Cuadernos para el Diálogo», Madrid, 1972), sería muy interesante rastrear las influencias ejercidas y sufridas por los novelistas de preguerra civil entre los que se cuenta Samblancat; averiguar, por ejemplo, por qué fue uno de sus mayores éxitos entre los medios libertarios **Cristo atado a la columna**, y hasta qué punto se verificaría aquí un entronque con el fenómeno Vargas Vila que tanto furor hizo en un público que forzosamente no podía entender tan desaforados lenguajes.

BENJAMÍN JARNÉS
o la realización de una vida

Hay muchos escritores injustamente olvidados. Esta es la situación de Benjamín Jarnés, más por desconocimiento que por injusta valoración. La mayoría de los juicios que se emiten sobre él, son una repetición de tópicos manidos que no invitan a conocerlo en una época en que el neorrealismo y la problemática social ha presidido las ideas sobre la novela.

Jarnés fue el auténtico escritor profesional. Aunque su vida sufrió varios cambios de enfoque, acabó siendo lo que tenía que ser: escritor, artista, porque no sabía ser otra cosa: «Como Scheherezada, yo salvé mi vida narrando, produciendo», repite con Kierkegaard al principio de una nota autobiográfica en Viviana y Merlín.

Volcó en su producción original —lo suficientemente amplia como para crear un mundo novelesco propio— toda su vida interior. Es necesario conocer algunos rasgos de ella para entender muchas de sus obras.

Nace en 1888, el 7 de octubre, en Codo (a pocos kilómetros de Fuendetodos) de la tercera esposa de Pedro Jarnés Aznar, que además de ser sastre y sacristán, componía romances de ciego con historias de santos y asesinos. Era el cuarto entre siete hijos que sobrevivieron de los veinte que engendró don Pedro. Su infancia no fue precisamente agradable. Las dificultades económicas de la familia le hicieron muchas veces andar descalzo. En las familias numerosas con dificultades económicas y con un padre enérgico, agresivo en ocasiones, quedan ahogados antes de empezar a florecer rasgos individualizadores. No es el mejor caldo donde fraguar una personalidad. A los doce años, pasa al seminario porque sólo se le ofrecen dos alternativas: «El latín o el azadón». En el seminario no es feliz porque se siente acosado, fiscalizado, fustigado por una vida —de piedad— capaz de deformar la mente más sana que no esté allí por vocación.

Ante este nuevo medio, tan hostil como el familiar, y para defenderse, Jarnés mira y vive hacia adentro. Su vida imaginativa se enriquece, se desarrolla con ejercicios tácticos defensivos. El equilibrio entre su vida interior y su actuación, se rompe a los nueve años (larga lucha) de iniciarse, y dos años antes de ordenarse abandona el seminario, arrastrando consigo a su hermano Abel, más pequeño que él.

Y ya está en el mundo. Tiene 21 años. No conoce más mundo que el que se ha creado en su lucha defensiva, y no dispone de más armas que las to-

madas en el Seminario —clásicos, lenguas muertas y un rostro apacible que no es espejo del alma— para enfrentarse al auténtico. Se hizo maestro inútilmente porque nunca ejerció como tal; en este mismo año, ha de incorporarse al ejército. No le ofrecen allí mejores armas para enfrentarse al mundo y opta por seguir allí, enrolándose en el cuerpo de Intendencia. Junto a los libros de contabilidad donde asienta partidas del ejército, aparece el artículo o el ensayo —que no sale tampoco a la luz— donde asienta las partidas de su espíritu.

Fue destinado primero a Jaca, después a Larache y desde allí, en 1921, a Madrid, donde pasó a la escala de supernumerario sin sueldo. Al llegar a Madrid ya llevaba en su haber un buen número de publicaciones en diarios de ámbito provinciano. En Madrid pudo dedicarse a confeccionar su propia vida: allí su escritor. Colaborador de la Revista de Occidente, y de La Gaceta Literaria...

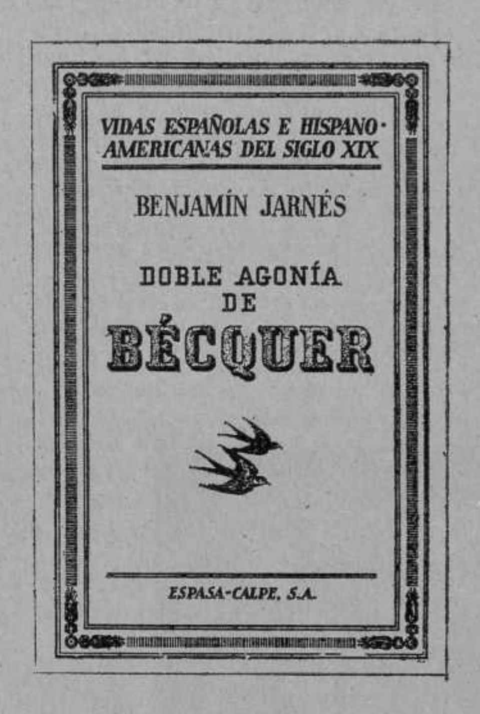
En Madrid siguió «viviendo», publicando y colaborando desinteresadamente con los jóvenes hasta 1939. Por inercia, más que por convicciones políticas, salió de España, estuvo en Francia y de allí pasó a México el mismo año. Trabajó y publicó. En oscuridad y olvido vivió en aquel país hasta 1947, año en que volvió a Madrid aquejado de una grave dolencia, falleciendo el año siguiente.

Haciendo balance de toda esta vida, se justifica la actitud que Jarnés adoptó frente al mundo. Educado en medios coercitivos, trabajando en una organización férreamente jerarquizada, su introversión le sirvió para ir cultivando una sensibilidad finísima, que se volcó en sus libros dando una atmósfera de sensualidad voluptuosa, de colorido inigualable. El mundo exterior —que siempre le ha sido hostil— no le importa. Prefiere tomar de él un escorzo y deformarlo, re-crearlo poéticamente, siempre en función de la Vida.

El vitalismo es la teoría que mejor ajusta su «yo» sin realizar con las circunstancias externas. Sus personajes viven por él, y por eso se repiten en nombres y rasgos. La vida es ante todo, vida del espíritu. Por eso la anécdota no interesa. Este vitalismo le lleva al individualismo (¿qué cantidad de culpa tiene Ortega?), tanto en su vida como en sus ideas sobre el arte. Rechaza, por incompletos, todos los «ismos»; su teoría es, en cierto sentido, integralista: «no todo un hombre —afirma—, sino todo el hombre». El ama al hombre entero (razón e instinto) y se preocupa por él. De ahí el valor pedagógico de sus artículos sobre el cine, al que concede un valor extraordinario como medio de formación de masas.

Los pocos críticos que se han ocupado de él, suelen decir que fue un fracasado, y están en un soberano error. Gracias a la novela, al escribir pudo realizarse, encontrar sentido a su propia existencia, un sentido que el profesor inútil y su Julio, buscan ansiosamente en todas sus obras. Al escritor se le conoce —decía— por el traje de cada día, no por las galas de los domingos. El sólo tenía un traje. Con él forjó una prosa que sólo podía ser leída a media voz, en la que «llamando a las cosas por sus nombres, supo hallar nombres bellos a las cosas». Creó un estilo personal e inconfundible, emanante de su propia personalidad. Con su estilo, sus personajes y sus actitudes vitales, creó todo un mundo digno de más atención de la que hasta ahora se le ha prestado.

PASCUAL HERNANDEZ DEL MORAL



POR UNA REVISION DE JARNES

"Jarnés o la gracia" se tituló un afortunado ensayo del escritor canario Ventura Doreste sobre el escritor que nos había dejado un libro con el rótulo de Eufrosina o la gracia. *Pero la gracia, el suave hedonismo, de voluntad de belleza material (y un cierto desdén a las manifestaciones tradicionales del espíritu: la seriedad, la trascendencia, el desprecio de la realidad) eran valores difícilmente negociables en el conflictivo mundo literario que Jarnés dejó a su muerte. A la narrativa de Benjamín Jarnés y sus discípulos —los de la colección "Nova Novorum" de Revista de Occidente— un escritor de los quilates de Max Aub la llamó (reproduciendo el dicho de algún mentidero madrileño) "la cagarrita literaria".*

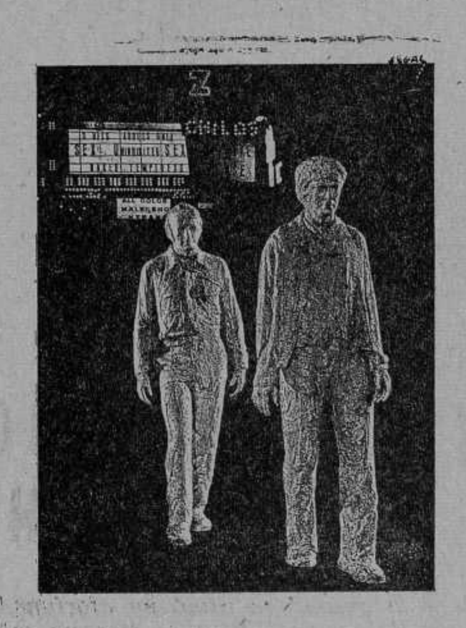
Y, sin embargo, nuestro novelista, impregnado de cultura, es todo menos un escritor vulgar, todo menos un narrador complejo (por debajo de esa prosa tersa, impecable, salpicada de sugestivas metáforas): véase, si no, el unamunismo análisis de un "hombre sin cualidades" en Locura y muerte de nadie *(1929) o en el burilado* San Alejo *(1934); la deliciosa meditación sobre la vida y la literatura que va configurando la modernísima* Teoría del zumbel *(1930); la profundidad en el análisis de un fracaso, autobiográfico en parte, que hallamos en* El convidado de papel *(1928) y* Lo rojo y lo azul *(1932), tan deliberadamente stendhalianas.*

Las coordenadas literarias de Jarnés fueron francesas: Proust —con su obstinada encuesta sobre la dimensión emocional y asociativa de la superficie de la realidad— y Giraudoux —a quien debemos en palabras del propio Jarnés "el franco retorno a la verdadera alegría"—. A uno y otro está dedicado el capítulo final de Cartas al Ebro *(1940) en el que una "Postdata de 1939" nos proporciona alguna de las claves de la obra entera y del presente olvido del escritor aragonés (el que ambientó en Augusta-Zaragoza sus mejores novelas): "Excepcionalmente, más que ninguna otra, esa generación —la de Giraudoux, la mía— ha sido zarandeada, fustigada... ¿Por qué? Por su carácter de risueña y audaz rebeldía (...) Quería —quiere— esa generación elevar el nivel*

del arte, por los arduos caminos de la inteligencia, por los delgados caminos de la sensibilidad (...) Pero los hombres de nula o roma inteligencia, los hombres de escasa o roma sensibilidad prefirieron —como ellos dicen— "llamar al pan, pan, y al vino, vino..." Sin saber, naturalmente, elevar el pan y el vino —y todo lo demás— a esa zona poética donde supieron llevarlos —desde Safo, desde Homero— los grandes creadores".

Quizá pronto Benjamín Jarnés dé aguna sorpresa a los lectores modernos. Por lo inmediato ya está recuperando su puesto —y es muy alto— en la historia de la literatura española del siglo XX: Paul Ilie dedica a Teoría del zumbel *algunas páginas de su no muy acertado y reciente libro* Los surrealistas españoles *(Madrid, Ed. Taurus, 1972); Gerald Brown habla por extenso del narrador —y con mucho tino— en el volumen* The Twentieth Century *de la británica* A Literary Story of Spain *(de inminente traducción e impresión en la barcelonesa Ed. Ariel); el norteamericano J. S. Bernstein acaba de publicar su trabajo* Benjamín Jarnés *(Nueva York, Twayne Publishers Inc., 1972), y algo anterior es un adivinador trabajo de Víctor Fuentes, "La dimensión estético-erótica y la novelística de Jarnés";* Cuadernos Hispanoamericanos, *235, 1969. La hora de la revisión definitiva parece próxima...*

GABRIEL DE JAIZKIBEL



Una aventura poética de los años treinta: NORESTE

por J. C. Mainer

Es ya moneda común de la crítica afirmar que España vivió entre 1898 y 1939 el inesperado regalo de un medio siglo de oro literario que los vientos de la guerra se encargaron de truncar. Menos común es, a la fecha, reconocer que el período republicano iniciado en 1931 supuso (con sus entusiasmos, sus pasiones y sus fracasos) la etapa por muchos conceptos culminante del resurgir literario nacional: lo grandes dramas rurales de Lorca, la inflexión social y surrealista de los poetas de la generación del 27 (en clara ruptura con la anterior etapa de poesía pura), la obra entera de un Miguel Hernández, los primeros frutos de una novela social, un fenómeno cultural tan fascinante como las revistas Cruz y Raya, Octubre **o** Gaceta de Arte, **se inscriben en un balance favorable al que no faltó siquiera un ansia de públicos nuevos (recuérdense las experiencias teatrales de «La Barraca» lorquiana y la oficial de las «Misiones Pedagógicas») y, desde luego, un alto nivel de conciencia política y social (correlato español de idénticas tensiones europeas entre 1929 y 1945).**

Al doble deseo de llegar a públicos más amplios y de escribir irrefrenablemente poesía (el género que reina indiscutido en estos años) correspondió la publicación de una larga serie de revistas literarias, más o menos efímeras, que cubrieron —ese fue el mayor milagro— toda la geografía nacional. Dejando aparte las madrileñas (Octubre, Frente Literario, Diablo Mundo, Eco...**), una ciudad como Albacete tenía su** Agora**; Orihuela,** El Gallo Crisis**; Cádiz,** Isla**; Valencia,** Murta **y** Nueva Cultura**; Sevilla,** Mediodía **y** Hojas de Poesía**; Tenerife,** Gaceta de Arte**; Valladolid,** A la nueva ventura **y** Meseta**, etc. Todas estas y muchas más —aún no disponemos de un catálogo de publicaciones de este tipo— publicaron no solamente los versos y las prosas de bienintencionados y miméticos poetas locales (aunque bien es cierto que el nivel de «puesta al día» era singularmente alto), sino que acogieron la colaboración de los mayores escritores del momento (incluidos hispanoamericanos como Neruda, Carrera Andrade, Vallejo, Florit o Torres Bodet) y de ilustradores tan excepcionales como Renau, Barradas, Alberto, Maruja Mallo, etc.**

A este contexto respondió ese pequeño milagro zaragozano que fueron los «Carteles de Letras y Arte» Noreste **cuyas doce entregas (1) se espaciaron entre el otoño de 1932 y el de 1935, paralelamente a la colección de «Cuadernos de Poesía» de Ediciones Cierzo que llegó por su lado a editar cuatro títulos:** Cadera del insomnio **de Tomás Seral y Casas,** Canciones en azul, **de María Dolores Arana,** Rumbo, **de «Maruja Falena» y** Cancionero de la meseta, **de José María Vilaseca. Alma de ambas empresas fue Tomás Seral y Casas (hoy conocido librero madrileño) y, con él, Ildefonso Manuel Gil y Antonio Cano en la primera etapa, y Raimundo Gaspar en la segunda. El formato adoptado para la revista (el epígrafe de «Cartel» suena inevitablemente al utilizado para su obra crítica por Ernesto Giménez Caballero) fue el folio para los diez primeros números (de cuatro páginas, salvo el último, que tuvo ocho) y el cuarto para los dos postreros (de doce páginas cada uno y también de doble precio: una peseta frente a los exiguos dos reales de las entregas iniciales). La redacción zaragozana, por último, estaba situada en el Paseo de la Independencia, número 28.**

Todo primer número de revista tiene, se quiera o no, cierta jactancia programática y así sucedió con el primero de Noreste, **máxime cuando un rimero de palabras —juventud, poesía, vanguardia, belleza— habían llegado a significar tanto a la altura de los años treinta. La convocatoria editorial anónimo es bien explícita al respecto: «Es hora ya de que se intente alumbrar entre la juventud auténtica del Noreste el deseo de decir y hacer bellamente al compás de las horas. Todavía —por qué no— puede brotar de la estepa aragonesa el caldo con que moldear un presente estético, hecho de realidades y no de ayeres ecuménicamente apolillados o de mañanas falsamente imponderables». Junto a esto, el artículo «Límites», de Benjamín Jarnés, sitúa las coordenadas del entusiasmo lírico del recién nacido cartel ara-**

gonés; si ya la entradilla afirmaba «no queremos hacer literatura. Estamos con la poesía», ahora el autor de El profesor inútil iniciará su colaboración en términos inapelables: «Los buenos poemas no nacen de una actitud circunstancial, de una postura, de una reacción, sino de un perenne estado poético y estético», para terciar más tarde en la candente polémica del «compromiso» o la «contemplación», «hay dos clases de poetas, los que huyen y los que se quedan. Los que hacen de las cosas estaciones de tránsito, fugaces apeaderos, y los que hacen de cada una su mansión voluptuosa (...). El que huye acaba siempre por hundirse en la sima trascendental: algo prohibido al arte, cuyo imperativo categórico es —creo— la sensualidad». Una tercera clave nos la proporciona el trabajo de Ramón Sender, «Compartición de fe y esperanza», donde el novelista, tras afirmar la incapacidad aragonesa para la lírica moderna (andaluza y levantina), invoca a los genios de Gracián y Goya: «En Aragón, cuando interviene, no ya el genio de Goya, sino la inteligencia, como en Gracián, se destruyen todas las servidumbres y se proyecta la obra lejos y fuera del realismo imitativo, de lo lírico limitado, para enfrentarse con la naturaleza y desbravarla —Gracián— o embravecerla y deformarla monstruosamente —Goya—. Yo creo que es por ahí por donde pueden enderezar sus pasos los compañeros jóvenes que empiezan a batir marcha y que sienten nuclearmente lo aragonés». Y aún podríamos añadir la cuarta clave: la conciencia de una tradición literaria que lleva a incluir sendos poemas de Argensola en los dos primeros números y aun a programar para las ediciones una nonata antología de Pedro Ximénez de Urrea que hubiera realizado José Manuel Blecua.

No fue la prosa, sin embargo, el fuerte de nuestra revista, y, pese a todo, en prosa escribió José R. González un nada vulgar artículo sobre «El nuevo clasicismo en la poesía» (seriado en los números 2 y 3); José María Abizanda, un hostil trabajo sobre «La utopía de Keyserling» (núm. 11), vejamen del inverosímil conde lituano (cuya divertida contraimagen flota por la novela de Llorenç Villalonga Les temptacions); Gil Bel; un artículo sobre Barrados (núm. 11); y el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, unas excelentes «Notas sobre Réverdy», prólogo a una futura antología que hubiera publicado la Editorial Cierzo (núm. 12). La crítica de libros peca de entusiasmo inmotivado y —achaque común de la época— de un cierto contagio lírico; no ocurre lo mismo con la sección «Hondero en acción», de notas culturales y locales mucho más brillantes y agresivas; por ella sabemos de la justificada fobia de los redactores a los monumentos del parque zaragozano, del feliz estreno en Zaragoza de La zapatera prodigiosa de Lorca, de la primera sesión privada de Tierra sin pan de Buñuel o de algún homenaje que la tertulia del desaparecido Baviera (en el lugar del Paseo que hoy ocupa una oficina de la Caja de Ahorros de la Inmaculada), germen de la revista, ofreció a alguno de sus miembros.

Mayor importancia tuvo la prosa poética en un momento en que la narrativa se aproximaba —por la vía de la imagen y la introspección— al clima de la lírica: testimonio de esto son los muy bellos textos de Juan Gil Albert («Invectiva de la mujer vana», núm. 5), Ricardo Gullón («Persecución de la quimera», id.), el inédito de Benjamín Jarnés «El profesor inútil» (núm. 6), Juan Lacomba («Evasión a Oriente», núm. 8), o las originales «Chilindrinas» que, a imitación de las greguerías ramonianas, ofrece Tomás Seral y Casas en el número 9. Un lugar aparte lo ocuparía la inflexión populista —tan típica del momento político— que es dable ver en el texto de Marín Sancho, «La tía Chorla y la tía Candila, poetisas del Bajo Aragón» (núm. 3) y el de José Berruezo, «Estampas de la Ribera de Navarra: el trasnocho de la Choya» (núm. 4).

La poesía se lleva, con larga diferencia, la parte del león en las entregas de Noreste y aún diría que se puede levantar, al hilo de sus destacados colaboradores, una topografía de tendencias en la lírica española de los treinta. Así, por ejemplo, si en los escritores locales Tomás Seral y Raimundo Gaspar es perceptible un imaginismo humorístico y funambulesco que se reclama del magisterio de Gómez de la Serna y que recuerda a un poeta como el argentino Oliverio Girondo, en Ildefonso Manuel Gil (números 1 y 6) o en Antonio Cano (núm. 1) se marca la transición hacia una poesía «rehumanizada», que es la tónica de buena parte de las colaboraciones foráneas: tales las de Pedro Pérez Clotet (números 2 y 4), Antonio Sánchez Barbudo (núm. 5), Enrique Azcoaga (núm. 6), Antonio Oliver Belmás (números 5 y 7) o Leopoldo Panero (núm. 8). (No se olvide que la publicación entre 1934 y 1936 de los primeros libros de Luis Rosales, Germán Bleiberg, Luis Felipe Vivanco, los Panero, Ildefonso Manuel Gil y Arturo Serrano Plaja determinó un cambio formal —cultivo del soneto y, en general, retorno a cierta retórica— y temático —autoanálisis, inquietud existencial— que formaría el desconocido sustrato de buena parte del angustiado mundo lírico de la postguerra).

Pero, posiblemente, son las dos últimas entregas de Noreste las que arrojan un más elevado índice de calidad. ¿Sabe acaso el joven universitario zaragozano que en el número de verano de 1935 (entrega 11) una revista zaragozana publicaba «Destino del hombre» de Vicente Aleixandre; «No es el amor quien muere...» de Luis Cernuda; «Poema» de Manuel Altolaguirre; «Paisaje de la multitud que vomita» (de Poeta en Nueva York) de García Lorca; «Mecánica del cielo» de Jorge Carrera Andrade; mientras que en la entrega siguiente se imprimían la «Casida de la rosa» de García Lorca, «Piedra» de Rogelio Buendía, «El presentado sin presentante» de Emeterio Gutiérrez Albelo? Acabaré el breve repaso de contenidos de Noreste con el simpático recuerdo del número 10 (íntegramente dedicado a poetisas y violentamente replicado en la valenciana Nueva Cultura por la reseñista Manuela Ballester) y con la sucinta mención de sus estupendos ilustradores en la época dorada del arte español de editar (Alfonso Buñuel, Pepe Caballero, Yves Tanguy, Javier Ciria, Pedro Sánchez, Josep Renau, Menchu Gal, Maruja Mallo, entre muchos otros).

Noreste murió en plena madurez, víctima de su condición de utopía: ni a aquel mundo en crisis lo iban a cambiar los poetas (y los poetas españoles eran de los mejores del mundo), ni un lujo tan caro como una revista poética había de sobrevivir en una ciudad como la nuestra. Quedaron, sin embargo, sus doce «carteles» para la nostalgia de quienes los hicieron y para lección de quienes hayan de venir a rescatarlos del olvido.

---

(1) Debo a la amabilidad de José Manuel Blecua el haber dispuesto de su colección de **Noreste** sin la que este trabajito descriptivo hubiera sido imposible.



La frustración en la construcción formal de "Crónica del Alba", de Ramón J. Sender



por JOAN EGEA

Es obvio que a R. J. Sender la contienda de 1936-39 le produjo —ha sucedido a todo intelectual sumergido en un conflicto bélico— un profundo trauma moral, psicológico y físico, al que se le añade en nuestro autor, situado del lado de los vencidos, una profunda frustración, acompañada a nivel de temática por las secuelas del sentimiento de «culpa y su expiación», (secuelas analizadas por J. C. Mainer en un artículo publicado en 1969) (1). Pero lo más interesante es observar cómo la frustración revierte a nivel formal en la construcción de la novela con la subsiguiente imposibilidad —o quizás incapacidad— por parte del autor para dar rienda suelta a la imaginación cuando los personajes creados rozan en edad, espacio y tiempo con datos concretos de la vida del escritor.

Tomemos una obra suya con base biográfica: Crónica del alba; en ella se novela la vida de Pepe Garcés, que es, en definitiva, la propia vida de Sender. Pepe es el segundo nombre y Garcés el segundo apellido de nuestro novelista (Ramón José Sender Garcés); pero pondremos en entredicho que tal obra sea la autobiografía, al menos de un modo total, del escritor. Desde un comienzo se advierte un amago cronológico que diferencia entre años la edad real de Sender con la de Pepe Garcés. Al principio de la serie Crónica del alba, se nos dice que Pepe cuenta en el campo de concentración con treinta y cinco años, en cambio Sender, nacido en 1901, debería contar en el momento de la retirada de las tropas republicanas hacia Francia con treinta y ocho años. Lo importante es que el amago llega a convertirse en lapsus temporal en la tercera novela de la serie, La «Quinta Julieta», donde se hace transcurrir toda la Primera Guerra Mundial (1914-18) en un solo verano.

Dicha obra, sin analizar a fondo la guerra civil (Sender no vivió todos sus pormenores hasta el final), sigue en definitiva la trayectoria de un segmento histórico y vital que va desde los albores del siglo hasta 1938, mientras que como novela arranca y finaliza en el mismo campo de concentración, un corto espacio de tiempo. Considerando la vida de Pepe Garcés como una acumulación de frustraciones (CF), el punto inicial (caída de Madrid y Levante en manos de las tropas del general Franco) como el término F_n, culminación de sus frustraciones, siendo su llegada al campo el término F_{n-1}, la novela estaría escrita imaginariamenae entre F_n y el punto final: la muerte, $\emptyset$. Desde F_n hasta $\emptyset$ la memoria pensante actúa de sustancia vital que le permite vivir, perdidas todas las esperanzas de volver al campo de batalla y seguir luchando por la causa republicana. Una vez haya terminado de escribir sus memorias, el personaje se abandona a la muerte. Podríamos formular la vida de Pepe así: $CF = (F_1, F_2, F_3 \ldots\ldots\ldots F_{n-1}, F_n) \rightarrow \emptyset$.

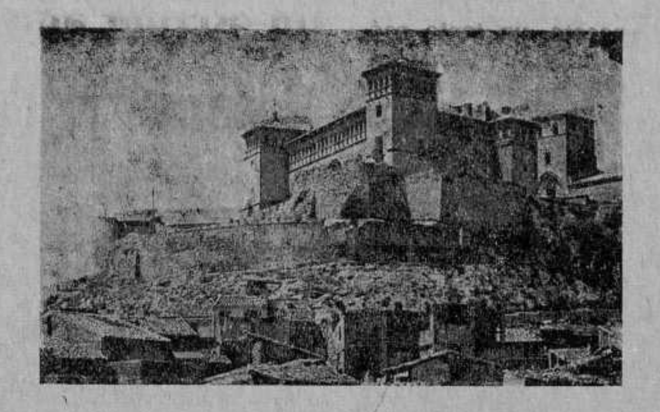
El estado anímico del hombre que, explícitamente, ante la derrota y la frustración total de sus deseos «se deja morir» de inanición porque su bando (el republicano) perdió la guerra, supondría que los términos anteriores a F_n y F_{n-1}, o sea F_{n-2} y F_{n-3} habían de propiciar el climax suficiente para que F_n implicara $\emptyset$. Sin embargo, en el tercero y último tomo de Crónica del alba el personaje se halla completamente distanciado del conflicto, situándose sobre el bien y sobre el mal de las atrocidades y el caos

de la guerra. «Es bueno en todo caso estar al lado de los que merecen vencer», exclamará Pepe (2).

La contradicción existente entre el hombre desolado hasta la situación límite en el campo de concentración (adelantada al principio del primer tomo) por la pérdida de la guerra y la actitud del mismo en el tercer tomo destruye la linealidad de la trama y descompensa la obra, subsumiendo al lector en el desconcierto. Sin lugar a dudas el tiempo real transcurrido entre la publicación de la primera novela de la serie y la escritura del tercer tomo, jugaron una mala pasada a un escritor que en el exilio sentía con creces la culpabilidad mencionada al principio del trabajo.

Por otro lado, en la primera novela de la serie, la propiamente llamada Crónica del alba, hallamos unos esquemas de acción y reacción vivos, diestramente cincelados de realismo y tonos líricos. Esquemas y tonos que se irán perdiendo a medida que Pepe ve frustrarse sus aspiraciones y se adentra en un mundo urbano que no puede comprender en su complejidad debido a la formación recibida; pasando al desdibujamiento de tales esquemas en el tomo segundo, a la difuminación del personaje en el tomo tercero ante la presencia de los Ramones, «alter - egos» de Sender, a la inclusión de la novela dentro de la novela (Cabrerizas Altas), a la desaparición total del personaje ante la presencia del escritor (Ramón Sender, sin más) en la novela y a la rotura total con la técnica realista adentrándose en el mundo de los simbolismos y las irónicas alegorías (que por otra parte han sido adecuadas para otras novelas). Pese a lo cual, todo ello podría hacernos suponer un nexo entre fondo y forma, lo cual significaría un acierto del escritor.





Ahora bien, si cotejamos la serie completa de Crónica del alba con El verdugo afable, también en cierto modo autobiográfica a la par que existencial y metafísica, notaremos que en la citada últimamente había incluido textos más o menos refundidos publicados con mayor extensión en Orden Público, Viaje a la aldea del crimen y La noche de las cien cabezas, correspondientes a la vida azarosa del escritor en Madrid. Para colmo de males Carole Adam había publicado un artículo en 1960 sobre la repetición de idéntico material en las obras de Sender (3). Así, un nuevo intento de auto - copia debía hacérsele, por buena o mala conciencia profesional, muy cuesta arriba, lo que explicaría la difuminación del personaje ante los Ramones en su épica madrileña de Crónica del alba, al hallarse frenado para crear situaciones nuevas.

Por el contrario, en El verdugo afable se halló con que el segmento biográfico correspondiente a su infancia lo había usado en la primera novela de Crónica del alba. (Observemos las fechas de publicación: 1942, Crónica del alba; 1952, El verdugo afable; 1954, Hipógrifo violento; 1957, La «Quinta Julieta»; 1960, El mancebo y los héroes, y el artículo de Carole Adam; en 1963, aparecen ya los dos tomos primeros de la serie Crónica del alba; y en 1966 una nueva edición española con los tres tomos completos). Gastados sus recursos existenciales de infancia y adolescencia, en El verdugo afable, o bien tenía que autoplagiarse de nuevo o crear, y aquí es donde su propia frustración en el proceso creador le indujo a «inspirarse» en una desconocida novela, Vida de Pedro Saputo, de un importante e insólito escritor aragonés del XIX, Braulio Foz. Mas, en 1959, Francisco Yndurain había de reeditar, por suerte para los estudiosos y lectores en general, la Vida de Pedro Saputo (4). En la edición inglesa de 1963 de El verdugo afable, Sender suprimió el pasaje correspondiente a la estancia en el colegio de Reus, ampliada en Hipógrifo violento, y uno de los pasajes pertenecientes a Vida de Pedro Saputo, la aventura del convento de monjas, por parecerle «casi un calco de un libro absurdo que circuló por Aragón en el siglo pasado», según el mismo Sender confirmó (5). No obstante ha dejado otros pasajes que constituyen el relleno del libro hasta la ida de Ramiro, el futuro verdugo, a Madrid, también inspirados en Vida de Pedro Saputo.

De cualquier forma su autorrepetición, su incapacidad para crear situaciones paralelas a otras vividas por Sender con gran intensidad, se enlazan con su faceta de escritor prolijo y poco aficionado a las correcciones detenidas, a quien en este momento pediríamos, aunque no venga a cuento, una nueva edición de su primera novela, Imán, documento literario de suma importancia dentro de su obra total.

JOAN EGEA

---

(1) José Carlos Mainer, «La culpa y su expiación: dos imágenes en las novelas de Ramón Sender», **Papeles de Son Armadans,** n.º CLXI, agosto de 1969, páginas 117-132.

(2) Ramón J. Sender, **Crónica del alba,** Alianza Editorial, Madrid, 1968, tomo III, pág. 454.

(3) Carole Adam, «The Re-use of identical plot material in some of the novels of Ramón J. Sender», **Hispania,** septiembre, 1960, pág. 349.

(4) Braulio Foz, **Vida de Pedro Saputo,** Edit. Cesaraugustana II, Zaragoza, 1959. (Se incluye un estudio sobre la obra del autor a cargo de Francisco Ynduráin). En breve tiempo aparecerá una nueva edición más amplia de la barcelonesa Edit. Laia, con un prólogo de Sergio Beser y un estudio de Ynduráin.

(5) Ramón J. Sender, carta a Marcelino C. Peñuelas. Cf: Marcelino C. Peñuelas, **La obra narrativa de Ramón J. Sender,** Edit. Gredos, Madrid, 1971, pág. 168.

Un escritor aragonés todavía ignorado:

Reivindicación de José R. Arana

por SANTOS SANZ VILLANUEVA

Hace ya algún tiempo que comenzó el rescate, un tanto caótico, bien es cierto, de la narrativa española en el exilio y buena parte de sus componentes —al menos en porción considerable de su obra— circulan ya entre nosotros con cierta holgura. Por citar nombres de todos conocidos: Sender, Max Aub, Andújar, Serrano Poncela, Salazar, Ayala, Chacel, Bartra... Pero en esta operación —en la que no hay que olvidar los aspectos comerciales— ha faltado por lo menos un nombre del que prácticamente nadie ha hablado, José Ramón Arana, poeta, ensayista y narrador no muy fecundo pero de una vibración y autenticidad difícilmente encontrables en nuestra literatura reciente (juicio limitado por mi conocimiento fragmentario de su obra, aparte de la cual me ha sido imposible acceder). Algo de esto viene a remediar la reciente edición de **Can Girona** (Al - Borak, Madrid, 1972).

LA PERSONA

José Ramón Arana, completamente desconocido en su tierra natal, es aragonés. Se crió «en tierras de Aragón, cerca del Ebro, pero con hondas raíces en los secanos monegrinos» según él mismo dice en las **Cartas a las nuevas generaciones españolas** (México, 1968). De comienzos de 1972 es un poema suyo inédito que nos da idea del talante de un hombre que en el momento presente, tras una vida de inseguridad y sufrimientos, siente con esta lucidez:

Mis ojos son tan viejos
que han visto derrumbarse
el mundo de mi infancia
y brotar este mundo.

Mira y dime si queda
recuerdo, huella, sombra,
del hombre que se erguía
difícilmente humano.

Si algo queda es posible
que amanezca de nuevo.

Su infancia, «dura, pero en modo alguno amarga» (dicen sus **Cartas**...) se vio marcada por la pedagogía de los «palmetazos sobre las yemas de los dedos». Su padre, maestro rural, murió pronto y a los doce años Arana se traslada a Zaragoza, donde empieza a trabajar en una imprenta y después en un comercio, en fábricas, talleres y oficinas. Historia que se repite después en Barcelona, ciudad que deja para volver a Zaragoza, junto a su madre. De parte de ello nos da noticia **Can Girona**. Y también de su intenso gusto por el toreo, aunque no pasó de un par de temporadas de capeas, incluido un puntazo corrido que le dio «la Chorreada», una vaquilla «que sabía latín».

De nuevo en Zaragoza, la República, la guerra, la huida a Francia, el campo de concentración, diversos lugares americanos y por fin México. «Y —dicen también sus **Cartas**— en la Nueva España preguntas y respuestas que generaban otras, pensar y repensar a la vieja España, más allá de cualquier clase de rencor y de lugares comunes». En México realiza parte de su obra y participa en empresas culturales, como la fundación con Manuel Andújar de **Las Españas**, revista que algún día habrá que estudiar a fondo y de la que todavía están por descubrir algunos nombres importantes.

LA OBRA

La producción de José Ramón Arana es breve y de ella hasta ahora sólo se había editado en España un relato, «El sueño de Cervantes», recogido por Rafael Conte en sus **Narraciones de la España desterrada.** Tres libros de versos: **Mar del Norte, Mar Negro** (1938), **Ancla** (1941) y **A tu sombra lejana** (1942). Los de ensayo —además de las ya mencionadas **Cartas**...— **Antonio Machado y Pablo Casals** (1957), **Eshora de España** (1962) y **De pereza mental** (1967). También un estudio del Quijote, aún no terminado y que por lo que se puede deducir del relato publicado por Conte puede ser una de esas auténticamente sugestivas —aunque discutibles— interpretaciones del inmortal e inagotable caballero. Y premeditadamente he dejado para último lugar su novela breve **El cura de Almuniaced** y la más extensa **Can Girona.**

El cura de Almuniaced —que todavía no puede ser conocida aquí, lamentablemente— se publica en 1950 en compañía de otros cuatro relatos entre los que destaca **El misterio de Alexis Zucolín,** uno de los ejemplos más interesantes que yo conozco del doble en literatura, próximo a algunas cosas de Cortazar. Se trata de un librito de un centenar de páginas y a pesar de su brevedad es una de esas piezas que justifican por sí solas la permanencia de un escritor. Estoy seguro de que el día que pueda ser apreciada va a causar una verdadera sorpresa por la madurez de pensamiento y técnica.

El cura de Almuniaced narra la historia de un cura rural en los primeros días de la guerra civil, la presencia en el pueblo de tropas anarquistas y después del ejército nacional y la muerte del cura (que tantas otras había evitado) a manos de un soldado moro. Y en medio los diálogos y discusiones con don Jerónimo, el médico del pueblo, en una especie de desdoblamiento que configura a modo de una unidad dramática que se reparte dos concepciones vitales y trascendentes opuestas pero en el fondo unitarias. Es como si Arana hubiera tratado de hacer una oposición religiosidad/ateísmo, pero que en el fondo sólo explica dos aspectos del comportamiento humano, unidos por idéntico temple, que es lo que en resumidas cuentas queda y, por lo tanto, vale.

Pero lo más importante de este libro es su planteamiento vital, profundo y humano de una tragedia histórica que comporta una sinrazón humana. Y todavía más la lucidez con que el problema está planteado, pues lejos de Arana cualquier simplificación. A pesar del temperamento violento, vehemente del protagonista, el autor ha sabido matizar la actuación del evangélico personaje de manera que la verdad no quede monopolizada en ningún sentido. Y lo asombroso es cómo Arana ha sabido distanciarse, «objetivarse» y, siendo un escritor comprometido, nadie puede dudar de ello, y persona apasionada, ha sabido crear una «historia» donde el protagonista se mueve por unos auténticos principios interiores, reacciones propias aunque estén motivadas por las «circunstancias» trágicas. La columna anarquista salva al sacerdote porque «es de ellos», la columna nacional cuelga en el Cristo de la Iglesia un letrero que adscribe a Dios a su parte (otro Inri, pensará el sacerdote).

Pero Mosén Jacinto y lo que representa no es ni de uno ni de otro. El es un alma buena, en el buen sentido de la palabra, y rehago a Machado porque el mismo Arana ha utilizado con frecuencia textos de don Antonio.

Esta lección de objetividad me parece muy importante (y cobra realce si la observamos en la óptica de 1950, en que aparece el libro) porque plantea un conflicto histórico, si bien inserto en un problema humano, sin ningún tipo de maniqueísmo. Lo que además se corresponde con un deliberado planteamiento del autor, puesto que el mismo Arana escribe: «La tragedia española, incomprensible para muchos dentro y fuera de España, tiene explicación lógica, clarísima, allí donde convergen todos los factores que determinan su estallido, en el hombre español arrastrando las consecuencias de una serie multisecular de dejaciones, de errores y de culpas a todas luces colectivos». El hecho de que sea este personaje africano el que asesine al cura no implica forzosamente una toma de posición política, sino que literariamente es una de las posibles soluciones exigidas por el argumento, en la que actúa de forma decisiva en el final trágico la dificultad de comprensión debida al mal conocimiento del castellano por parte del soldado.

El sentido final de la muerte del sacerdote puede encerrar, sin embargo, una tesis de deserción en algún modo peligrosa. ¿Es que el héroe portador de valores que a nosotros se nos aparecen como auténticos ha de sucumbir? Entonces el mundo queda arrojado a la ley del más fuerte, a disposición de la arbitrariedad o la barbarie. Pero tal vez no sea la lección de Arana, sino la de que sólo en un sentido cristiano y humanitario puede salvarse el mundo y el hombre. Sólo el respeto a la persona y la justicia harán posible una convivencia fecunda socialmente. Y he dicho lección porque en el fondo de Arana lo que queda es un severo moralista, tal vez demasiado sentimentalmente apegado a la «condición humana». Y no deja de ser curioso y sintomático que este tono eticista aparezca con cierta frecuencia en la narrativa del exilio. Y curioso también que la tragedia esté filtrada a través de la conciencia de un sacerdote, lo mismo que ocurre en otra pequeña obra maestra de nuestra literatura reciente, **Requiem por un campesino español**, del también aragonés Ramón J. Sender, titulada en su primera edición **Mosén Millán**. Y desde luego el cura de Arana es deliciosamente postconciliar, «avant la lettre».

josé ramón arana

can girona

por el desván de los recuerdos

al-borak

Can Girona, la única obra extensa de Arana que ahora llega a España, primera de una serie de recuerdos, es, si se quiere, una novela, a pesar del declarado contenido autobiográfico (José Ramón se llama el protagonista) que ya aparece en el mismo subtítulo: **Por el desván de los recuerdos.** Aparte de los valores testimoniales históricos y personales que posee, tiene también un notable interés estilístico. **Can Girona** es ni más ni menos que la historia de unos hombres, de parte de los trabajadores de una factoría barcelonesa. No es que lo argumental carezca de interés —son cosas cotidianas, de poco relieve, las que suceden, aunque nada más novelesco que la vida corriente—, pero lo fundamental del libro está en su tono moral. De hecho es una épica del hombre y el trabajo, pero una épica rebajada por todas partes, puesta a ras de tierra y, por lo mismo, más impresionante. No hay grandes proyectos vitales y en consonancia el estilo es entrecortado, directo, popular, de una viveza y expresividad extraordinarias. Fue Ignacio Aldecoa el que refiriéndose a sí mismo hablaba de «la épica de los pequeños oficios» y eso es exactamente el libro de Arana (aparte de que a nivel de tratamiento de tema recuerde también al alavés, lo que no quiere decir que haya la más mínima influencia).

Los protagonistas de **Can Girona** son hombres de una gran reciedumbre y humanidad; son hombres en los que vemos latir la vida y que además soportan, sin que haya el menor asomo de simbolización porque antes que otra cosa son personas de carne y hueso, los conflictos sociales de los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera. Y todo ello desde una narración en primera persona, lineal, con algunos pequeños «flash backs». A través de la obra se vuelve a recomponer el mundo de Arana y su contemplación eticista y moral, y por qué no didáctica, del hombre. Entre sus valores hay que señalar lo lejos que se encuentra el autor de una literatura social de vía estrecha —tan al uso entre nosotros en fechas bien recientes— cuando tanto se prestaba el tema para ello, ya que lo que fundamentalmente se encuentra es la nobleza del trabajo, sin que por ello falten algunas bien dosificadas quejas contra la explotación del obrero, el riesgo del trabajo... Y junto a ello un «corpus» de ideas: la libertad como bien supremo, el apego a la tierra (quizás un tanto sentimentaloide), la caridad, una concepción vitalista de la persona. Y todo esto no como tales ideas, añadidas, sino perfectamente integradas en la narración y encarnadas en los protagonistas.

Y lo que a lo largo del libro se convierte en auténtico «leit motiv»: la confianza en la naturaleza humana y la declaración tajante y sin reservas de la bondad natural del hombre: «Me canso de decir que en este mundo hay más gente buena de lo que parece...», «hay gente buena, ¡ya lo creo que hay gente buena!», «la gente de trabajo es buena»..., y otras muchas citas que se podrían añadir. Pero no sólo los trabajadores son buenos, sino que lo resulta el capataz de la fábrica en contra de una larguísima serie de capataces que en la novelística de nuestro siglo han venido representando la encarnación de mal en contraste violento con la ingenuidad y bondad del pobre trabajador al que martiriza. Y precisamente aquí es donde el libro presenta la mayor dificultad a nivel ideológico, porque aunque Arana no caiga en el maniqueísmo buenos/malos, cae en otro tanto o más peligroso: todos somos absolutamente buenos. La realidad nos dice que no es así. Aunque también puede suceder que lo que en el libro parece una afirmación sea sólo una aspiración e incluso un acto de fe en la naturaleza humana. Por eso la presencia de Schopenhauer en la obra tiene tanta importancia.

Con **Can Girona,** Arana se da a conocer a «su» público. Creo que no es su mejor obra —particularmente hubiera preferido una edición de **El cura de Almuniaced**—, pero sí es un primer paso para el conocimiento de un novelista importante.

DOS FILOLOGOS ARAGONESES

por Ignacio Prat

En un trabajo relativamente reciente (*Sobre el rigor poético en España*, Discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, B., 1969), ordenaba José Manuel Blecua los principales puntos en los que se ha centrado, a lo largo de más de treinta años, su labor de editor y crítico de la poesía española. De ese texto de circunstancias entresacamos las líneas siguientes: «De su estudio pudo deducir el gran maestro don Ramón Menéndez Pidal algunos de los caracteres permanentes más notables de nuestra historia literaria, como la tendencia al anonimismo, la presencia de lo colectivo y el gusto por lo popular, bien perceptibles en la literatura castellana, pero también en la gallega y en la catalana... Pero creo que no se han deducido otras notas, muy interesantes también, como la actitud del escritor frente a su propia creación o frente a la literatura en general, o a la sociedad, y, en cambio, más de una vez, se ha hecho hincapié en una supuesta característica, bastante falsa: la famosa *improvisación española*". Como nota diferenciadora de lo español, al mito de la improvisación se añaden, según Blecua, otros rasgos mejor advertidos, entre ellos el desdén de los autores hacia la trasmisión impresa de su obra (no tópico sino realidad perfectamente documentada desde el Arcipreste de Hita a García Lorca), la resultante carencia de textos no corruptos o atribuidos a la ligera y, en último plano, el telón de fondo simplificador sobre el pasado, hasta el más inmediato, ha descorrido la historiografía literaria moderna (lo que prueban con datos abrumadores, en la misma línea de las preocupaciones de Blecua —por ello hacemos la cita—, las 57 páginas del folleto *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII* [Valencia, 1968], de A. Rodríguez-Moñino). Las conocidas fricciones entre autoridad civil y religiosa y la actividad literaria agravan el cuadro y exigen a editores, estudiosos y simples lectores esfuerzos esclarecedores parecidos y mancomunados.

Resulta ocioso señalar aquí el papel fundamental que ha correspondido a José Manuel Blecua en el enderezamiento de estas perspectivas, en sus tres aspectos de pedagogo, crítico y editor de textos (principalmente poéticos). La lista de sus trabajos editoriales se inicia en 1940, con la publicación, en Valencia, de las *Poesías* de L. Barahona de Soto, y termina, por el momento (aunque ya se anuncian ediciones de Herrero y de los Argensola, esta última procedente de una anterior versión de las *Rimas* de los hermanos [Zaragoza, 1950-51]), con la monumnetal *Obra poética* de F. de Quevedo (I-IV, Madrid, 1969-72), que viene a ofrecer, por vez primera, lecturas fidedignas de las poesías de don Francisco, de trasmisión tan enmarañada y apasionante como el resto de su obra, en otros aspectos más concretos ya reconstruida por eruditos como F. Lázaro, J. O. Crosby y L. López Grijera. (A la gran edición crítica en cuatro tomos precedió un volumen más manejable, titulado, significativamente, *Poesía original* [Barcelona, 1963 y 1968]. Entre las fechas de 1940 y 1972 —y sin olvidar las útiles antologías *Los pájaros en la poesía española* (Madrid, 1941), *Las flores en la poesía española* (Madrid, 1944), *El mar en la poesía española* (Madrid, 1945), *Antología de la poesía española. Poesía de tipo tradicional* (Madrid, 1955; en colaboración con Dámaso Alonso) y *Floresta de lírica española* (Madrid, 1957)—; espigamos otros títulos correspondientes a ediciones del período clásico: Juan de Mena, *El Laberinto de Fortuna* (Madrid, Clás. cast., núm. 119), Lope de Vega, *El caballero de Olmedo* (Zaragoza, 1943). *Cancionero de 1628* (Madrid, 1945). *Poesías varias de grandes ingenios españoles recogidas por Joseph Alfay* (Zaragoza, 1946), Fernando de Herrera, *Rimas inéditas* (Madrid, 1948), «Dos nuevos sonetos de Herrera» (RFE, XXXIII), «Poemas juveniles de Paravicino» (*ibid.*), las *Rimas* de los Argensola, ya citadas. «Un nuevo soneto atribuido a Cervantes y un romance del Conde de Lemos» (BRAE, XXVII), Don Juan Manuel, *Libro Infinido y Tractado de la Asunción de la Virgen María* (Granada, 1952), *Laberinto amoroso de los mejores y mas nueuos Romances... por J. de Chen* (Valencia, 1953), Quevedo, *Lágrimas de Hieremías castellanas* (Madrid, 1953; en colaboración con E. M. Wilson), «Poemas menores de Gutierre de Cetina» (*Estudios dedicados a M. Pidal*, 1954), «Otros poemas inéditos de Gutierre de Cetina» (NRFH, IX), Lope de Vega, *La Dorotea* (Madrid, 1955), «Versos nuevos de Fernández de Heredia» (*Homenaje a A. de Canellas*, Zaragoza, 1969), Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor* (Madrid, 1969), Lope de Vega, *Obra poética*, I (Barcelona, 1969). Una selección de los más imprescindibles ensayos de Blecua sobre temas de los siglos XVI y XVII la constituye el reciente volumen *Sobre poesía de la Edad de Oro* (Madrid, 1970).

Por urgente que quiera ser este repaso bibliográfico, debe recordarse también el interés de Blecua por la poesía castellana moderna y —sin oposición a su teoría sobre la época clásica— la atención casi solitaria que ha prestado a la trasmisión de textos poéticos contemporáneos. Pensamos ahora en su edición crítica —esto es, con las mismas exigencias que reclaman un Lope o un Quevedo— del segundo *Cántico* de Jorge Guillén (Barcelona, 1970), empresa —son palabras del editor— «única, o casi única, en la historia de la poesía europea contemporánea». Y puede recordarse aquí —ensayando una búsqueda de afinidades— que tanto la teoría como la práctica poética de Guillén contradicen a ese fantasma del poeta improvisador que cruza por manuales y monografías sobre el carácter nacional. (Ya el estudio incluido en *La poesía de Jorge Guillén* [Zaragoza, 1949] inauguraba la comparación de las diversas ediciones del *Cántico* guilleniano).

Si Blecua «ha puesto en limpio» a autores como Quevedo, Herrera o los Argensola (no conocemos otro género de disciplina humanística peor pagado y que exija tanta humildad) y ha contribuido a deshacer el mito de la falta de profesionalidad de nues-

tros literatos, también ha dado —y sigue dando— lección directa de responsabilidad y competencia en su cátedra universitaria. Sus antiguos alumnos del Instituto de Zaragoza o de la Universidad de Barcelona, recordarán sin duda el aforismo machadiano, tantas veces por él repetido en clase —y que tan a propósito cuadra a su propia labor de crítico atento y editor minucioso—, según el cual «el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas.»

* * *



Como en José Manuel Blecua, de quien fue discípulo, en Fernando Lázaro (académico de la Española desde junio de 1972) se conjugan las personalidades del investigador y del pedagogo. Es abundante la bibliografía de Lázaro dedicada a poner al alcance del estudiante un panorama de los problemas lingüísticos y literarios que no excluya, con oportunidad metodológica, las aportaciones de más actualidad. Nos referimos a sus ediciones escolares y libros de texto para el Bachillerato, a su *Diccionario de términos filológicos* (1953), a *Cómo se comenta un texto literario* (1957); en colaboración con E. Correa Calderón), pero también al recién aparecido manual *Lengua española: historia, teoría, práctica* (1971), que introduce en los estudios preuniversitarios las últimas corrientes de análisis lingüístico y textual, desde el estructuralismo europeo y el formalismo ruso a Noam Chomsky.

De la dedicación de Lázaro a la historia del idioma pueden dar fe, entre otros, estos títulos que enumeramos sin fechar: *El habla de Magallón, F h ¿fenómeno ibérico o romance?*, su tesis de doctorado *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII, Consonantes antihiáticas en español?, El problema del artículo en español, Una lanza por Bello* y *La lingüística norteamericana y los estudios literarios.*

Aunque como historiador de nuestra literatura ha aportado descubrimientos y precisiones sin discriminación de épocas —citamos sólo algunos de sus trabajos: *Los amores de don Melón y doña Endrina* (1951), *Sobre la dificultad conceptista* (1956), *Sobre el 'modus interpretandi' alfonsí* (1961) o *Estilo barroco y personalidad creadora* (1966)—, Lázaro merece especial atención como lopista y estudioso de la novela picaresca. Sobre Lope, aparte de los estudios incluidos en el libro *Estilo barroco,* acabado de mencionar, recordamos aquí la excelente *Introducción a su vida y obra* (1966), las notas *Lope, pastor robado* (1956) y *Cristo, pastor robado* 1971), la edición de *El villano en su rincón* y, finalmente, las adiciones a la *Vida* de Rennert y Castro, que contienen información bibliográfica reciente (1919-1968) sobre el Fénix. En torno a la novela picaresca, Lázaro es autor de un ensayo, breve pero definitivo, en método y agudeza, sobre la *Construcción y sentido del Lazarillo de Tormes* (1969), al que anteceden otras prospecciones sobre el tema: *La originalidad del 'Buscón'* (1961), *Tres historias de España* (1960), *La ficción autobiográfica en el Lazarillo de Tormes* (1968) y la conferencia *Para una revisión del concepto 'novela picaresca'* (1968). (En 1965, Lázaro editó *La vida del Buscón* aplicando, por vez primera en España, los criterios de la ecdótica neolachmanniana).

Desde su ya citada tesis doctoral, el siglo XVIII ha seguido interesando a Lázaro, también en su vertiente exclusivamente literaria. *La poesía lírica en España durante el siglo XVIII* (1956), *Significación cultural de Feijoo* (1960) e *Ignacio Luzán y el neoclasicismo* (1960) son prueba de este interés. Ultimamente ha aparecido el primer volumen de un *Teatro completo* (Barcelona, 1970) de L. F. de Moratín, donde se reúnen las comedias *El viejo y la niña* y *El sí de las niñas.*

El gran público es testigo desde hace poco de la competencia de Fernando Lázaro como crítico teatral: sus notas semanales en la *Gaceta Ilustrada* delatan al profundo conocedor del teatro medieval y lopesco, de Benavente, Unamuno, García Lorca, Bretch o Artaud. De 1956 y 1963 son, respectivamente, sus ensayos *Teatro y sociedad en España* y *Teatro y libertad,* donde se analiza la proyección social del arte dramático.

Terminamos esta bibliografía de urgencia con su discurso de ingreso en la Real Academia: *Crónica del diccionario de Autoridades* (1713-1740), que detalla la historia y anecdotario de la más recordada de las empresas de la institución.

PANORAMICA DE LA POESIA ARAGONESA (1940-1970)

por ROSENDO TELLO AINA



Se me pedía una panorámica de la poesía aragonesa que abarcara la década de los años 40. Confieso que, en principio, el encargo me halagó y lo acepté muy alegremente. Después, vista la dificultad de allegar materiales que me permitieran acometer con una mínima decencia la tarea de valorar una década para mí tan oscura —aunque tan rica embrionariamente para la poesía aragonesa—, se me concedió ampliar ese espacio temporal hasta nuestros días, haciendo especial hincapié en la década de los 50, forjadora de la que podría llamarse "época de plata" de nuestra poesía. Así esa panorámica perdía en intensión lo que ganaría en extensión, tan necesitada, incluso, para un aireo justo de la nómina de nuestros creadores.

Con todo, mi temor se acrecentó, dada la natural limitación que suponía para mí ser coprotagonista de algún modo de una época en que los árboles apenas si dejan ver el bosque. Además, porque este trabajo necesitaría una más atenta y diferida dedicación que cubriría los muchos huecos que quedarán sin llenar. Añadiré también que el concepto "poesía aragonesa" habré, por ahora, de circunscribirlo a la capital de Aragón, matriz de la que surgió el núcleo poético más relevante. En otra oportunidad mi atención se centrará en el tratamiento de todos aquellos poetas que por las causas que fueren, permanecen alejados de esta coordenada geográfica engullidora. Tendré, pues, que restringir el concepto genérico de lo aragonés a lo específico de lo zaragozano. Incluso de entre los vates zaragozanos más de alguno se me escapará, debido, quizá, a olvido o desconocimiento de su obra, por lo que ya de antemano pido perdón. La escasa información recibida, la dispersión de materiales y el exiguo tiempo de que he dispuesto para tan vasta empresa, sin contar con la limitada luz que proyecta un tiempo hoy en su fluir más hirviente, requerirían más de un colaborador, que, afortunadamente, ya está surgiendo.



Sentadas estas bases justificatorias, debería ceñirme al tiempo en que me tocó ser, como he dicho, coprotagonista de los hechos; es decir, al de los años que van del 55 en adelante. Pero, para que este trabajo resulte una verdadera panorámica, que es lo que por ahora me interesa, habré de ser un poco más ambicioso y dar, aunque borrosa, una idea de sus arranques y de la continuidad de una trayectoria cada día más fecunda. Un trabajo concienzudo tendría que ahondar en las condiciones sociopolíticas que movieron a sus protagonistas, analizar grupos y tendencias, publicaciones de libros y revistas, sus características esenciales, influencias, etc. Y, sobre todo, penetrar con claridad en el humus cultural del que se nutrieron. Pero quede tal pretensión para la consideración de cualquier sociólogo de los muchos que por ahí apuntan.

"Tuvimos la experiencia pero perdimos el sentido, y acercarse al sentido restaura la experiencia", dijo Eliot. He ahí la meta de un magnífico estudio: restaurar una experiencia inicial cuyo sentido ha ido y va enriqueciéndose con los años. El mundo artístico posee un orden ideal que es modificado cada vez que se le añade un nuevo elemento, y nuestro mundo artístico se modifica cada año. De ahí que haya que aceptar mis palabras como muy provisorias.



ALGUNOS ANTECEDENTES

He pensado muchas veces en lo que ha podido suponer para la cultura de nuestra ciudad la presencia de figuras tan importantes como Eugenio Frutos, Francisco Ynduráin y José Manuel Blecua, si nos ceñimos exclusivamente al terreno literario. Tengo entendido que alguien va a encargarse de valorar la labor de alguno de ellos. Quede aquí la constancia del deslumbramiento que en mí produjeron. Desde sus respectivas cátedras y en sus tan únicas como magistrales intervenciones públicas, yo empecé a respirar un aire distinto y su fecundo magisterio iba a poner un orden en mi vida literaria. Frente a la necia, insolvente y chabacana mitificación de toda desmitificación —vienen a ser términos casi literales de S. Espriu— valga esta confesión mía como homenaje de reconocimiento. De ellos aprendimos muchos y no está mal recordarlo aquí.

Ciñéndonos más al tema. Si desde los Argensola acá no ha dada Aragón poetas de talla, fenómeno que a tantos ha hecho meditar sobre la infertilidad creadora de nuestro suelo, tan pródigo, por otra parte, en erudición, la verdad es que la década de los 40 adquiere especial relieve: en ella se fragua ya la personalidad de I. M. Gil y empiezan a publicar M. Pinillos y M. Labordeta, los tres poetas aragoneses más representativos.

Gil publica sus primeros versos antes de la guerra civil. Así BO-

BRADORES (Madrid, 1931), LA VOZ CALIDA (Pen Colección, Madrid, 1934). "La vocación radicalmente lírica de Gil —dice Aguirre— no resultó destruida por la realidad de la postguerra. Se modifica su tonalidad, su temática, ciertamente, pero no el carácter sentimental de sus poemas". Libros suyos de los 40 son: POEMAS DE DOLOR ANTIGUO (Adonais, Madrid, 1945), HOMENAJE A GOYA (Pórtico, Zaragoza, 1946), DOS POEMAS (Ed. privada, Zaragoza, 1946) y EL CORAZON EN LOS LABIOS (Halcón, Valladolid, 1947). Véase cómo Gil llena casi toda esta década con una considerable e importante producción. El recuerdo es —y sigo citando a Aguirre— su centro, la melancolía, la suavidad emocional, la aceptación de "las cosas como son". En su poesía la guerra civil surge de vez en cuando, en recuerdos que son de hecho pesadillas. El "escape" de esta realidad se consigue mediante el retorno a la infancia, vuelve sus ojos a las cosas de su tierra, siempre contra el telón de fondo del recuerdo y de su soledad. Posteriormente la obra de nuestro poeta, sin perder las características apuntadas, cobrará tonos más agrios de crítica social, culminando su obra con ese bello libro, LUZ SONREIDA, GOYA, AMARGA LUZ (Fuendetodos, Zaragoza, 1972).

I. M. Gil es el primer poeta de talla tras la larga aridez monegrina de la poesía aragonesa. Miembro destacado de la llamada Generación del 36, es nuestro poeta mejor situado escalafónicamente (que nadie violente el término en dudosas connotaciones) en la historia de nuestras letras. Muy unido a Panero y Rosales, profesor hoy de una universidad estadounidense, crítico, ensayista, novelista, cofundador con Gullón en 1934 de la revista LITERATURA. Su obra es objeto de serio estudio.

En la misma década, y entre los años 40 y 41, aparece la revista del SEU "PROA", en la que intervienen como elementos destacados A. Serrano Montalvo, Ramos y Nasarre. En el 41 funciona la JOVEN ACADEMIA, nombre con que se bautiza a una tertulia presidida por Castro y Calvo, entonces profesor de la Universidad de Zaragoza. A ella acuden entre otros, aunque esporádicamente, Nasarre, Salarrullana y el entonces jovencísimo Labordeta. Se comentaban algunas obras, entre ellas CEMENTERIO MARINO, traducido por Jorge Guillén. Noticia muy sabrosa que bien pudiera tener que ver algo con el influjo patente de Valery en SUMIDO 25 de Labordeta.

En 1945 Zubiaurre y Nasarre lanzan el primer número de la revista PILAR, que codirigen. La revista abarca cuatro número y en ellos se incluyen colaboraciones muy importantes. Valgan, como botón de muestra, las de Aleixandre (el gran mentor de buena parte de la poesía aragonesa), D. Alonso, G. Diego, Pemán, Frutos, Ridruejo, Crémer, V. Gaos, Hierro, C. Conde, J. L. Cano, Morales, Nora, etc.

También en 1945, y en el número 8 de FANTASIA, publica E. Frutos LA SOMBRA DESVELADA. Frutos, aragonés por adopción, nace a la poesía modernista; pero A. Machado y J. Ramón serán sus principales maestros, sobre todo el J. Ramón de la SEGUNDA ANTOLOGIA, aunque —confiesa— sintiera especial predilección por Machado. Mantiene honda amistad con los componentes del 27 y colabora con ellos en la revista LITORAL. Frutos llega a Zaragoza como catedrático de Filosofía del Instituto "GOYA" y aplica su especialidad a profundos estudios sobre el fenómeno poético.

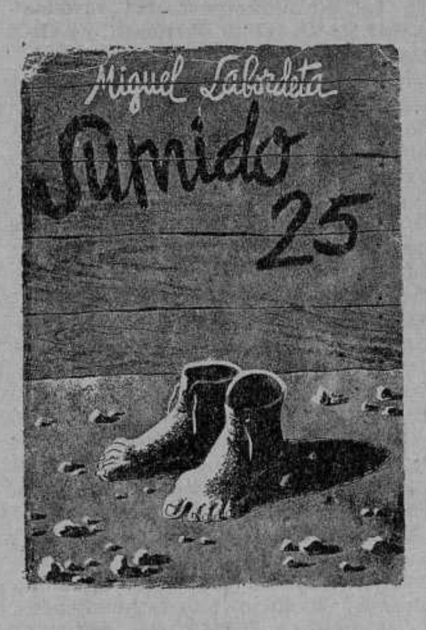
1948 es un año decisivo en nuestras letras. Aparece la revista DONCEL, dirigida por Serrano M. y constituye el arranque magnífico de dos grandes poetas: Manuel Pinillos con su libro A LA PUERTA DEL HOMBRE (Verbo, Alicante), título muy representativo de lo que va a ser su postura poética, y Miguel Labordeta con SUMIDO 25 (Zaragoza), libro formidable por su originalidad rabiosa y por su madurez. La producción de Labordeta continúa con VIOLENTO IDILICO (Cuadernos de poesía, Madrid, 1949) y TRANSEUNTE CENTRAL (Norte, San Sebastián, 1950). SUMIDO 25 situará a Labordeta a la cabeza de la poesía aragonesa y sus libros posteriores airean su nombre por el ámbito nacional. Entre los garcilasistas (GARCILASO, 1943) y los espadañistas (ESPADAÑA, 1944) se entabla una agria polémica que aún está esperando un estudio serio que acabe de una vez con un episodio desmesuradamente abultado. Labordeta, sin abdicar de su independencia, colabora con los segundos y hasta llega a dar algún artículo a Espadaña, tal el famoso aparecido en 1950 y en el número 47 con el título "Poesía revolucionaria". Para que el lector compruebe el templo de nuestro poeta y una línea que ha de ser constante en toda su obra, copio un fragmento que bien pudiera servir de manifiesto para nuestra poesía:

"Está haciendo mucha falta que nuestros poetas planten sus tiendas entre las cuatro esquinas de la estupidez burguesa o del analfabetismo plebeyo y eleven sus voces antiguas y futuras, como profetas que son, a través de la oscuridad multitudinaria y griten las verdades eternas del hombre de hoy al mundo entero sin contemplaciones. (...). Es preciso, pues, una poesía revolucionaria (incluso con las limitaciones que esta palabra, tan manida, tiene) y que ardientemente se encare con la terrible faceta contemporánea; con desparpajo, con desvergüenza santa, con rabia y amor y asco, y además, con esperanza; es la poesía de los hombres que hemos nacido entre declaraciones de guerra, campos de concentración, técnicas maravillosas, gorilismo deportivo y que, por añadidura, presentimos sobre nuestras espaldas otra nueva guerra de perspectivas catastróficas. (...) va sonando la hora de que los poetas opten entre los sucios harapos académicos y la autenticidad revolucionaria. Hartos de la reacción de postguerra civil, esperamos, pues, los grandes cantos representativos".

El texto es de lo más sugestivo. Un análisis detenido del mismo nos depararía grandes sorpresas y no pocas dificultades a la hora de encasillar al creador de la O.P.I. (inefable Oficina Poética Internacional). Señalemos una postura que habrá de influir en nuestra generación posterior.

LA GENERACION DE NIKE

Ignoro cuándo el café NIKE, situado en la calle del Requeté Aragonés y ya lastimosamente desapa-




(Foto: J. Alcón)

Yo no celebro las Vanidades, digo, las Navidades. Recibí tu felicitación convencional. ¿Ya no sabes escribir largo? Pero para tí, loco.
Un abrazo

Portada de la primera edición de Sumido 25, realizada por Mingote.

Nota de Edmundo de Ory a Miguel Labordeta.

recido, empezó a funcionar como cónclave y centro placentario donde se fraguó la escuela de poesía más representativa de Aragón, digna de figurar a a altura de los mejores grupos de la Península. Allí acudía, además de artistas notables ya, escritores de todos los géneros y tipos del más variopinto pelaje, un grupo de poetas de mérito indiscutible. Junto a Manuel Pinillos y Miguel Labordeta, y solicitados por el estímulo que sus figuras suponían, recordemos a G. Gúdel, F. Ferreró, J. I. Ciordia, R. Tello, E. Alfaro Gracia, J. A. Gómez, R. Salas, E. Gastón y J. A. Labordeta. Posteriormente vinieron a sumarse a estos nombres L. Gracia, B. L. de Blancas, J. M.ª Alfonso y M. Luesma. A todos se puede agrupar en una misma generación que yo he denominado "Generación de Niké". Creo, no obstante, que, además de todos los inconvenientes que quieran oponerse, si alguna distinción se puede establecer entre ellos, la más perceptible es la de la edad; entre el más viejo y el más joven median unos veinte años. Intentar, por otra parte, encuadrarlos dentro de las generaciones vigentes en el panorama nacional, no constituiría ningún problema según ese criterio. M. Pinillos y L. Gracia pueden pertenecer por su edad a la generación del 36; a la del 40, M. Labordeta, Gúdel, Blancas y Ferreró, y a la del 50, los restantes.



Hermanos Sopeña, Rotellar, Marín, Julio A. Gómez, Carnicero, Salas Cueto y Pinillos, en la tertulia de Niké.

Si nos atenemos a la temática, tropezaríamos con las mismas dificultades que cuentan para la clasificación de las promociones nacionales. Analizada la obra de cada uno de nuestros poetas, las dificultades para un encuadre se agravan, dado el carácter independiente de casi todos. Los poetas más definidos generacionalmente son Pinillos y M. Labordeta, que deben alistarse en la generación del 40, aunque salvando la diferencia de edad y de estética en el último, epígono originalísimo del surrealismo y avanzado, como rezagado, de las jóvenes tendencias. El problema, pues, de adscripción a una u otra generación nacional queda desbordado por el de una manifestación local particularísima, que, pese a múltiples divergencias, ha andado más unida de lo que a primera vista pudiera parecer. Quede, como tantas cosas, para un estudio sociológico la poca o nula repercusión de esta poesía en el área nacional. Confieso, con sinceridad, que este aspecto me interesa muy poco.

Edad y producción han andado y andan muy dispares. En este sentido nuestro suelo, como de costumbre, se halla sujeto a mil intolerancias de carácter y variaciones ecológicas. Lo veremos al final, pero apuntemos el caso de M. Labordeta, que publica tres obras sin interrupción y, después, pervive a duras penas, salvando un largo paréntesis de 17 años entre Epilírica y LOS SOLILOQUIOS. Pinillos es, sin duda, el poeta más constante desde que empieza: dieciocho libros sin contar los inéditos. Otras dos excepciones citaremos: la de Luesma y J. A. Labordeta.

Hecha esta necesaria aclaración, nos encontramos en las décadas de los 50 y 60. Concitados por los mayores, de la matriz de Niké irán surgiendo poetas de notable interés, tales como J. A. Rey del Corral, M. Anós, Villacampa, etc. A principios de los 50 aparecerán las revistas ALMENARA (1950, 4 núms. y ALCANDORA y ANSI (1952, 6 núms.), bajo la dirección de J. M.ª Aguirre, imparcial estudioso y crítico profundo de poesía, hoy profesor en Cardiff. En estas revistas colaboran Frutos, Aguirre, el futuro Celaya, Pinillos, L. de Luis, Labordeta, etc. OREJUDIN, simpática revista de poesía bajo la dirección de J. A. Labordeta, saldrá en 1958 y dará 6 números, más una colección de libros: ACERCA DE LO OSCURO, de F. Ferreró, 1958; SUCEDE EL PENSAMIENTO, de J. A. Labordeta, y ESE MURO SECRETO, ESE SILENCIO, de R. Tello, ambos de 1959; DEBAJO DEL CIELO y MEMORANDUM (Poética autología), de Pinillos y M. Labordeta, respectivamente, 1960. Por esos años aparece la colección COSO ARAGONES DEL INGENIO, codirigida por J. Mateo Blanco, A. Anguiano y E. Alfaro. Comprende diversas secciones, correspondiendo la de poesía a DEZIR, que editará: MANO ABIERTA, de E. Alfaro, 1959; DEBIL TRONCO QUERIDO, de Pinillos, 1959, y HACIA TU LLANTO AHOGADO, de F. Ferreró, 1960. También se anuncia en esta colección EL HOMBRE AMIGO MUNDO, de E. Gastón, todavía inédito.

PAPAGENO, de J. A. Gómez, de tan feliz cabalgada (1958), sólo editará dos números, dedicándose el segundo a la publicación, por primera vez, de la obra teatral de M. Labordeta, OFICINA DE HORIZONTE (1960). DESPACHO LITERARIO (de la O.P.I.), dirigida por M. Labordeta, aparece en 1961 y entregará tres números que comprenderán, además de su habitual espacio poético, ensayos de todo tipo. En 1962, bajo la dirección de G. Gúdel y L. Gracia, surge la revista POEMAS, dedicada exclusivamente a la poesía con una habitual sección de crítica a cargo de Pinillos. Sale cada dos meses y da a luz nueve números, tras los cuales desaparece y el nombre pervive en la colección de libros de poesía, ahora al cuidado y dirección de L. Gracia, ya sin interrupción, contando hasta fecha con catorce ejemplares.

Cualquier lector que haya tenido la paciencia de seguirme, habrá podido notar la efímera vida, salvo lo advertido, de todo intento de aglutinar a los componentes de esta proteica generación. Producida la diáspora tras la desaparición del Café Niké en los últimos años de la década del 60, la única colección que ha seguido en pie es la de POEMAS, gracias al tesón del benemérito Luciano, que ha dado cabida en su colección fundamentalmente a escritores locales, al contrario de lo que ocurrirá con la reciente colección FUENDETODOS, en la que se echa en falta una eficaz participación de la poesía aragonesa: cinco ejemplares tan sólo. Desaparecida la enorme personalidad aglutinadora de M. Labordeta, fallecido en el 69, la poesía aragonesa se encierra en casa, salvo fugaces encuentros personales, y nos permite contemplar una espléndida cosecha de lo que fuera una siembra prometedora.

OBRAS

Permítame el sufrido lector algunas repeticiones. En la década de los 40, aparte de la obra de I. M. Gil y de Frutos, la poesía de mayor influjo arrancará de los libros de M. Labordeta, SUMIDO 25 y VIOLENTO IDILICO. Condiciones extrapoéticas hicieron que su poesía, nacida con tanta originalidad, pero alejada por su estética de los grupos nacionales imperantes, no fuera valorada como merecía, si salvamos la admiración que siempre despertó en su tierra. Porque en Aragón esta poesía, avalada por la atrayente personalidad de su autor, iba a ser, en buena medida, el arranque magnífico de una escuela a la que imprimiría su particular impronta. La muerte del poeta ha conseguido que su obra empiece a ser reconocida y ha acaparado una atención justa. Pero no debemos olvidar, por más que su obra aún esté en marcha, la ingente producción de M. Pinillos, quien ostenta títulos muy meritorios para ser llamado también padre de este despertar poético de nuestra tierra. Pinillos publicará en 1948 su primer libro, A LA PUERTA DEL HOMBRE. Tardará tres años —que yo sepa— en aparecer su segundo libro. Labordeta publicará su tercer libro en 1960, TRANSEUNTE CENTRAL; EPILIRICA se escribirá entre 1951 y 1953, aunque dormirá diez años antes de aparecer (1961). Ese mismo año se reanuda ya inin-



Revista de los años 50, fundada por Aguirre, Derqui, Labordeta, Lamana y Uriel.

terrumpidamente la labor de Pinillos y los dos poetas vienen a significar los pilares sobre los que se asentarán las bases de la poesía posterior. Es curioso comprobar cómo, aunque el estilo y la personalidad de los dos difieren tanto, en mucho se parecen: la torrencialidad de sus versos y similares influjos. Y en algo más que muchos parecen haber olvidado: en ser dos de los poetas más interesantes de la postguerra; sin duda a la altura en calidad de los diez mejores, en lo que coincido con Aguirre.

Surrealismo y existencialismo —no se olvide que D. Alonso, que tanto pesa en aquella década de los 40, publica su libro, HIJOS DE LA IRA, en 1944, y en el mismo año V. Aleixandre su SOMBRA DEL PARAISO— son los arcos en que se apoya la obra de nuestros dos máximos creadores. Con ellos nos llegará la influencia de los poetas surrealistas franceses e hispánicos. Así POETA EN NUEVA YORK, de Lorca; la poesía de Aleixandre, de tan fértil arraigo aquí; de Vallejo; del Neruda de RESIDENCIA EN LA TIERRA, fundamentalmente, etc. En este sentido es de lamentar el escaso o nulo predicamento, como en toda la Península, de un poeta de tan hondos quilates, L. Cernuda. Más explicable veo la ausencia de eco, frente al tremendismo del momento, de la obra de contención de un J. Ramón, Guillén, Salinas o un G. Diego, alguno de los cuales repercutirán más tardiamente, sobre todo en poetas jóvenes. Casi toda nuestra juventud se sentirá identificada —la circunstancia histórica se impone— con ese desmelenamiento labordetiano que halla en el surrealismo su cauce mejor para expresar su inconformismo e independiencia celtibérica o su "desvergüenza santa" en el dicterio feroz, o en el existencialismo, que tan bien se compenetra con una visión conceptista-pesimista de lo aragones.

Torrencialismo, digo, e irrefrenable anarquismo en la poda de los versos de M. Pinillos, por más que difícilmente hallemos en ellos esa propensión epatante a veces y siempre revulsiva de Labordeta. Por otra parte, hay que ver en Pinillos a un poeta más holgadamente inmerso en la poesía social, que, como se sabe, empieza a consolidarse en la década de los 50, fecha en la que cristaliza la producción de Pinillos. Véanse, si no, títulos como SENTADO SOBRE EL SUELO (1951), DEMASIADOS ANGELES (1951), TIERRA DE NADIE (1952), DE HOMBRE A HOMBRE (Premio "Ciudad de Barcelona", 1952), hasta culminar con ese extraordinario libro, LA MUERTE O LA VIDA (1955). La obra de Pinillos, aún contando con un estudio tan profundo como el que le dedica Frutos, está pidiendo a gritos otro más abarcador. Personalmente creo que una antología, escrupulosamente realizada, situaría, a nuestro autor en el lugar que con tanta justicia está mereciendo.

De finales de 1950 arranca la producción de los miembros más avanzados de la generación subsiguiente. La colección OREJUDIN va a la cabeza con títulos como ACERCA DE LO OSCURO (1958), de F. Ferreró; SUCEDE EL PENSAMIENTO, de J. A. Labordeta, y ESE MURO SECRETO, ESE SILENCIO, de R. Tello (1959), MANO ABIERTA (Coso Aragonés), de E. Alfaro (1959); CONTRA EL AIRE, VIENTO DIARIO, TERMINO DEL AIRE, tres fascículos de G. Gúdel (Imprenta Pignatelli), escritos en 1952, publicados en 1959.

De 1960 data el primer libro de J. A. Gómez, AL OESTE DEL LAGO KIVU LOS GORILAS SE SUICIDABAN EN MANADAS NUMEROSISIMAS (Zaragoza); DEBAJO DEL CIELO (Orejudín), de M. Pinillos; MEMORANDUM, la primera antología de Miguel. Su EPILIRICA —ya lo hemos dicho— se publicará en 1961 (Alrededor de la mesa, Bilbao). Mucho me ha hecho pensar el hecho de que Miguel tardara tanto tiempo en dar a la imprenta una obra que algunos han juzgado capital dentro de su producción. El mismo autor parece vencer algún escrúpulo al entregarla. Hablando de sus versos dice: "que se defiendan y se ganen la vida, que ya son mayorcitos y resultan molestos en casa". ¿Cómo una obra de tan terrible alegato social, de tan feroz golpeteo en el clima del momento pudo tardar tanto en aparecer? ¿No buscaba ya Labordeta nuevos caminos, harta de tanto pedestrismo temático? Así me lo dijo y, aunque extraordinaria, no dudé en calificar de parentética esta obra dentro de su producción.

También 1960 es la fecha de aparición de la segunda obra de Ferreró, HACIA TU LLANTO AHOGADO (Coso Aragonés). Pinillos lanza tres libros en 1962: EN CORRAL AJENO (Bilbao), AUN QUEDA SOL EN LOS VERANOS (La isla de los ratones, Santander y ESPERAR NO ES UN SUEÑO (Rocamador, Palencia). La Colección POEMAS editará NADA ES DEL TODO en 1963, de Pinillos, y ATARDECER SIN MI, del mismo autor, saldrá a la luz en 1964 (ADARCE), fecha en la que irrumpe en nuestras letras un poeta jovencísimo, J. A. Rey del Corral, con POEMAS DE LA INCOMUNICACION en la colección P O E M A S, donde publica por primera vez Luesma su libro SOLO CIRCUNFERENCIA (1965) a sus 36 años. J. A. Labordeta, después de 6 años de silencio, entrega LAS SONATAS en 1965 también. En la misma colección POEMAS hace su aparición otro joven poeta, M. Anós, con su obra POEMAS HABITABLES, de claro influjo juanramoniano (de 1966), fecha de POEMAS EN VOZ BAJA (EL BARDO), de Luesma, que va a seguir una marcha ya segura. En EL BARDO aparecerá la 2.ª antología de M. Labordeta, PUNTO Y APARTE (1967), un clarinazo de atención hacia su obra gracias al esfuerzo y al inteligente cuidado de J. Batlló. En 1968 aparece un folletito de L. Gracia, COMO UNA PROFECIA, y el mismo año VIENTO Y MAREA (El toro de barro, Cuenca), de Pinillos, y LAS TRILOGIAS (Carabela, Barcelona), de Luesma.

1969 es otra fecha clave de nuestras letras. Se crea el Premio "San Jorge" de Poesía por la Institución "Fernando el Católico". El primer premio corresponde al libro FABULA DEL TIEMPO, de R. Tello, inaugurándose una digna colección que engrosarán otros premios: EGLOGA NUEVA DE LA TIERRA PROPIA (1970), de G. Gúdel; POEMAS (1971), que recoge dos libros de J. J. EIROA; EN EL LENTO MORIR DEL PLANETA (1972), de Luesma, etcétera. En 1969 aparece la Editorial JAVALAMBRE, creada por el malogrado escritor E. Validivia; la sección de poesía queda encomendada a la vigilancia exquisita de Gómez en la magnífica colección FUENDETODOS.

La colección se abre con el libro singular de M. Labordeta, LOS SOLI-



Gil Comín Gargallo, veterano escritor, rodeado de escritores y científicos jóvenes: Emilio Gastón, J. Lafuente, J. A. Labordeta, J. A. Rey del Corral, J. A. García Dils, A. Tolosa e I. Ciordia.

LOQUIOS, al que sigue la primera obra extensa de L. Gracia, HABLAN LOS DIAS. FUENDETODOS adquiere justo prestigio en España y hasta en el extranjero. Lástima, repito, que la poesía aragonesa no tenga en ella la representación que merece.

De la misma coleción son los libros ACERCA DE LAS TRAMPAS (1970), de J. A. Gómez; CANTAR Y CALLAR (1971), con disco incluido del poeta - cantante, J. A. Labordeta, y LA MANO EN EL SOL (1971), del jovencísimo poeta Manuel de Codes. Del primer año de la década es uno de los libros mejores de M. Pinillos. HASTA AQUI, DEL EDEN (Zaragoza) que aún está necesitando la crítica que merece. En 1971 publicará en ALAMO M. Luesma SEMBRANDO EN EL VIENTO (Salamanca). 1972 marca una fech aclave: la publicación por FUENDETODOS de LAS OBRAS COMPLETAS de M. Labordeta. Con AUTOPIA (obra póstuma suya. EL BARDO, 1972) se cierra el ciclo de uno de los poetas más interesantes de la postguerra española.

Dije al principio que la obra de nuestros creadores empieza ahora a dar verdaderos frutos, enumerar alguno de los cuales prolongaría más de lo debido esta nómina. Antes de terminar quiero hacer mención de dos poetisas nuestras: Lola Mejías de Frutos autora de HASTA LLEGAR A DIOS (Zaragoza, 1953), de enorme fuerza expresiva, y Ana María Navales, ágil periodista y excelente poetisa.

Nuestra poesía vive momentos de inusitado reflorecimiento. Además de los poetas oscenses Angel Conte y Francisco Laín, cabe citar a J. L. Alegre, que acaba de obtener el Premio ADONAIS. Sabemos que un excelente grupo de poetas bilbilitanos y en Zaragoza ha surgido una generación de la que se puede esperar mucho. Pensemos en la generación que habría que calificar del 65 y que engloba nombres como los de M. de Codes, ya citado; el grupo, ya disperso de FOLLETOS, integrado por Barreiro, Bru y Checa; C. Cezón, A. Guinda, Rafael J. Ordóñez, Celma Delgado, todos ellos con obra publicada. Añadamos los nombres de Fernández Ordóñez, Gómez, etc.

ALGUNAS PRECIPITADAS CONCLUSIONES

¿Qué conclusiones podría inferir el lector que haya tenido la paciencia de seguirme por este abigarrado laberinto? Pensemos en algunas:

1.ª) La intermitencia publicadora de nuestros vates, casi todos ellos guadianas de su poesía. Salvemos, como he dicho, el caso excepcional de Pinillos, que ha seguido una trayectoria fiel hasta 1970. Salvemos también del colapso inicial a J. A. Labordeta, ahora a la cabeza de su generación con dos nuevos títulos: TREINTA Y CINCO VECES UNO (EL BARDO, 1972) y TRIBULATORIO (FUENDETODOS, 1973) y a M. Luesma, como ya se ha indicado. Por otra parte, son, junto con J. A. Gómez, los poetas más abiertos por ahora al exterior mercado nacional. Los demás poetas no logran salvar (y no por falta de méritos y de obra) largos paréntesis. Sirva de ejemplo el caso de M. Labordeta. Otros: Gúdel, desde 1959 hasta 1970. F. Ferreró, callado desde 1960. E. Alfaro, desde 1959. Ciordia y Blancas, desde la publicación de sus respectivos libros, CAFARNAUN (?) y AMOR, LA UNICA ROSA (Zaragoza, 1953). R. Tello desde 1959 hasta 1969. J. A. Gómez, desde 1960 hasta 1970. Gastón, próximo a la cuarentena de edad, que todavía no ha editado libro. LAS PIEDRAS Y LOS DIAS, de R. Salas, aparecido, después de fallecer su autor (El BARDO, 1971).

2.ª) La escasa repercusión nacional de estos poetas, salvo excepciones también poco reconocidas —justo es confesarlo— por una negligente crítica nacional. Un momento propicio para las aperturas provincianas creo que puede resultar beneficioso para el aireo de estos creadores. La publicación en colecciones no locales exclusivamente ha permitido a algunos una mayor difusión y conocimiento. FUENDETODOS supondría una buena rampa de lanzamiento.

3.ª) Su escasa delimitación generacional que hace muy confuso nuestro panorama poético por el flujo y reflujo de sus discontinuos aportes. Aparición tardía de algunos de sus componentes. Un agrupamiento más compacto parece advertirse en los más jóvenes, quienes, por otra parte, nacen dañados por el morbo característico de nuestro suelo. En los demás casos las generaciones se interpolan, sus miembros no se dejan encasillar y resulta difícil, si no imposible, establecer un reajuste histórico que desbordan. ¿Dónde situar, por ejemplo, a un L. Gracia, que rebasa la cincuentena y ha publicado en realidad un sólo libro? ¿Y el caso de L. de la Hoya, cuyo primer libro acaba de aparecer ahora, cumplidos los 51 años de su autor?

4.ª) Imposibilidad también de agrupar a nuestros componentes si no nos atenemos a métodos clasificatorios de edad. La expresión dada la índole muy particular de estos poetas, hace difícil una clasificación según este criterio. ¿Cómo compaginar la perfección estética de un Gómez con el evidente desaliño —así querido... de un J. A. Labordeta? ¿O la ceñida contención intelectual de un Ferreró con el monocorde discurso de otros? Tampoco el tan manido concepto de poetas didactos o autodidactos nos ayudará gran cosa. Poetas profesores son Ferreró, Tello y Labordeta, y en muy poco coinciden, a no ser en el acercamiento a la tierra de los dos últimos. Universitarios son Pinillos, Alfaro (a quien en justicia hay que considerar más autor teatral que poeta) y Gastón, y en nada se parecen. Autodidactos son Gúdel, Ciordia, Gracia, Gómez, Blancas y Luesma, y las divergencias resultan insalvables en algunos casos. Gómez y Ciordia son más brillantes por su carga cultural que no ha necesitado universidad, frente a la opacidad de forma y contenido —salvemos la gran carga cordial— de los restantes.

5.ª) Hemos hablado ya de influjos y hemos notado que no son precisamente los poetas más enjutos de expresión los que aquí pesan, y en esto nuestra poesía sigue, en líneas parecidas, la tónica general del país. Aleixandre, Neruda, Vallejo y Lor-

EL PROFETA LUIS G. ABRINES





1.—«Entonces, respondiendo, díjole: «Hágase contigo lo que está escrito». Y le señaló, desde las alturas, a los que iban a morir antes que ella».

2.—«Pues ya está fijado el día en que una dura visión le será revelada».

Textos y **collages** del libro de Luis G. Abrines «Así sueña el profeta en sus palabras» (fragmento de unos evangelios apócrifos), núm. 6 de la colección OREJUDIN, que dirigía J. A. Labordeta. Zaragoza, 1960.

ca son, creo, los poetas más considerados dentro de los hispánicos. Seguirían Machado, J. Ramón, Alberti, Salinas, en menor escala. Otero y Celaya han pesado mucho. Ultimamente parece advertirse cierto influjo de Espriu, aunque muy diluido. Si a nuestros poetas locales mayores nos ceñimos, no acierto a ver huellas de Gil en ninguno de nuestros creadores. Respecto a Pinillos y Labordeta, la influencia y peso del segundo es más palpable. De Labordeta irradia un doble influjo: el personal y el creacional, por supuesto ya antes de su muerte; el primero llega a casi todos; el creacional es más perceptible en Gómez, Ciordia, J. A. Labordeta y, sobre todo, en Gastón; ahora en todos los jóvenes. La huella de Pinillos resulta más aguada y desleída en otros elementos, como ya señalé al hablar de Salas. Pienso, no obstante, que en todos se puede retraer un interinflujo: todos se influyen de alguna manera, aunque en algunos casos la huella sea más perceptible: tal el caso Gómez - Ciordia, Gómez - J. A. Labordeta por beber en una fuente común: M. Labordeta.

6.ª) Desatención de lo formal, quizá por escaso dominio de lo formal. De ahí una tendencia mayoritaria hacia el verso libre o hacia el versículo. Desajuste, en algunos rasos, de expresión y contenido por la poca exigencia en la expresión. Desaliño, dureza y bronquedad expresiva, casi ausencia de todo halago sensorial colorista o musical. Por eso el tono de nuestra poesía es gris y monocorde —hablo siempre en tonos muy generales—, consecuente también con la tónica general poco brillante de nuestra postguerra, si exceptuamos las nuevas generaciones. Con todo, la poesía aragonesa, pese a algunos detractores, puede parangonarse en dignidad con cualquier grupo peninsular. Pocas regiones podrán presentar poetas de la talla de alguno de los nuestros.

Valga por ahora este simple escarceo de lo mucho que puede dar y dará en pocos años el estudio de esta poesía. ¿Que "no hay poesía aragonesa"? Este informe panorama sería suficiente para probarlo y ello me basta. Sé que se me habrán escapado muchos nombres dignos de figurar con tanta dignidad como los que aquí presento. Mis disculpas por todo. Prometo para otra ocasión llenar los muchos huecos de lo que he querido que fuera por hora —repito... una simple panorámica.

ROSENDO TELLO AINA



Miembros de la O. P. I. alejando a las brujas cesaraugustanas.

LA O. P. I. Y SU MUNDO

por Emilio Alfaro

ZARAGOZA EN LOS AÑOS CINCUENTA

Zaragoza, al comenzar la década de los cincuenta, era todavía un apacible poblachón, con su ir y venir de la muchedumbre por el Paseo de la Independencia, sus Conferencias de San Vicente de Paúl en caritativa vigencia, su comercio tradicional, su Tubo efervescente y una nutrida fauna de noctámbulos amistosos sin que ello influyera en el éxito multitudinario de las lecciones de Microbiología del profesor Salvat Navarro.

La devolución de una letra de cambio constituía un escándalo comercial de rara incidencia y anunciar un producto en la prensa diaria se consideraba como índice de situación económica desesperada. En «El Coto» se bailaban las creaciones de Jorge Sepúlveda, aunque la ciudad se envaneciera de «Ambos Mundos», el café mayor de Europa.

Ya por entonces, doña Leonor Sala de Urzáiz se encontraba a dos pasos de completar las torres del Pilar. Por Zaragoza circulaban aún tres o cuatro coches de caballos y nadar en la piscina de Torrero suponía una audacia modernista. En el Parque de Primo de Rivera, los agazapados guardianes de la moral ciudadana enriquecían la diaria lista de gamberros de la prensa local. Años antes, «mosén» Joaquín San Nicolás Francia había definido poéticamente a la región:

«Huesca, Teruel, Zaragoza,
lampadarios de Aragón.
Aquí no hay paja ni broza,
aquí el alma no se emboza,
aquí manda ¡el corazón!».

J. M. AGUIRRE EN LA PICOTA

En tan plácido ambiente cayó como una bomba cierto artículo aparecido en un diario zaragozano y en el que J. M. Aguirre —poeta más bien oscuro, aunque excelente crítico y conocedor de la Literatura moderna—, exponía su pesimismo acerca de nuestra cultura. Voces tonantes fulminaron al audaz Aguirre, demostrando que jamás habíamos gozado de un panorama artístico-literario de mayor empaque. Se emprendió una feroz campaña anti-Aguirre en los medios influyentes y sus amigos fuimos tachados de derrotistas y malos aragoneses.

Durante algunos meses, Aguirre (a quien, por ejemplo, no se perdonaba su admiración hacia «desconocidos» como T. S. Eliot o Ezra Pound) soportó estoicamente los alfilerazos de la cultura municipal. Un día hizo sus maletas y se trasladó a Inglaterra, aliviando así el enojo del «establishment» zaragozano.

OTROS ESCANDALOS

Sin embargo, no había sido J. M. Aguirre el primero en conmover la apacibilidad intelectual de Zaragoza. Un grupo de artistas capitaneado por el arquitecto Santiago Lagunas y constituido por Aguayo, Laguardia, Antón González y Vera, entre otros, estaba minando los cimientos de un arte secular, reciamente realista y figurativo. La exposición de pintura abstracta que Lagunas organizó como lanzamiento de la que iba a ser conocida internacionalmente como «Escuela de Zaragoza» (y que persistió hasta la crisis religiosa de su patriarca) era ya un hito casi inmoral.

Y para que la confusión se acentuara, los asombrados zaragozanos escucharon cierta noche, a través de las ondas de Radio Zaragoza, E.A.J. 101, la bronca catarata poéti-



Primer libro de la Colección el Coso Aragonés del Ingenio.

ca de Miguel Labordeta, interpretada por Pedro Dicenta: «En nombre de mi generación, yo os acuso...»

Para entonces, José Orús ya estaba rumiando sus enormes superficies cósmicas.

LO QUE HABIA

Zaragoza disponía de su Ateneo, por supuesto. Y de su Agrupación Artística Aragonesa, donde se fraguaban recitales poéticos (en las voces de Gregorio Borao, Lolín Canales y Manuel Rotellar casi siempre), se hacía un teatro de notable ambición (dirigido por José Otal) y se jugaba al ajedrez en tono mayor. Los poetas más o menos oficiales eran Pérez Pardo, San Nicolás Francia, Lasala, Fermín Otín Traid, Pedro Galán Bergua. Félix Ayala Viguera —a la sazón delegado del Ministerio de Información y Turismo— publicaba su novela «Los que aprendieron a vivir». Emilio Hernández Pino triunfaba en los escenarios (recuérdese que fue finalista en el Premio «Lope de Vega» que le arrebató Casona) con su comedia «Duda», mientras Alfredo Mañas leía los primeros libros en el cuartel. Un autor de importancia —sofocado por razones obvias— obtenía el Premio Internacional de Primera Novela con «La moneda en el suelo»: Ildefonso Manuel Gil, magnífico poeta, crítico y novelista que, tras «Juan Pedro el Dallador» y «Pueblo nuevo» emigró a Estados Unidos, ahíto de obstáculos universitarios.



Alfaro, García Buñuel y Anguiano.

Dos libros tenía publicados Manuel Pinillos en 1951. «A la puerta del hombre» y «Sentado sobre el suelo». Un año más tarde iba a alcanzar el Premio Ciudad de Barcelona.

Recuerdo con especial afecto a Mercedes Chamorro, poeta intimista y original, cuyos recitales constituían un espectáculo de feminidad apasionada y libre. Junto a ella, las demás escritoras zaragozanas carecían de vitalidad.

Eduardo Ducay y Manuel Rotellar habían creado el que durante años fuera el Cine-Club más importante de España. Del T.E.U. de Guillermo Fatás de temporadas anteriores no quedaron ni restos y de nada sirvieron los esfuerzos de José María Salvador por revitalizarlo a través de Calderón; Mario Antolín y yo fracasamos también en la empresa. Fue Alberto Castilla, más adelante, quien hizo del teatro universitario una labor escénica de primera magnitud.

La Tertulia Teatral, bajo la indomable vocación de Mario Albar, comenzaba, en los cincuenta, una estimable acción. Anouilh, Cocteau, Anderson y otros autores de importancia iban siendo estrenados en sesiones domingueras.

Un aguafuertista de enorme trascendencia —Manuel Lahoz— ilustraba «Los sueños», de Quevedo. La Figuera, Fauquié y los hermanos Lacasta mantenían la afición por la buena música. Dimitry Berberof, en el Casino Mercantil, debutaba al frente de la Sinfónica de Zaragoza, en una noche de nieve, con la obertura de «Las bodas de Fígaro» y la sinfonía «Nuevo Mundo». Luis García Abrines, especialista en «epatar a los burgueses» descubría —al margen de su exposición de «ceras» y de ojos de vidrio— la figura olvidada de Gaspar Sanz.

Un joven médico aragonés, Santiago Lorén, autor de «Cuerpos, almas y todo eso» se encaminaba hacia el Premio Planeta con otra novela: «Una casa con goteras».

LAS TERTULIAS

Hernández Pino, Santiago Burbano (autor de una regocijante y terrible «Desintegración de Doña Urania»), su cuñado Rubio de Castro («Reloj de caracolas»), el crítico Pablo Cistué, y el delegado de la Sociedad de Autores y cronista de la Ciudad, Blasco Ijazo, reuníanse, ya avanzada la noche, con artistas y empresarios teatrales, en «Salduba». En la redacción de «El Noticiero» se discutía también, a la hora del cierre, de la actualidad literaria y política. Tertulias había en casa del marqués de Lacadena, en la de Arturo Guillén...

Yo aterricé por «Los Espumosos» y no recuerdo a santo de qué. Allí estaba perorando Santiago Lagunas, con su aspecto descuidado y goyesco, su enorme cultura y su feroz polemismo. Con él se encontraban Manuel Berdún (quien acababa de obtener un premio de teatro por su tragedia «Jeftè»); J. M. Aguirre, desapasionado y poco hablardor; Atilano Lamana, poeta y estudiante de Ingeniería Industrial (de quien no he sabido más desde entonces); J. B. Uriel, a la sazón profesor auxiliar de Histología, escritor de lacónicos poemas, y hoy uno de los más importantes investigadores científicos con que cuenta España (aunque trabaje en Francia); José Orús, embarcado hacia una tremenda exposición en Valencia (con Antón González), de la que se habló mucho; Manuel Derqui, autor de relatos y de novelas que me fascinaban por su misterio y su desolación. A pesar de que en la tertulia pululaban personajes no demasiado afines a su confesionalidad política, Joaquín Mateo Blanco se sentía en ella como el pez en el agua. A veces llegaba Manuel Pinillos, y uno olfateaba la tormenta, porque Lagunas y él solían improvisar agrias discusiones, aunque se admiraban mutuamente.

De la tertulia de los Espumosos se nutrió, durante bastante tiempo, una espléndida publicación literaria, «Ansí». Aquello se fue al garete cuando Santiago Lagunas abandonó la pintura y la relativa bohemia que practicaba, para entregarse a un extraño apostolado carmelita, imponiendo a todo el mundo el escapulario. ¡Gran Lagunas, generoso, fuerte, genial aragonés incomprendido!

LA O.P.I.

En casa de Manuel Pinillos —aquel suntuoso domicilio familiar de la plaza de España— conocí una tarde a los poetas Guillermo Gúdel y Raimundo Salas. Pinillos escuchó sus poemas en silencio y luego les animó a continuar. Salas y Gúdel le respetaban mucho; en aquellos momentos, figuraba ya en todas las antologías de la poesía española moderna. Por el amplio ventanal penetraba una suave luz desde el paseo de la Independencia, mientras yo decidía no leer las cuartillas que guardaba en mi cartera de estudiante de Medicina.

Aquella reunión en casa de Pinillos tuvo algo de sobrecogedor. Estábamos ante el único poeta que vivía —y sigue viviendo— para y por la poesía, sin pluriempleos ni desdoblamientos de personalidad (burócrata o técnico de 9 a 18 y escritor de esa hora en adelante). Salimos de allí con la sensación de haber permanecido unas horas en un santuario de la poesía.



Madame Jaunakos salva de las garras de la O. P. I. a un joven científico aragonés.



Iniciación ritual de un neófito a los misterios de la O. P. I.

Gúdel y Salas pertenecían, desde siempre a la O.P.I. (Oficina Poética Internacional), fundada de la nada y para nada (como confirmó Miguel, meses antes de sú muerte en un programa que hice para la segunda cadena de TV. E.) por Labordeta. Si la casa de Pinillos era el santuario de la poesía, «Niké», domicilio oficioso de la O.P.I., parecía el reino del barullo y de la alegría más desaforada. La personalidad de Miguel, expansiva, vital, irónica, ruidosa, dominaba el cotarro. Por «Niké», a partir de las once de la mañana, se dejaban caer Emilio Lalinde, el entrañable poeta machadiano, fallecido de un cáncer de pulmón en plena juventud; Gil Comín Gargallo, siempre escribiendo con pulcra letra sus artículos para «El Noticiero»; Julio Antonio Gómez, embutido en detonantes jerseys, fumando cigarrillos americanos y con lujosísimas ediciones de arte en cartapacios procedentes de su oficina de habilitación de clases pasivas; Ignacio Ciordia, alias «El Búho», hiriente crítico de los demás, buen poeta y autodestruyéndose día a día; Fernando Ferreró, poeta hermético, pintor a lo Matisse y tozudo hipocondríaco, a pesar de su salud de hierro; Mariano Gaspar, figurinista, decorador y pintor de Calatayud, de vuelta ya de mil viajes por el mundo y que acabó muriéndose de perfil en su lecho, como un héroe de García Lorca, sin que nadie lo descubriera hasta tres meses después; Jesús Lizaranzu, el intelectual riojano, hoy arquitecto de campanillas; Rosendo Tello, el prístino poeta de Letux, quien se vio obligado a improvisar en el estreno de mi «Farsa de los millones», una encantadora partitura para piano solo, en el caos escénico que jamás se produjera en debut alguno; Emilio Gastón, con su aire deportivo y optimista y su poesía premonitoria; Tony Anguiano, ensayista de lo absurdo, coleccionista de atrocidades, autor de trataditos de moral y filósofo esotérico; Eduardo Valdivia, delgado, inquieto y con una colección de estupendos relatos por editar; los hermanos Sopeña, atentos oyentes de cuanto se decía; Julián Borreguero, pugnando por encontrar un camino por el que encauzar su magnífica formación pistórica de San Carlos; Cazcarra; «Carioco»; Lambea; Pedro Marín; Miguel Luesma; Andrés Calvo...

Por «Niké» venían a menudo Luciano Gracia, poeta e impresor y la bondad personificada; Benedicto Blancas, otro poeta lleno de cualidades humanas; mi hermano Fernando, iniciándose entonces en el teatro, que luego abandonó por la astronomía y la pintura y, Carnicero, un artesano de la madera que escribía poemas llenos de contenido y energía, pero que nos abandonó un día aciago, creyendo que nos reíamos de él, cuando la realidad es que nos inspiraba un profundo respeto.

Orús, cuya obra crecía en importancia, era asiduo de «Niké», al que acudió también Felipe Bernardos, curioso personaje zaragozano, practicante de profesión, propietario de la biblioteca teatral más amplia que sospecharse pudiera, crítico de cine, teatro, música y fútbol e impulsor de toda iniciativa de vanguardia. José María Razquin, hoy presidente de la Diputación de Lérida, entonces ensayista y escritor de cuentos en que la montaña se deificaba, dejaba oír su voz abacial junto a la de **José** Antonio Rey del Corral, jovencísimo poeta del que cabe mencionar su libro «Poemas de la Incomunicación». A veces, Julio Alvar (el pintor zaragozano residente en París), García Abrines o Pepe Aranda, también erradicados de Aragón, aparecían entre las mesas de aquel inefable café, donde Antonio Artero solía discutir con Rotellar sobre la próxima película en 8 milímetros a realizar.

Junto a Miguel, José Antonio Labordeta fue, en principio, el hermano de nuestro ídolo. Luego, poco a poco, fue diferenciándose de la obra poética de aquél, hasta adquirir una personalidad indiscutible como escritor.

LO QUE QUEDA DE LA O.P.I.

Creo que podemos vanagloriarnos de lo que fue la O.P.I. De momento,



Torradellas, Senabre, M. Labordeta, Torralba, J. A. Labordeta y Cándido Pérez Gállego.



Julio A. Gómez, Alfonso Sastre, Miguel Labordeta y un señor desconocido con pajarita.

la Oficina Poética Internacional llenó una época (casi una década) de vida intelectual zaragozana. Porque la O.P.I. de Miguel Labordeta no sólo fue la más divertida y heterogénea de las tertulias, sino el punto de partida —sin alharacas ni sensacionalismos— de una línea literaria y artística que aún no se ha quebrado.

De Miguel Labordeta no se puede hablar en la urgencia de un reportaje retrospectivo con tantos personajes. No obstante, que quede constancia de que Miguel publicó en esos diez años «Transeúnte central» y «Epilírica» y estrenó —con Pío Fernández Cueto, su fiel portavoz, como protagonista— «Oficina de Horizonte». De unos cuantos miembros de la O.P.I. (Anguiano, Gastón y yo) y Mateo Blanco surgió la colección «Coso Aragonés del Ingenio», que editaba, en poco más de un año, veintidós libros de autores aragoneses, dedicados a poesía, ensayo, teatro y relatos cortos. «Orejudín», al cuidado de los Labordeta, realizaba una labor paralela y «Poemas», unos años después, y bajo la tutela de Luciano Gracia y Guillermo Gúdel, recogía la antorcha en un esfuerzo heroico, para que «Javalambre», en su colección «Fuendetodos», dirigida por Julio Antonio Gómez, se convirtiera en la más perfecta y cuidada de las bibliotecas poéticas nacionales.

Sólo por los libros publicados, aquella tertulia de «Niké» sería considerada en cualquier lugar del mundo como la más fructífera de las asociaciones literarias, Ninguna de las instituciones oficialmente culturales de Aragón ha realizado una promoción literaria semejante a la que dio lugar la O.P.I. Por otra parte, resulta muy significativo que, aunque la muerte de Miguel Labordeta desintegrara la materialidad de la O.P.I., la mayor parte de sus miembros —jaunakos, unguejollos u opicilos— continuemos en activo. Es lógico: los más viejos de entre nosotros apenas hemos traspasado los cuarenta años.

Cuando redacto estas apresuradas líneas, la Oficina Poética Internacional ha vuelto a abrir sus hipotéticas puertas y estamos reuniéndonos de nuevo en una tertulia semanal, que tiene mucho de nostálgica, pero que —espero— va a proyectarse activamente en breve.

LA O.P.I., CONJUNTO HUMANO

Al repasar los recuerdos de aquella época, no evoco ni un solo gesto de presunción, de furia o de violencia gratuita. Constituíamos una alegre pandilla, dispuesta siempre a reunirse en el «Aniceto Palace» para homenajear al autor de un nuevo libro, a la neozelandesa que llegaba a Zaragoza tras recorrer Europa en bicicleta, al compañero que triunfaba —o que volvía vencido— de unas oposiciones... Nuestras cenas acogían invariablemente a cuanto desplazado encontrábamos por la ciudad (en los años cincuenta apenas éramos visitados por otros extranjeros que por intelectuales, artistas o curiosos de las regiones más insospechadas del planeta) y terminanban de forma sistemática en la estación de Madrid, donde despedíamos a alguien que jamás tuvo intención de tomar el tren.

La O.P.I. vivía su propia existencia en una Zaragoza precavida, conservadora, tradicional y burguesa. Hacíamos una revolución intelectual y nos divertía hacerla. La O.P.I., a través de sus miembros, obtuvo premios de poesía, de novela, de cuento, de teatro, de cine. Poco se ocupaban de nosotros los críticos y los escritores «a la page». El municipio aguardaba su momento de industrialización y de progreso económico. No gozamos, por lo tanto, del favor oficial ni del privado. Sin embargo, hombres de la O.P.I. mantenían el prestigio artístico y literario de la ciudad.

Dejo para el final el recuerdo a dos entrañables compañeros de la O.P.I.: Luis García Buñuel y Luis Arenillas. El primero, sobrino del monstruo sagrado de Calanda, pintaba con una personalidad extraordinaria y poseía unas dotes increíbles para la narración oral. Arenillas escribía feroces farsas esperpénticas. Médicos los dos, abandonaron Zaragoza entre 1956 y 1957. García Buñuel, afincado desde entonces en Estados Unidos, es profesor de Neurología en la Universidad de New México y estudia las enzimas que controlan la memoria humana. Arenillas se ha convertido en una autoridad en genética de la subnormalidad mental y dirige un gran establecimiento psiquiátrico en Kent, Inglaterra.

La O.P.I., pues, fue algo más que una tertulia de ociosos.

EMILIO ALFARO

NOTA. — La premura a que me somete «ANDALAN» me inducirá al olvido de algún nombre. Lo siento. Y vayan en estas líneas los de José Manuel Blecua y Dámaso Santos, en homenaje a su magisterio crítico.



Luis Monreal, Oswaldo Guayasimín, E. Alfaro (padre) y Pablo Serrano



La triaca magna de nuestro cine

Este coleccionable se vende inseparablemente con el número normal al precio somero de 4 duros

La preparación de este suplemento estuvo al cuidado de José-Carlos Mainer, y la confección al de Eloy Fernández Clemente.